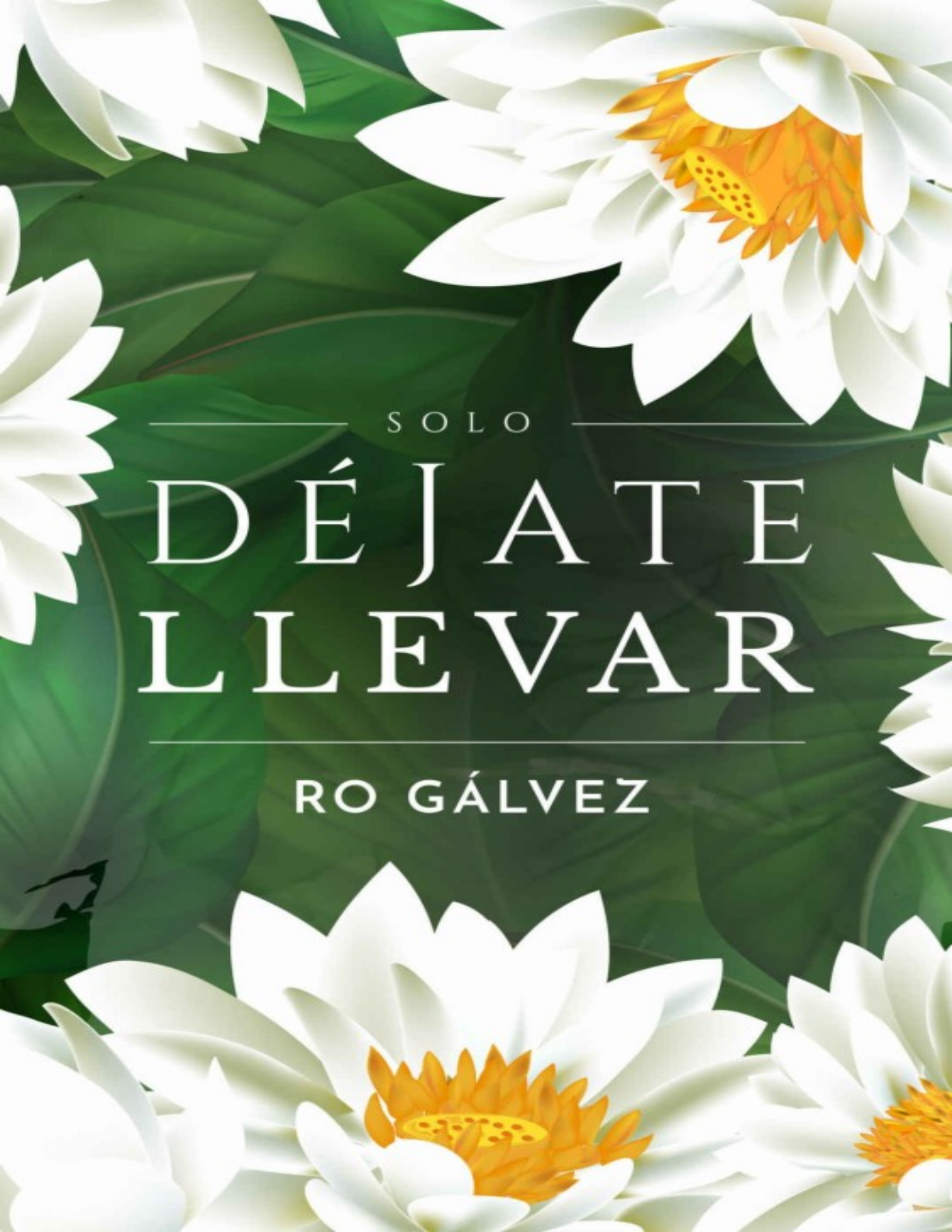




SOLO

DÉJATE LLEVAR

RO GÁLVEZ

Solo
déjate
llevar

Ro Gálvez

Título: Solo déjate llevar
Copyright © 2025, Ro Gálvez

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Diseño de cubierta: Manuel Rodríguez Escobar
Corrección y maquetación: Sandra Moya

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, abril de 2025

*Para aquellos que siguen creyendo
en el amor a pesar de todo,
en especial a
mi querida amiga Mari Loli.*

Contenido

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

SEGUNDA PARTE

Capítulo 29

Capítulo 30

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Descubre la saga](#)

[Otras obras de la autora](#)

PRIMERA PARTE

BANGKOK

Capítulo 1

María

—María Pérez Domínguez. —Es escucharlo a mi espalda y un calor repentino se extiende por todo mi cuerpo—. ¡No puedo creerlo! —exclama en cuanto me giro para quedar frente a él.

—¿Emilio López de Soto? —pregunto con fingida incredulidad.

La sorpresa de encontrarlo justo al llegar me ayuda a que suene real y a disimular los nervios que empiezan a invadirme sin control.

—¡El mismo! —responde con entusiasmo—, y para tu suerte... —Hace una pausa para generar intriga sin dejar de mirarme—. El director de este hotel. —Su boca se curva en una amplia sonrisa de bienvenida y me guiña un ojo divertido.

No puedo evitar empezar a reír aliviada. Su risa, unida a la mía, me sirve para soltar parte de la tensión. Sin embargo, en cuanto veo la chispa traviesa en sus ojos, sé que estoy ante el Emilio de siempre y la emoción me paraliza.

—¿Qué esperas para darme un abrazo, María?

Si aún no he asimilado que he encontrado el valor de recorrer medio mundo para buscarlo, ¿cómo voy a ser capaz de dejar que el espacio entre nosotros se desvanezca?

La pregunta flota en el aire mientras experimento una mezcla de alegría y temor. Insegura, doy un paso al frente y me acerco poco a poco.

Antes de que me dé cuenta, me veo envuelta entre sus brazos, que me estrechan con fuerza y afecto. Su efusiva respuesta me desconcierta y me abandono a ese momento al que soy incapaz de resistirme.

Permanecemos así unos segundos, los suficientes para transportarme a otro tiempo, a otra vida en la que el mundo se

paraba junto a él. Los necesarios para tomar aire, recuperar el arrojo y convencerme de que estoy haciendo lo correcto.

—Deja que te mire bien. —Me aparta con delicadeza para observarme con detenimiento—. Cuando vi el nombre en el correo que anunciaba tu llegada, pensé que no podías ser tú. ¿Cuántas María Pérez Domínguez habrá en el mundo? —pregunta divertido—. Pero al verte aparecer por la puerta... —Se muerde el labio y niega con la cabeza sin dejar de sonreír, mientras una nueva ola de ansiedad vuelve a apoderarse de mí—. Permíteme que te diga que los años te han sentado... bien, pero que muy bien. ¡Estás guapísima!

La rotundidad de esa afirmación borra de un plumazo la vulnerabilidad que he vivido mientras sus ojos me recorrían. Me hace sentir guapa al instante, y sé, sin lugar a duda, que Emilio mantiene intacta su capacidad de infundirme confianza, de darme valor. Que aquella conexión de antaño, donde cada palabra o cada gesto suyo tenían el poder de transformar la forma en la que me veía a mí misma, aún está en él.

—Y yo veo que hay cosas que no cambian, ya que tú continuas siendo un adulator y seguro que también un embaucador. ¿A quién habrás engañado para ser el director del mejor hotel de Bangkok? —pregunto resuelta y atrevida al comenzar a notar su efecto.

Por respuesta, obtengo una carcajada y un nuevo guiño. Se acerca al mostrador, donde iba a hacer el *check-in*, le da una serie de instrucciones a la recepcionista y llama a un mozo para que se haga cargo de mi equipaje.

—Vamos, acompáñame a mi despacho, tenemos mucho que contarnos. ¡Aún no puedo creer que estés aquí!

La que no se puede creer que esté aquí, soy yo, pienso sin poder dejar de sonreír.

Adentrarse en el Mandarin Oriental, uno de los más distinguidos hoteles de lujo con casi 150 años de historia, es toda una experiencia para una agente de viajes como yo. Hacerlo acompañada de un guía como Emilio, una fantasía.

Cruzar el *lobby*, la parte moderna que contrasta con la perteneciente al *Author's Wings*, el hotel primigenio donde se mantienen intactas la esencia y la ostentación del estilo tailandés del siglo XIX, me hace olvidar por unos instantes dónde estoy.

Su voz, junto a mí, me insta a pasear la mirada por los altísimos techos. Los enormes abanicos en tonos fresa, símbolos del hotel, y las lámparas artesanales, similares a las campanas de los templos budistas, me traen de regreso a Tailandia. Los toques propios de la cultura thai se unen con la decoración y la arquitectura, y confieren al espacio esos toques singulares y únicos, exóticos y al mismo tiempo cálidos, propios del lujo asiático.

Me detengo ante una enorme fuente de flores frescas autóctonas que asciende varios metros desde el suelo. Tomo aire y aspiro el aroma que desprende y que flota por la enorme estancia. Giro sobre mí misma mientras disfruto del perfume y pierdo la vista en el vergel que rodea el hotel y que parece colarse en el interior a través de la enorme pared acristalada.

La sensación es sobrecogedora.

De reojo, lo observo sonreír satisfecho al ver la admiración reflejada en mi rostro. Trato de centrarme en cada detalle que describe, con la esperanza de que no note que esa expresión de asombro se debe, en gran parte, por estar junto a él.



—Una vez que he comprobado que estás *estupenda* —dice seductor mientras accedemos a su despacho—, cuéntame, ¿qué haces aquí? ¿Qué te trae por nuestro hotel?

Pasa por delante de mí hacia el sofá que completa el mobiliario de su oficina, pero yo aparto la silla que está frente a la mesa del escritorio y me siento ahí.

¡Necesito que algo me separe de él!

Curva la boca en una mueca divertida ante mi actitud y regresa a mi lado.

En cuanto ocupa el sillón de cuero marrón con respaldo alto, se le ve seguro. Todo lo que ese sillón quiere transmitir: autoridad, capacidad, poder, se ve reflejado en él y no puedo evitar sentirme cohibida ante su mirada de interés a la espera de mi respuesta.

—Veo que estabas al tanto de mi llegada —digo lo más profesional que puedo para tratar de ocultar los nervios que me asaltan de nuevo—, de modo que entiendo que te ha informado la mayorista —continúo vacilante—. Estoy aquí en representación de la web de viajes *Luxury Travels* para probar la nueva experiencia que han programado en Tailandia. —Consigo decirlo del tirón y me dejo caer en el respaldo como si acabara de superar una prueba.

—¿Desde cuándo te dedicas al lujo? Te hacía en una de esas agencias de viajes que se fusionaron tras la crisis.

Respiro aliviada. Esa pregunta la traigo preparada, así que contesto con seguridad.

—Así fue al principio, pero todo era un caos. Las nuevas tecnologías, los portales de viajes y la facilidad de comprar un vuelo desde el teléfono móvil hacían que subsistir fuera cada día más complicado.

—He seguido la situación del sector en España gracias a mi hermana. Ella me mantiene al tanto de todo.

—¡La *buena* de Paula! —comento entre dientes.

Es oír su nombre y me tenso.

—¿Perdón?

—Nada, nada... Te decía que sí, que Paula tiene razón. Por eso decidí dar el salto y probar suerte en una agencia *online*. Está dirigida a un sector con mayores recursos en busca de viajes personalizados, alejados de los circuitos tradicionales. Experiencias únicas y cuidadas en entornos de lujo con la posibilidad de cambios o ayuda ante cualquier imprevisto.

—¿Tú... te arriesgaste a cambiar de empleo? Te recuerdo siempre por el camino de lo seguro. —No es tanto lo que dice, como el tono provocador que utiliza, lo que me hace ver que trata de intimidarme.

No me sorprende.

En cuanto lo he visto, me he dado cuenta de que continúa siendo el de siempre. No ha cambiado, pero yo sí quiero hacerlo. De modo

que respondo sin entrar en su juego.

—Una amiga que trabaja con la empresa me animó. Tal vez la recuerdas, estudió con nosotros, Lola, la llamaban «la Terremoto».

—Por supuesto, ¡cómo olvidarla! Ciertamente que el apodo le venía como anillo al dedo, era un auténtico torbellino.

—Sigue igual. Así que no te extrañará que me convenciera, ¿verdad?

—No sé yo... —Apoya los codos sobre la mesa y reduce la distancia que nos separa para clavar sus ojos en los míos.

De forma descarada, trata de escudriñar mi respuesta en ellos y recuerdo la facilidad que tenía de verme. Cómo, sin poder evitarlo, yo me volvía transparente para él.

—En ese momento acababan de ascender a Guillermo —introduzco en la conversación a mi *todavía* marido para salir del escollo y recobrar la seguridad que he conseguido al hablar del trabajo—. Con su subida salarial y la posibilidad del paro, si no funcionaba, y al seguir sin hijos... —No he logrado darle el tono despreocupado que pretendía a este último comentario y la chispa traviesa de sus ojos desaparece.

—Lo siento, yo...

—No pasa nada, tranquilo. Al final, ha resultado ser *una suerte* no haberlos tenido —lo interrumpo sin dejar de mostrar un cierto alivio que despierta su interés.

—¿Por qué dices eso?

Una vez más, su mirada me escruta y mi mutismo llena todo el despacho. Gracias a que su teléfono empieza a sonar, puedo volver a tomar aire. Ve de dónde procede la llamada y se disculpa porque tiene que contestar. Tras pedir un momento a su interlocutor, me dice:

—Tengo que atender esta llamada. ¿Te parece si subes a descansar y nos vemos luego para establecer el plan de trabajo y, por supuesto, seguir poniéndonos al día? —El tono final de la pregunta, entre autoritario y burlón, me hace saber que no va a dejarlo estar.

—Me parece perfecto. —Saco una de mis tarjetas de visita y la dejo sobre la mesa, al mismo tiempo que cojo una de las suyas.

¡Bendita interrupción!

Tengo que salir de ese despacho para volver a respirar con normalidad y pensar con claridad. Necesito digerir que estoy aquí. Que, aunque haya sido camuflado en un viaje de incentivo, me he atrevido a ir en su busca.

Comprobar que, lo que él provoca en mí y su capacidad de entenderme solo con mirarme, no se han diluido con el paso de los años y la distancia es demasiado para asimilar.

¡Esto no lo tenía previsto!

Capítulo 2

Emilio

Retomo la llamada, pero soy incapaz de escuchar. Mi vista sigue fija en la puerta por la que María acaba de cruzar, mientras una combinación de incredulidad e ilusión se apodera de mí.

—Emi, ¿estás ahí? —oigo a través del teléfono.

—Sí, perdona, Freddy. —Hago un enorme esfuerzo por centrarme.

—¿Va todo bien? No recuerdo dejarte nunca sin palabras —replica mi socio y amigo.

—Tú no, pero la persona que ha estado en mi despacho, sí, y muchas veces.

—¿Una mujer? —pregunta con entusiasmo.

Al ser consciente de lo que me ha afectado volver a estar cerca de María, prefiero no pensar en ello y mucho menos compartirlo con Freddy.

—Dejémoslo estar y vamos a lo nuestro. ¿Qué has sacado en claro en la reunión con los directivos de Jardine Matheson?

—Están analizando tus informes y tus propuestas. Creo que has vuelto a hacer magia, amigo mío. Eres el mejor en esto.

—Y tú, el mejor buscando a quién ofrecerles mis servicios. —Ambos reímos satisfechos.

El que fue mi compañero en mis últimos años de carrera en Londres, un rico escocés con relaciones sociales y empresariales que se extienden por todo el mundo, me convenció para unir nuestras fuerzas al terminar nuestros estudios. Sus contactos y mis capacidades analíticas en el mundo del turismo nos han llevado a consolidar nuestra empresa y llegar a clientes como el grupo propietario del Mandarín Oriental.

—¿Cuánto tiempo crees que me queda aquí?

—No sé si querrán que seas tú quien ejecute los cambios o tal vez se decanten por asignar a alguien de la cadena o del grupo. ¿Por

qué?, ¿tienes prisa?

—Por nada —contesto quitándole importancia.

—¿Tiene algo que ver con la misteriosa mujer que te ha dejado sin palabras? —pregunta curioso.

—Serás cotilla.

—A falta de una vida emocionante, me gusta recrearme en la tuya y en tus aventuras.

—No seas ridículo. Tienes una mujer maravillosa que no te mereces. Nunca dejaré de preguntarme qué vio en ti.

—¿Aparte de ser guapo y rico?

—Eres insufrible. Avísame si hay novedades. Tengo varios fuegos que apagar hoy por aquí.

—Me parece que el que más arde no tiene nada que ver con el hotel, ¿a qué no me equivoco?

No me digno a contestarle. Le cuelgo antes de soltar una enorme risotada al tiempo que bajo el tiro de mi pantalón, porque es cierto que aún no me he enfriado tras recrearme en la silueta de María al salir del despacho.

¿Cómo es posible que, después de tantos años sin verla, mi cuerpo haya reaccionado así ante el suyo? ¿Qué tengo... veinte años? Rio al pensar que eso sí que es digno de analizar, y no el porqué de las pérdidas de este hotel.

Miro la pantalla del ordenador y descargo uno de los informes. Con la vista perdida en el documento, al que no consigo prestar atención, una idea comienza a rondar por mi cabeza.

¿Seré capaz de contenerme?

Capítulo 3

María

A pesar de que se supone que voy a vivir la experiencia que luego transmitiré a mis clientes y que me ayudará a vender el producto, mi condición de agente de viajes no lleva implícita disfrutar de una de las magníficas *suites*.

Aun así, me ofrecen una espaciosa habitación de las plantas superiores que goza de unas vistas panorámicas al río y al skyline de esa zona de Bangkok. Disfruto de las atenciones y los detalles que se encuentran en un hotel de su categoría. El servicio de mayordomía personal ya se ha encargado de mi equipaje. Un jarrón de flores frescas y una cesta de fruta, junto a una botella de *Dom Pérignon*, me esperan en la zona de estar. La estancia y el servicio valen con creces lo que se paga por ella.

La enorme bañera me invita a sumergirme para descontracturar mi pobre cuerpo. Tras las horas de vuelo, el cambio de horario y el vaivén emocional que acabo de vivir empieza a quejarse. Voy a desvestirme, con esa idea en la mente, cuando suena el teléfono.

Es del *spa* del hotel. Lllaman, siguiendo las instrucciones del director, para informarme de que tengo a mi disposición cualquiera de los masajes de la carta como atención de bienvenida. Miro el folleto que está sobre la mesita de noche y veo que se trata de una experiencia thai en toda regla, nada que ver con un balneario de aguas. El despliegue fotográfico y los sugerentes nombres de los tratamientos hacen imposible negarse a tan atractiva oferta.

Mucho mejor que un baño.

—Bajo en cinco minutos. —Cuelgo nerviosa al darme cuenta de que acabo de llegar y él ya me está marcando el camino.



El peculiar ambiente donde recibo mi masaje, más parecido a la biblioteca que fue en su día con paredes oscuras y lámparas de tela, me transporta a otra época. La sensación de irrealidad se incrementa al tumbarme sobre una mullida y enorme colchoneta blanca, situada en un escenario de madera elevado, donde el aroma a jazmín lo envuelve todo.

Bajo las manos y, en ciertos momentos, los pies, la terapeuta consigue llevarme a un estado de calma que no recuerdo haber sentido nunca. Masajes rítmicos, acompañados de acupresión, giros suaves y estiramientos, relajan mi cuerpo y sosiegan mi mente hasta conducirme a la más absoluta tranquilidad.

En ese estado, cercano al duermevela, en mis pensamientos solo hay cabida para una persona: Emilio.

Recreo al joven de entonces. Risueño y alegre, con su pelo algo largo y su pose desgreñada, con su chaqueta de cuero y su moto, y con aquella cicatriz en su labio superior que gritaba que era un chico malo. En realidad, se debía a una caída con la bici cuando era pequeño que le daba un toque de fragilidad y que para mí lo hacía más irresistible.

Me cuesta salir de esa visión y traer a mi mente al Emilio que acabo de encontrar. A sus cuarenta y tres años ha ganado en seguridad, y un aura de poder se refleja en esta nueva imagen. Con un perfecto corte de pelo y una cuidada barba —que, a mi pesar, no deja ver su marca infantil— y enfundado en un traje de chaqueta hecho a medida, donde la anchura que ha adquirido su cuerpo se hace latente, tiene un aire serio y distinguido. A pesar de ello, y de las finas arrugas que rodean sus ojos ambarinos, mantienen el brillo y esa chispa juguetona tan suya que no he conseguido olvidar.

Aunque son evidentes las notables diferencias entre los dos Emilios, existe un hilo de continuidad que los une y que, a pesar de la distancia y los años, me da la seguridad de estar ante la misma persona. Solo me han hecho falta unos instantes a su lado, sentir sus ojos y su sonrisa, oír su voz, abandonarme en su abrazo, para

volver a contagiarme de la energía y la vitalidad espontánea e innata que poseía y que, intuyo, conserva.

Comprobar que aquella personalidad arrolladora y desenfadada que me llevó a enamorarme perdidamente de él sigue ahí, me hace cuestionarme si tendré la determinación necesaria para llevar a cabo mi plan.

¿Podré resistirme o me dejaré arrastrar por su influjo, como solía hacerlo?



Tras una siesta reparadora, llega el momento de volver a encender el teléfono. El sonido de varios mensajes pendientes me hace intuir que alguno puede ser de Guillermo.

Respondo al de mi jefe. Le comunico que he llegado bien y que le iré enviando mis informes, tal y como hemos acordado.

Dudo si escribir a mi madre. No me apetece nada. Al igual que no tengo ganas de leer ni escuchar los mensajes de quien, por el momento, continúa siendo mi marido.

Dispuesta a dejar de hacer lo que he hecho siempre, aquello que se espera de mí, lo correcto, lo prudente, lo previsible, me voy al mensaje que me muero por leer.

[Siento no haberte llamado. La tarde se ha complicado. Te compenso invitándote a cenar fuera. Ya habrá tiempo de trabajar mañana. Te espero en la puerta del hotel a las 19:00. Ponte unos pantalones.]

¿Qué me ponga unos pantalones? ¿Para qué? ¿Dónde piensa llevarme?

Ante su petición, me viene a la memoria lo mucho que le gustaban las sorpresas. Sonrío al recordar nuestros tiempos

universitarios, cuando los tres, Emilio, Guillermo y yo, solo éramos amigos.

Esa amistad que se forjó entre las aulas de la Facultad de Turismo, las horas de estudio y las escasas salidas nocturnas en las que me dejaba llevar por ellos.

Tardé tiempo en darme cuenta de que, en realidad, éramos Guillermo y yo quienes bailábamos al son que tocaba Emilio.

A pesar de lo lejana que se me hace esa época y de que ha pasado mucho tiempo, siento que, si no tengo cuidado, voy a volver a caer rendida ante los encantos de Emilio y a dejarme llevar por él.

Tú no has venido para eso, me recuerdo.

Capítulo 4

Emilio

A pesar de que el día ha sido agotador y mi mente no ha parado de solucionar problemas, un rincón de mi cerebro no ha dejado de pensar en María. El impacto de volver a verla me tiene desconcertado.

Tras enviar el último correo del día y antes de salir a buscarla, dedico unos minutos a analizar y pensar en ello.

Cuando vi que una agente de viajes con su nombre venía al hotel, descarté que pudiera ser ella. ¿Por qué? ¿Cuántas María Pérez Domínguez existen? Aun así, le pedí al personal de recepción que me avisaran de su llegada. Yo mismo pasé toda la mañana saliendo de mi despacho con cualquier excusa para pasearme por el *lobby* del hotel.

Mi instinto me estaba diciendo algo y no se equivocaba.

La sacudida emocional que sufrí al verla cruzar el vestíbulo, al tener la certeza de que era ella, aún me tiene noqueado. Ni qué decir la reacción de mi masculinidad cuando me recreé en su figura.

Sigue siendo una belleza. Es más, puede que incluso esté más guapa que en su juventud. Su cuerpo se ha redondeado de una forma tan sensual... Sacudo mi cabeza para centrarme y evitar que la testosterona me domine.

Durante nuestro encuentro, a pesar de sacar mi lado más juguetón para disimular lo abrumado que me sentía al verla, no pude resistir la tentación de estrecharla entre mis brazos más tiempo del que podría considerarse apropiado. Fue un abrazo largo y reconfortante, muy diferente a uno meramente formal.

Pero lo que me ha descolocado por completo ha sido su olor.

¿Cómo puedo recordar su aroma a la perfección?

A lo largo del día, las notas florales y los toques a talco de su perfume no han dejado de perseguirme. Que continúe utilizando el mismo que yo le regalé hace años, me ha sorprendido incluso más que verla.

Ese olor me ha llevado a recordar una infinidad de momentos compartidos que tengo la certeza de que jamás volverán.

Entonces, recuerdo una frase que Freddy repite mucho. Un consejo que no tendría objeción de aplicarme con respecto a María:

Nunca digas nunca.

Al igual que un sexto sentido me advertía que, entre todas las María Pérez Domínguez que existen, la que iba a venir a este hotel era la mía, mi instinto me dice que este encuentro va a ser memorable.

Todo pasa por algo y, ansioso por descubrirlo, salgo del despacho para ir a buscarla.

¡Allá vamos, Emilio!

Capítulo 5

María

Tal y como me ha pedido, espero su llegada con unos pantalones anchos blancos y un *top* verdoso que hace juego con mis ojos. El cabello suelto y unas sandalias planas le dan al conjunto un aire fresco e informal.

Cuando una flamante Harley-Davidson se detiene junto a mí y su conductor se quita el casco, no puedo más que abrir la boca sorprendida. Al ser consciente de lo que significa, empiezo a sonreír.

—¡La conseguiste, Emilio! —exclamo emocionada.

La expresión de regocijo y triunfo que cubre su rostro me confirma que él ha dedicado su vida a perseguir sus sueños hasta cumplirlos.

¡No como yo, que no me he aventurado ni a tener sueños!

Me guiña uno de sus ojos ambarinos, que brillan llenos de ilusión y vivacidad, al tiempo que su boca se curva en una sonrisa descarada. Suspiro absorta ante esa mezcla perfecta de encanto y rebeldía.

—Toma, pónelo. —Me pasa otro casco que lleva preparado en el manillar.

—Yo... —Sin saber qué hacer, lo cojo nerviosa—. La última vez que subí a una moto fue contigo, y de eso hace una eternidad —consigo decir al fin.

—Solo vamos a pasear. Voy a enseñarte un poco de esta maravillosa ciudad. Tú agárrate fuerte y... déjate llevar.

Oír de sus labios *déjate llevar*, las dos palabras que ocuparon mi mente durante la mayor parte de la tarde, me estremecen. La sensación de conexión que he sentido al llegar y verlo después de tantos años se intensifica de tal forma que se instala en mi pecho y, por unos segundos, mi corazón deja de latir.

En cuanto la moto ruge bajo mi peso y coloco mis brazos con fuerza alrededor de su cintura, una mezcla de calidez y adrenalina recorre mi cuerpo, obligándome a concentrarme para volver a respirar.

Como si regresara a mi juventud, me veo cruzando el tráfico veloz, pegada a su espalda y con el viento acariciando mi piel.

Es una locura. Una bendita locura.

Entre el caos y la velocidad, la cercanía de su cuerpo y la emoción que me invade, el mundo se desvanece. Por un instante, solo existimos él y yo, y mi único deseo es no bajarme nunca de esa moto. No quiero perder la conexión intensa y casi eléctrica que siento con él en cada giro, en cada aceleración y en cada frenada. Anhele mantener viva esa suma de libertad, alegría y deseo que despliega ante mí infinitas posibilidades.

Vamos perdiendo velocidad al adentrarnos en una calle de comida callejera y, aunque aún no he perdido su contacto, comienzo a añorarlo al ser consciente de que tengo que dejar de tenerlo tan cerca.

Al detenernos junto a una gastroneta que desprende un aroma delicioso, mi estómago ruge y me doy cuenta de que, entre el cambio horario y los nervios, no he comido nada desde que llegué esta mañana.

Nos quitamos los cascos y coloco mis manos sobre sus hombros para bajar de la moto. Al encontrarme con el brillo de sus ojos, mi mirada cohibida se dirige al suelo. Sé que, si lo dejo escrutar los míos, será capaz de ver o intuir todo lo que he sentido junto a él unos minutos antes.

Una vez apeados de la moto y tras guardar los cascos, me tiende la mano. Ante mi incapacidad de respuesta, la coloca sobre la parte baja de mi espalda y nos adentramos en el bullicio.

—Solo quiero que no te pierdas —susurra en mi oído, divertido, ante mi turbación.

Deseo decirle que ya lo estoy, que solo he necesitado estar cerca de él una vez más para estar totalmente perdida, pero no me atrevo. Permito que su ligero contacto me empuje y me guíe, manteniéndome cerca de él, sin pensar en nada más. Así acabo

rodeada por la multitud, confundida entre las personas, diluida, pero siempre a su lado.

A lo largo del paseo, va comentando lo que se vende en los distintos puestos. Uno de ellos tiene un pescado con un olor desagradable que, por más que asegura que está delicioso, yo, a pesar del hambre que tengo, me niego a probar. En otro, una señora cocina un pollo a la plancha que parece exquisito, pero cuando veo que lo saca de unos enormes cubos de plástico donde lo tiene marinando, también me desanima. En el siguiente, me gusta lo que veo: De manera sorprendentemente higiénica, envuelven en plástico el típico mango con *sticky rice* —fruta y arroz blanco cocido es algo que conozco—. Tengo ganas de probarlo, pero él se niega, ya que asegura que eso es para el postre y que, en nuestra siguiente parada, podré comer todo lo que quiera.

En cuanto se detiene y, a pesar del delicioso aroma que desprenden, tuerzo el gesto e intento escabullirme.

—¡No, gracias!

Toma mi mano para girarme y me pone frente a la colorida tarima de madera en la que, por bandejas y especies, están colocados: grillos, lombrices, escorpiones y un sinfín de insectos que no consigo identificar.

—Solo uno —insiste con una mirada traviesa—, es la experiencia gastronómica más típica de Tailandia.

—¿Típica? ¡Claro! —Arqueo una ceja y me cruzo de brazos tratando de desviar la atención de la bandeja brillante repleta de patas y ojos, donde algunos de los supuestos manjares se presentan en forma de brocheta para mi horror.

De nuevo, él se ríe ante mi cara de asco, pero no se rinde.

—Vamos, tómalo como una aventura culinaria. Además, ¡tienen un alto contenido de proteínas!

—¿Proteínas? Prefiero las de un pollo frito —digo mientras miro a mi alrededor en busca de una salida.

—Esto es más que comida; es una historia que contar a tus clientes. No puedes vender bien una experiencia que no has probado personalmente.

—Mis clientes son más de otro tipo de bichos. ¡Langostas, por ejemplo!

Reímos con complicidad y, a cada minuto que transcurre, su presencia se me hace más familiar. Como si no hubiesen pasado todos estos años sin vernos, sin estar juntos.

De forma casual, pero intencionada, busco cada leve roce: mi rostro en su hombro, mi mano en su antebrazo, e incluso me atrevo a apoyar mi cara en su pecho para calmar la risa ante sus divertidas ocurrencias.

Envuelta en las sensaciones que su cercanía me produce, no me he percatado de que hemos regresado al lugar donde dejamos la moto, junto a la gastroneta que desprende un aroma que se me antoja delicioso.

Sin poder evitarlo, me relamo los labios.

—Tranquila, que no te voy a dejar sin comer —comenta risueño—. Imagino que sigues gastando la misma hambre de siempre.

—¿Me estás llamando glotona? ¿Me ves gorda? —Me hago la ofendida.

—¡Dios me libre! Si quieres, te recuerdo que ya te he dicho que estás estupenda.

Empiezo a reír para tratar de disimular que el color y el *calor* se me suben a las mejillas ante su descaro. Es rápido en sus respuestas y no pierde la oportunidad de ponerme nerviosa. Sé que eso le divierte, la risa que va desde su boca a sus ojos me lo confirma.

—Siéntate ahí —señala sin dejar de sonreír—, yo voy a pedir.

Me acomodo en una de las mesas bajas de madera, iluminada por cientos de pequeñas bombillas y dispuesta bajo un cañizo a modo de techo, al lado del furgón de comidas. Envuelta por una suave música que amortigua el ruido incesante de la ciudad, es un espacio informal, pero íntimo, ideal para hablar.

Mientras lo veo pedir la cena a lo lejos, me doy cuenta de que no sé por dónde comenzar.

Las sensaciones que me envuelven a su lado se romperán en cuanto le cuente qué hago aquí. Cuando le explique que mi llegada al hotel no es fruto de una casualidad, sino que es el resultado de un impulso y conozca el porqué, todo va a cambiar.

No se me ocurre cómo hacerlo y empiezo a dudar de si realmente es una buena idea.

¿Sería mejor seguir con la mentira y solo dejarme llevar?

Por un instante, me dejo seducir por permanecer dentro de la burbuja que acabamos de crear. Hacer como si nadie más existiera. Volver a disfrutar de su compañía, a sabiendas de que, como siempre, será temporal, efímera, incluso dolorosa. Saborear el tiempo junto a él, ese que con el paso de los años he descubierto que merece la pena por lo que me hace sentir, el que creo que necesito para romper con mi vida y empezar de cero.

No puedo apartar mis ojos de él. Si esa mañana me impresionó embutido en su traje de director, en ese instante, con un vaquero y una simple camiseta blanca, desenfadado e informal, está arrebatador.

Cercano y lleno de energía, transmite un entusiasmo natural e inspirador que se contagia con facilidad. Con él es sencillo reír, disfrutar de cualquier cosa y, para mí, lo más importante: consigue que me sienta bien siendo yo misma.

¡Dios! ¿Qué hago?

Capítulo 6

Emilio

Coloco sobre la mesa dos raciones de Pad Thai, los típicos fideos de arroz salteados, y un par de cervezas tailandesas.

—Pruébalos. Te van a encantar, son los mejores de la ciudad. Tienen la combinación perfecta de los toques agridulces a base de tamarindo, salsa de pescado, azúcar y especias, que les dan unos matices dulces, salados, ácidos y picantes... ¡Sorprendentes! —comento como el experto *foodie* que soy—. Por nuestro reencuentro. —Choco su botella con la mía.

—Por nosotros —responde indecisa.

Nuestras miradas se mantienen unos segundos en los que ambos tratamos de descifrarnos, averiguar en los ojos del otro qué estamos haciendo. Como si un pensamiento cruzara por su mente y no le convenciera del todo, baja la cabeza al plato y rompe el contacto visual.

—Tienen una pinta deliciosa —murmura cohibida.

En silencio, disfrutamos del contraste de sabores y de otro par de cervezas para compensar el picante.

Cuando nuestros platos están vacíos, ambos sabemos que ha llegado la hora de ponernos al día y, como sigo percibiendo su incomodidad, me lanzo a hablar.

Le cuento que, al igual que he alcanzado la moto de mis sueños —le recuerdo que una Harley-Davidson «*no se compra, se alcanza*»—, he logrado trabajar y viajar a lo largo y ancho del mundo.

Le confieso que, en realidad, no soy el director del hotel. Es una tapadera para llevar a cabo mi *misión*. El tono misterioso que empleo al decir esto último surte el efecto que buscaba y sonrío al ver, en sus ojos abiertos, el asombro y la curiosidad de la María impresionable que recordaba.

En lugar de seguir con la broma, no vaya a imaginar que soy un James Bond trabajando para el MI6, le explico lo que hago.

—Soy algo así como un espía empresarial. —Su gesto sigue sin cambiar y, por un segundo, me olvido de todo, regreso al pasado y deseo besarla.

Para recuperar la cordura, me concentro en explicarle que soy la mitad de una sociedad consultora que ofrece servicios a cadenas hoteleras y a empresas del sector turístico. Me encargo de analizar qué falla en cada nuevo destino, encontrar los puntos débiles y solucionarlos. En la mayoría de los casos, aparezco como el nuevo director o como un mando intermedio con la *misión* oculta de depurar responsabilidades entre empleados, proveedores, mayoristas...

—Cuando todo funciona de acuerdo con las expectativas del cliente que nos contrata, mi socio, que está en las oficinas centrales en Londres, me busca un nuevo destino.

La veo asentir y, a pesar de que el asombro no ha desaparecido del todo de su cara y de que intuyo cierta fascinación por lo que le acabo de contar, está intranquila. Imagino que teme que le pregunte sobre quién ambos sabemos.

Le doy vueltas a cómo hacerlo.

Iré poco a poco, decido, y le lanzo un simple:

—Y... ¿qué hay de ti, María?

Capítulo 7

María

¿Que qué hay de mí?

A pesar de que no me apetece hablar de mi trabajo, la agencia no resulta ni por asomo tan estimulante como su profesión, me veo contándole anécdotas de las escapadas de incentivos que hice en su día para evitar adentrarme en mi vida personal.

La verdad es que apenas disfruto de esos viajes tan frecuentes en mi sector y que, además, ocurrieron hace años. Él no tiene por qué saberlo, así que escondo ese pequeño detalle. No estoy preparada para que vea lo gris e insulsa que es mi vida.

Comparto mis planes con él: estaré en la ciudad durante tres días para explorar las últimas novedades, y después emprenderé un recorrido por el norte del país. Me sugiere los lugares que más le gustan, y me describe lo que voy a encontrar. Se extiende con admiración sobre la amabilidad de la gente e insiste en que no me pierda visitar algunos templos que, en cuanto menciona sus nombres, no logro retener.

Nos quedamos callados. Me mira y sé que ha llegado el momento que temo desde que salí del hotel: hablar de nuestras vidas personales y, en particular, de Guillermo.

—¿Cómo está tu marido? —El tono irónico, que no me coge por sorpresa, se intensifica al pronunciar la última palabra, enfatizándola con retintín—. Nunca entenderé cómo te casaste con él, pudiendo haberlo hecho conmigo. —Alza las cejas con diversión y luego arruga la nariz en esa mueca tan suya, tan traviesa, que casi había olvidado.

Lo miro durante unos segundos mientras él toma un sorbo de cerveza. Despreocupado, después de lo que acaba de soltar y fiel a su estilo —me recuerda cómo siempre aprovechaba la ocasión para hacer comentarios sobre mi relación con el que fue su mejor amigo

para alterarme y dejarme sin saber qué decir—, no sabe que en lugar de quedarme en silencio como solía hacer, voy a contestar.

—Nunca pensé que fueras de los que se casan. Aunque, dada las circunstancias, tal vez debería haberme fugado contigo a Londres. —Empieza a toser y casi se atraganta ante mi respuesta.

Jamás había caído en sus insinuaciones revestidas de humor y no puedo evitar esbozar una sonrisa amarga al darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, soy yo quien lleva la delantera en una conversación con él. Dejarlo tan descolocado y experimentar ese fugaz momento de poder me hace replantearme lo que hago aquí.

En un momento de lucidez, una inesperada determinación me hace ver que no he viajado más de doce mil kilómetros para no salir de dudas. En esa fracción de segundo, comprendo que estoy lista para saber la verdad, que no quiero seguir presa del silencio o las insinuaciones, que estoy cansada de que todo esté oculto tras risas y bromas.

Si he tenido el valor de venir a buscarlo para estar con él, ¿por qué no aprovechar y preguntarle?

Presa de la emoción, con el corazón acelerado y, a pesar de que no logro que la voz no me tiemble, pregunto decidida a obtener una respuesta:

—¿Me pediste en serio que me fugase a Londres contigo?

Parpadea y su mandíbula se tensa.

Su silencio, que se me hace eterno, me impulsa a tratar de entender su mirada; ha pasado de la incredulidad a la preocupación al darse cuenta de que, de una vez por todas, quiero hablar sin tapujos de nosotros.

Sus ojos dejan de estar fijos en los míos y comienzan a recorrer el entorno, como si buscara alguna respuesta o una excusa para evadir el momento.

Está incómodo.

Jamás hemos tenido una conversación seria sobre lo que compartimos. Una relación que, marcada por idas y venidas, encuentros y desencuentros, duró casi dos años y que para mí

supuso conocer el amor. Solo nos lanzábamos, él más que yo, alguna que otra indirecta o insinuación sobre nuestro pasado en común. Actuábamos como si nuestra historia fuera una etapa olvidada, un mero eco de una búsqueda de experiencias o de los errores propios de la juventud, especialmente después de terminar casada con Guillermo.

La tensión crece con cada segundo que pasa sin que él diga algo.

Es más que evidente que hay demasiadas cosas no dichas entre nosotros, y lo inesperado de mi pregunta y mi determinación lo han sacado de su zona de confort, de su habitual ironía.

Está nervioso, lo sé.

Siempre nos hemos movido entre las bromas y los dobles sentidos; siempre estuvimos en su terreno. Yo nunca tuve el valor de hablar con franqueza, solo me dejé llevar por él. Nunca le expresé lo que sentía, lo que me dolió su marcha, lo que sufrí al no tener noticias suyas durante meses después de pasar juntos el mejor verano de mi vida.

No había planeado tener esta conversación, ni siquiera imaginé tener la oportunidad cuando decidí venir a buscarlo. Sin embargo, en este preciso momento y al comprobar que continúa siendo el mismo, sé que no estoy dispuesta a volver a entrar en su juego.

Ya no tengo ni edad ni la paciencia para perder el tiempo.

Necesito entender qué pasó entonces e incluso que me diga qué le ha supuesto verme después de tanto tiempo. Si solo soy un leve recuerdo de su juventud o, al igual que he experimentado yo al verlo, siente que aún queda algo entre nosotros.

La vulnerabilidad en su mirada me hace comprender que le cuesta encontrar respuestas y afrontar sus sentimientos, pero lejos de dejarlo estar, insisto.

—Nunca me dijiste realmente qué sentías por mí. Solo me buscabas cuando te apetecía, cuando te cansabas de otras chicas, y yo siempre estuve ahí, esperando a que, en algún momento, fuera suficiente todo lo que te ofrecía o que te dieras cuenta de que yo...
—A pesar de la seguridad que he logrado transmitir en mis palabras, las lágrimas pujan por salir.

La expresión de angustia en su rostro, que me hace ver que él no será capaz de decir nada, me ayuda a continuar sin derramar ninguna lágrima.

—Aquella beca a Estados Unidos en el tercer curso, la que te alejó de mí, fue lo que cambió todo. Ese año, al no saber qué teníamos y contigo fuera de nuestra ecuación, ni siquiera te dignaste a enviarme una miserable carta —le reprocho—, fue cuando Guillermo y yo nos unimos más. Él se convirtió en mi paño de lágrimas, una y otra vez, ante tu impredecible y caprichoso comportamiento que no lograba entender y del que no podía escapar, a pesar del daño que me causaba no saber qué querías de mí. Sin ti y sin tus ideas locas, nos dedicamos a estudiar y, en el mejor de los casos, a ir al cine o salir a cenar. Una noche, él se atrevió a besarme en el portal de casa... —exhalo angustiada por todo lo que acabo de soltar.

—María... —Eleva sus manos ante mí pidiendo que pare, que me calme, pero no puedo. Por fin he encontrado el valor de empezar a arrancar las palabras que tanto me pesan y quiero seguir.

—Una cosa llevó a la otra y sin darme cuenta estaba entrando en mi casa, almorzando el arroz de los domingos de mi madre y yo acompañándolo a los partidos de fútbol. Los días se hicieron semanas, las semanas meses y así, sin más, sin apenas percatarme, estábamos saliendo...

»Me ofreció una estabilidad y una seguridad que no tuve antes, me expresaba lo que sentía y hablaba del futuro... Además, era exactamente lo que mis padres deseaban para mí.

El nudo que se ha formado en mi garganta, mientras intento contener las lágrimas, me dificulta hablar. Tomo un trago de mi cerveza y él me anima a seguir con un leve gesto de cabeza. A estas alturas, ha comprendido que necesito desahogarme.

—Esperé a que hicieras algo cuando regresaste. Aún recuerdo la primera noche que salimos los tres juntos tras tu vuelta. —La tristeza y la decepción regresan a mí como si no hubieran pasado los años—. Estaba tan nerviosa cuando, por fin, nos quedamos un momento a solas. Entonces tú... tú solo fuiste capaz de decir, con ese tono irreverente y mordaz que te caracteriza, «¿Con él?, ivaya

sorpresa! Me alegro por los dos». Y te adentraste en el bar sin más, sin volver la vista atrás, ni ese día, ni ningún otro.

»Tras un verano en el que apenas nos vimos, te fuiste a Londres y no volvimos a hablar del hecho de que salía con *tu mejor amigo*, salvo cuando tenías la oportunidad de dejar caer tus comentarios con segundas, esos que me daban a entender que seguías siendo un inmaduro y que hice la elección correcta. Comentarios tan inoportunos como el del día antes de mi boda.

Apoya los codos sobre la mesa y deja caer la cabeza sobre sus manos.

—¿Aquel día bromeabas cuando me propusiste que me fugara contigo a Londres?

No es capaz de levantar el rostro y permanece en la misma posición, masajeando su frente sin decir nada, sin contestar a mi pregunta.

—¿Sabes, Emilio? —rompo el incómodo silencio que se ha instalado entre nosotros—. A veces, en estos últimos meses, años, en realidad, he tratado de imaginar cómo habría sido mi vida si no os hubiese conocido a los dos. A esos dos grandes amigos que me incluyeron en su mundo cuando nos conocimos en la facultad, cuando nos hicimos inseparables, y yo me centré solo en vosotros.

»Si no te hubiese besado en aquella fiesta universitaria, con varias cervezas de más... Si no hubiese caído en tus brazos siempre que me buscabas, conociendo el amor por primera vez... Si no hubiese empezado a salir con Guillermo para terminar casándome con él...

»No dejo de pensar... ¿Qué habría pasado si no te hubieses ido a América? ¿O si, tras pasar aquel último verano juntos, me hubieses pedido que te esperase? ¿O si hubiese aceptado la loca idea de fugarme a Londres contigo?

Mis preguntas hacen que sus ojos vuelvan a los míos y veo cómo su gesto se ha ensombrecido.

—¿Alguna vez piensas en cómo habría sido tu vida de haber tomado otras decisiones u otros caminos? —Una mezcla de confusión e inquietud cubre su rostro. Vuelve a bajar la mirada y me siento ridícula hablando sola.

—¿Qué estoy diciendo? No tengo ni idea de qué vida llevas, lo mismo estás encantado con tu trabajo, estás felizmente casado y con algún hijo.

—No, no... Ni me he casado, ni tengo hijos. Tampoco pareja. Con tanto viaje, alguna historia... —musita casi sin ganas.

—Como siempre, entonces.

Está desubicado. Puedo incluso percibir cierta angustia. Hace mucho que no nos veíamos y así, de sopetón, yo he abierto las puertas del pasado de una manera que nunca habría previsto. Él se mueve como pez en el agua entre las ironías, los dobles sentidos, la suspicacia y las bromas, pero está visto que ni el tiempo ni la edad le han hecho madurar como para mantener la conversación que yo necesito.

No he venido hasta aquí para esto, me lamento.

Pero ha sido su chiste, en el que me decía que debería haberlo elegido a él para casarme en lugar de a Guillermo, el que ha abierto una puerta para aclarar nuestro pasado. A pesar de que no quiero cerrarla sin obtener respuesta después del mal trago, su mutismo me resulta insoportable.

—Estoy cansada. —Es lo único que consigo decir y es cierto.

—Claro. —Su alivio, más que evidente, de terminar con aquello, me molesta más que el desencanto que acabo de experimentar—. Te acerco al hotel.

—No, prefiero irme en un taxi. Entre el *jet lag* y las cervezas, estoy un poco mareada. Creo que será más seguro para los dos. —No estoy preparada para sentir otra vez su cercanía y que mi cuerpo responda ante el suyo como en el pasado, haciendo que sea el corazón quien mande y no la cabeza.

—Llamo a uno de los coches del hotel para que te recoja.

Después de colgar e indicarle al chofer dónde estamos, él espera conmigo en un tenso silencio. Evitamos cruzar nuestras miradas, que permanecen perdidas en el paisaje urbano y en la multitud que abarrota la zona. Se reencuentran cuando un flamante coche negro

se detiene a nuestro lado. Me abre la puerta y, al entrar, apoyo mi mano sobre la suya antes de decir:

—Solo necesitaba que supieras...

—¿Por qué ahora? —me interrumpe y sé que su pregunta encierra algo más profundo que simple confusión.

—Te veo mañana —respondo y acerco mis labios a los suyos durante un instante, una fracción de segundo que me hace desear perderme en él y en todo lo que su cercanía vuelve a despertar en mí. Entonces, me meto en el coche, cierro la puerta y le pido al conductor que me lleve al hotel.

Al mirar por la ventana, lo veo allí, de pie, con los dedos sobre sus labios.

Capítulo 8

Emilio

La veo marchar desconcertado. El simple roce de sus labios casi me hace perder la razón y agarrarla para besarla de verdad. Besarla como deseo hacer siempre que la tengo cerca. Es más que evidente que María me sigue encendiendo como ninguna mujer ha logrado hacerlo. Ha habido muchas en mi vida —antes, durante y después de ella—, pero ninguna es comparable. Ninguna oculta en su interior, escondido tras esa imagen cándida, el fuego que sé que lleva dentro.

Aturdido por la desgarradora confesión de su sufrimiento, que no he sabido cómo gestionar debido a mi nula habilidad para enfrentarme a los sentimientos, me maldigo por el daño que ahora soy consciente de haberle causado.

Me confunde y me aflige que mi conducta del pasado aún la atormente de ese modo. Todo pasó hace años, pensé que estaba superado, y más después de llevar tanto tiempo con Guillermo.

Pero lo que más me intriga, y en lo que no paro de pensar desde que me ha reprochado mi comportamiento, es por qué ahora. ¿Qué sentido tiene esto en este momento? Si algo sé por mi profesión es que son igual de importantes los acontecimientos como el instante en el que ocurren. Y eso no sale de mi cabeza.

¿Por qué ahora?

Pienso en Guillermo.

Nosotros, los que en su día éramos más que amigos, casi hermanos, mantenemos una relación cordial que no excede de felicitarnos los cumpleaños y las Navidades. Rituales a los que nos vemos forzados por los lazos de amistad que unen a nuestras familias. La incomodidad en esas escuetas llamadas es latente por ambas partes; aun así, tratamos de ser cordiales y usar un tono amistoso para hacernos las típicas preguntas insustanciales que se

esperan de personas con nuestra educación. Hace años que desapareció aquella confianza y cercanía que tuvimos, pero, a pesar de ello, no hemos perdido el contacto.

Todas las semanas hablo con mis padres, que se ven con los suyos a menudo, y también lo hago con mi hermana, que frecuenta los mismos círculos sociales que él. Por lo que sé por ellos, Guillermo y María siguen casados. Si algo hubiese ocurrido, me lo habrían comentado.

Estoy seguro.

Sigo allí, de pie, incapaz de moverme mientras mi mente no deja de dar vueltas a todo lo que me ha dicho, pero sobre todo a que se arrepiente de no haberse fugado conmigo a Londres.

Empiezo a tener la certeza de que María no está aquí por casualidad y que ha sucedido algo que no sé qué es, que desconozco. Llamo a la persona que creo que puede arrojar algo de luz a esta situación, pero no me lo coge.

Le escribo un mensaje.

Lo lee.

Pero tampoco contesta.

¿Qué demonios está pasando?

Capítulo 9

María

A pesar de que estoy agotada en todos los sentidos, el cambio de horario y lo vivido en las últimas horas no me deja pegar ojo. Sobre la mullida cama y bajo las refrescantes sábanas, cojo mi teléfono para escribir a Lola; seguro que aún está en la oficina. Necesito desahogarme.

[Hola, amiga, ¿cómo te pillo?]

[¡Ya era hora de que dieras señales de vida! Me voy al despacho de la jefa, que ha salido, y te hago una videollamada.]

Me incorporo sobre los almohadones y me alivia saber que, gracias a la tecnología, podré estar cara a cara con la que se ha convertido en mi tabla de salvación.

Conocí a Lola en los cursos de inglés para turismo, poco después de graduarme. La había visto antes por el campus: guapa, alta, llamativa y extravagante; era imposible no fijarse en ella. No cruzamos más que un saludo ocasional hasta que coincidimos en la misma aula, sentadas una al lado de la otra, para mejorar un idioma que resultaría fundamental en nuestras carreras profesionales.

Por aquel entonces, Emilio ya no formaba parte de mi vida y salía con Guillermo. A pesar de nuestras diferencias, conectamos de inmediato y, además de encontrarnos en clase, comenzamos a quedar de vez en cuando, lo que dio inicio a una amistad que, hoy en día, se ha convertido en mi mejor apoyo.

—¿Ya estás en la cama? ¿Qué hora es ahí? —pregunta en cuanto su cara sonriente aparece en la pantalla.

—Casi las doce de la noche, pero no tengo ni una gota de sueño. He tomado un par de pastillas de melatonina, aunque lo que me apetece de verdad es un Cola Cao calentito como el que me tomo todas las tardes.

—Déjate de Cola Caos y cuéntame. ¿Cómo va nuestro plan? ¿Lo has visto ya?

—¿Qué si lo he visto? —repetí la pregunta para ver por dónde empezaba—. Estaba esperándome.

—¿En serio? Joder, ¡qué fuerte!

—Ya te digo...

—¿Y sigue estando igual de *impresionante*? —me corta ansiosa por saber.

—Más.

—¡Jodido Emilio! Y pensar que estuve a puntito de catarlo una vez...

—¡Tía! —la interrumpo.

—Perdón, que me vengo arriba. Sabes que me pierde el sexo opuesto. Bueno, el sexo en general.

No puedo más que negar de forma enérgica ante su comentario, que consigue hacerme reír.

Es opuesta a mí: divertida, descarada, impulsiva, mal hablada... Una compañía que no agradaba a Guillermo en su día y que hizo que nos distanciáramos, por suerte, sin perder del todo el contacto.

Ahora, gracias al nuevo empleo y a que mi agencia utiliza los servicios de la mayorista para la que ella trabaja, vuelve a poner color y chispa a mi vida, tanto que, en gran parte, es la responsable de que esté ahora mismo en Bangkok.

—Sigue contando y no te dejes nada atrás.

—Esta mañana estuvimos solo un momento, tenía trabajo y quedamos en vernos más tarde. Desperté de la siesta con un mensaje invitándome a cenar y me esperaba con su moto...

—¿Tú?, ¿en moto? ¡No te creo!

—Ha sido como darle a la moviola. Me he visto como en los tiempos en los que me sacaba de clase, me montaba en su Yamaha Special y nos íbamos a cualquier lugar para enredarnos como si no hubiera un mañana.

—Déjate de *moviolas* y chorradas, y vuelve al presente. ¿Le has dicho para lo que has ido a buscarlo?

—No... he dejado que piense que ha sido toda una casualidad.

—¡María! —me recrimina algo molesta.

—Pero en la cena le he dicho varias verdades incómodas. —Trato de justificarme por salirme del plan.

—¿Qué verdades?

—Quería saber... de nosotros.

—¿Has abierto el melón del pasado?

—Sí.

—¡Joder, María! Eso pasó hace una eternidad. Erais unos críos.

Bajo la vista y comienzo a rascarme la cabeza nerviosa, mientras la oigo tomar aire para calmarse.

—Bueno, ya está hecho. No pasa nada.

—Ya —murmuro.

—¿Cómo le han sentado esas *verdades* a Emilio? —quiere saber Lola.

—Mal, se ha quedado descolocado. No se lo esperaba.

—Normal. —La cara de desaprobación, que no consigue ocultar, casi traspasa el cristal del teléfono—. ¿Desde cuándo no os veáis?

—Desde el día de mi boda, pero la última vez que hablamos fue en la fiesta conjunta de despedida de solteros, donde bromeó con que nos escapáramos a Londres.

El tono lastimero de mi voz, sin fuerza y apenas audible a causa de lo que he sentido hace unos minutos al decirle a Emilio que tal vez debería haberme fugado con él, hace que Lola cambie el gesto. Tras la pantalla, la veo fruncir el ceño preocupada. A los segundos, su sonrisa y la chispa de sus ojos vuelven a iluminarla antes de decir:

—Aún no te perdono que no me dejaras hacerte una despedida de soltera como Dios manda. Con unos estripers embadurnados de aceite corporal, con esos bañadores turbo pequeñitos, moviendo sus esculturales cuerpos al ritmo de la música...

—Lola... —la interrumpo apenada porque, aunque sé que trata de destensar la conversación o de animarme, no es lo que necesito ahora mismo de ella—. No estoy para bromas.

—¿Estás bien?

—No, ha sido... —Me detengo para tratar de encontrar las palabras—. ¡No sé bien cómo ha sido! —exclamo angustiada—. Yo he soltado todo lo que tenía dentro, preguntas de hace mil años que

ni siquiera me había atrevido a pronunciar en voz alta, y él... —Me llevo la mano a la frente y cierro los ojos.

—Tranquila, amiga. Tú misma lo acabas de decir, no se lo esperaba. Te imagino descontrolada, largando sin filtro. Así, de golpe y porrazo, todo fuera, después de una eternidad sin veros... ¿Quién puede asimilar eso?

—Ya, pero no ha sido capaz de decir nada.

—¿Será que pensó que necesitabas sacar todo eso fuera?

—No sé si ha sido por eso, o es solo lo que quiero pensar. Necesito aferrarme a esa imagen idílica de lo que fuimos para que no se desmorone. No quiero aceptar que solo fui un pasatiempo de juventud, que todo lo que creo que pasó entre nosotros no sea más que una invención de mi mente... ¡Maldita sea! Siento como si tuviera dieciocho años otra vez y me estuviera volviendo a enamorar de él.

—Esto no estaba en el plan —comenta Lola con cautela al cabo de unos segundos.

—Ya... —Suspiro rendida—. No he podido evitarlo. Ha sido tenerlo cerca y...

—Me dijiste que solo querías tener una aventura, sentirte viva, que con quién mejor que con Emilio porque seguía en tus fantasías. Comentaste que era lo que tenías que hacer antes de decidir si ir al consejero matrimonial o mandarlo todo al traste con tu marido. Sin embargo, lo que me cuentas ahora me lleva a pensar que o no me has contado toda la verdad o nos hemos equivocado mandándote allí, considerando el lío que tienes en la cabeza.

—¡Uf! —resoplo sin saber qué decir.

—¿Qué te está pasando, amiga?

—Necesito pensar. Hablamos mañana, Lola. —Y sin dejar que conteste, corto la videollamada.

Capítulo 10

Emilio

Paso la noche en vela. No recuerdo cuándo fue la última vez que algo me robó el sueño, pero, al hacer memoria, me doy cuenta de que también fue por ella. La única mujer capaz de desvelarme ha vuelto a aparecer.

No solo no sé si estoy preparado para enfrentar lo que siento por ella, sino que, además, me gusta mi vida tal como está.

Trabajo en algo que me encanta, desafiante a nivel intelectual y con un toque de teatro al infiltrarme en las empresas, que me divierte y estimula. Además, conlleva viajar por todo el mundo, lo que satisface uno de mis deseos de juventud.

No tengo responsabilidades personales. Por no tener, no tengo ni un lugar al que llamar hogar y regresar, solo una habitación en la inmensa casa de Notting Hill de Freddy y su esposa Mia, donde me acogen entre cliente y cliente.

Con respecto a las mujeres, mi forma de ganarme la vida hace que todas pasen fugazmente, sin que ninguna haya hecho que me plantee tener más que gratos recuerdos con ellas.

La relación con mi familia es igual que siempre: cordial y sin complicaciones. Somos políticamente correctos, tal y como se espera de una familia de mi condición, burguesa e intelectual.

El insomnio y no lograr sacar de mi cabeza a María me hacen plantearme qué quiero hacer. No me esperaba volver a verla, y mucho menos que ella estuviera dispuesta a hablar de nuestro pasado. Pensé que era algo que estaba superado, pero es más que evidente que no es así. No solo por todo lo que ella me ha desvelado, sino por lo que despierta en mí. No puedo ignorar que aquella química que teníamos sigue ahí.

En el silencio y la oscuridad de mi habitación, atrapado en mis propias contradicciones, reflexiono sobre lo que he logrado y lo que me satisface, en contra de lo que siento e imagino con este

reencuentro. Todo ello me impulsa a tratar de ser sincero conmigo mismo.

He de reconocer que estar cerca de María me llena de energía y de deseo. Como siempre me ha sucedido con ella, surge un instinto incontrolable en mí: una mezcla de pasión y un sentido de pertenencia que no consigo comprender del todo. El estado de excitación y euforia que me provoca es tan intenso que necesito tomarme un momento para calmarme e incluso decidir cómo voy a actuar. En esos instantes, cuando la adrenalina corre por mis venas, busco desesperadamente el equilibrio entre la espontaneidad y la cautela, y me doy cuenta de lo mucho que su presencia me afecta.

No tengo ni idea de qué está pasando entre Guillermo y ella para que haya tenido el valor de hablarme de esa manera. Y, por lo que sé, él no está ni se le espera.

Si ella quiere algo, lo que sea, incluso si se trata de fugarnos a Londres, no seré yo quien se lo niegue. No sé dónde me llevará la decisión que acabo de tomar, pero lo único que tengo claro es que no desaprovecharé la oportunidad de estar de nuevo con María.

Donde las dan, las toman, Guillermo.

Capítulo 11

María

Unos golpes en la puerta de la habitación hacen que los nervios se instalen sin remedio en mi estómago. Recordar todo lo que le dije a Emilio la noche anterior, junto con el cosquilleo que aún siento en mis labios tras besarlo, me llenan de ansiedad. La incertidumbre sobre su reacción y el peso de mis propias palabras me llevan a preguntarme si realmente entendió lo que sentí o si, de alguna manera, he echado a perder el plan que me ha traído hasta aquí.

Abro la puerta insegura ante la posibilidad de encontrarme con él. Para mi alivio, pero también con un atisbo de decepción, saludo a una chica del personal del hotel. La envía el señor director para acompañarme al restaurante a desayunar y después mostrarme el resto del hotel y sus servicios.

Mientras nos dirigimos a «The Verandah», me habla de la amplia oferta gastronómica. A pesar de que intento prestar atención a cómo, sin salir de sus instalaciones, se puede degustar casi cualquier tipo de cocina, mi mente no puede evitar preguntarse si mi ataque de sinceridad habrá ahuyentado a Emilio.

Un «sincericidio» lo definiría Lola.

Pensar en ella me saca una sonrisa que se borra al recordar que tenemos que volver a hablar, aunque antes debo aclararme.

Trato de centrarme en mi propósito laboral y alejo, de momento, todo lo que turba mi mente. Mi objetivo es hacerlo lo mejor posible. Sin embargo, al recordar cómo logré convencer a mi jefe para que me enviara a Tailandia, mi atención se desvía nuevamente del trabajo.

Aproveché los contactos y los recursos de la mayorista con la que Lola colabora para conseguir este viaje. Reconozco que dejé que mi amiga me embaucara, aunque, en realidad, no me resistí mucho a

su influencia. En cuanto le conté que, tras la infidelidad de Guillermo, no podía dejar de pensar en Emilio, se propuso hacer todo lo posible para que nos reencontráramos.

En su disparatada forma de entender las cosas, parecía lo más lógico del mundo. Si mi marido me había engañado con otra, yo también tenía derecho a hacer lo mismo. «*Quid pro quo*, como dirían los romanos», dijo dispuesta a encontrar a Emilio y a enviarme allá donde él estuviera para que me desquitara antes de decidir qué hacer con mi marido y con mi vida.

Guillermo confesó su infidelidad, abatido y consumido por los remordimientos. Repetía una y otra vez que fue un error y que deseaba mi perdón. Tras el *shock* inicial y unos días en los que me sentí perdida, le pedí tiempo para procesar lo ocurrido. Necesitaba espacio y terminé pasando las noches en casa de Lola. Era consciente de que mi amiga solo me traería más confusión, pero no tuve otra opción, ya que mi primera elección, mi madre, insistió en que debía regresar con mi marido.

La idea de no poder refugiarme en la que siempre consideré mi casa, a pesar de que nunca lo sentí como imaginé que debía ser un hogar, fue otro revés que me costó encajar. En lugar de encontrar apoyo y sentirme acogida, solo hallé incompreensión.

No sé cómo se me ocurrió que esa vez sería diferente.

Mi madre no titubeó al sostener que aquel ya no era mi lugar. Según ella, y su forma de entender el mundo, desde el momento en que me casé, mi sitio debía estar al lado de mi marido. Me instó a regresar donde me correspondía de inmediato. Le restó importancia a mi dolor y me pidió que no hiciera tanto drama. Luego, en un tono desprovisto de duda y sin una pizca de empatía, añadió: «Los hombres son así: débiles, volátiles y simples, desde el principio de los tiempos. A nosotras nos toca perdonar y asegurar la continuidad del sagrado sacramento del matrimonio».

De modo que, como no pensaba regresar a *mi* casa, terminé en la de mi mejor y, en realidad, única amiga, a merced de su locuacidad, su energía y su forma tan diferente de ver la vida, en contraste con la visión retrógrada e intransigente con la que mi madre me educó.

Aunque este viaje es la excusa, perfectamente perpetrada por la mente de Lola, para convertir aquella loca idea de buscar a Emilio en una realidad, debo cumplir con mi trabajo.

Separarme, enfrentar el desempleo y no hablarme con mi madre es demasiado para manejar todo al mismo tiempo.

Esa reflexión me saca de mis pensamientos y me devuelve al presente.

La chica del hotel está hablando sobre las cenas: cocina internacional, japonesa, china y, cómo no, tailandesa. Esta última es una experiencia especial, ya que va acompañada con un espectáculo de música y danza tradicional. Además, menciona que para amenizar las sobremesas hay un bar con *jazz* en vivo, un acogedor rincón para el té y diversas terrazas junto al río, tanto en la ribera como en las alturas.

Tras el delicioso desayuno y recorrer los espacios del hotel con ella, me ofrece la posibilidad de realizar cualquiera de los recorridos turísticos disponibles para los clientes a través de agencias locales escrupulosamente seleccionadas.

Ya visité Bangkok en otra ocasión y volver al Gran Palacio Real, o recorrer los templos para ver los distintos Budas, el de oro, el reclinado, el de jade..., o el mercado flotante, o el que está sobre las vías, me da pereza. Los imagino abarrotados de turistas y no me seduce, por más que llegue en un coche de lujo y que tenga un guía privado que me facilite acceso a zonas exclusivas y alejadas del público en general.

Le digo a la chica que me pida un *tuk tuk*. Esa experiencia sí me apetece repetirla y, en menos de diez minutos, estoy envuelta por el caótico tráfico en esa moto taxi de tres ruedas tan típica y colorida.

La moto se desliza entre el bullicio del tráfico y me brinda una perspectiva cercana a la vida cotidiana de la población local. El conductor, amable y lleno de energía, me lleva por los atajos más pintorescos que evitan las multitudes y me enseña rincones ocultos de la ciudad, donde admiro los numerosos altares que adornan las entradas de muchos de los edificios. Pasar por terrazas adornadas

con flores, calles laberínticas y bulliciosos mercados, donde los vendedores ofrecen de todo, desde sombreros de paja hasta exóticas frutas tropicales, me conecta con el ritmo de la ciudad.

A pesar de los treinta y dos grados y de que aún no son ni las doce del mediodía, la humedad de abril es menos intensa que en otras épocas del año. Un viento fresco hace que el trayecto desde el hotel hasta el Siam Paragon, el centro comercial más lujoso de Asia, resulte no solo interesante, sino también muy agradable.

He podido cerciorarme de que, a la mayoría de los clientes que nos contratan, les interesan más las compras que los monumentos; es más valioso acumular detalles que más tarde pueden comentar, a modo de *pinceladas sin importancia*, en sus reuniones sociales. Queda genial en una conversación decir que su Louis Vuitton se lo autorregaló en Bangkok, o que el pañuelo de seda sea original de Jim Thompson, o que la mejor langosta de su vida la probase a orillas del río Chao Phraya. Son signos de distinción y una de las razones por las que nos pagan es precisamente poder ofrecerles este tipo de *detalles*.



Después de una mañana en busca de tiendas exclusivas y productos que logren poner a Bangkok en el radar de nuestros clientes, estoy descansando en la fantástica piscina turquesa del hotel, con sus sombrillas verde agua y toallas rojas, rodeada de exótica vegetación, cuando un camarero se acerca con un batido de chocolate y una nota.

No sé si sigues merendando tu Cola Cao. Conociéndote, imagino que sí, no sueles romper las reglas ni las costumbres. Te ofrezco lo más parecido que tenemos, seguro que estará muchísimo mejor. Te lo he preparado yo con mucho cariño.

Dejo de leer y empiezo a buscarlo con la mirada.

El corazón me late tan rápido que puedo escucharlo en los oídos.

Trato de calmar la respiración y recorro toda la zona con la esperanza de encontrarlo allí, plantado en medio de la gente, sonriendo con autosuficiencia, como si tal cosa.

Habría sido muy propio de él hacer como si no hubiera pasado nada. Por segunda vez ese día, a la decepción le acompaña un cierto alivio al no haber rastro de Emilio por ningún lado.

Vuelvo sobre sus letras.

Te veo esta noche a las ocho en el embarcadero del hotel.

Tráete un pañuelo o una chaqueta.

Emilio.

Sonríó nerviosa al darme cuenta de que no lo he espantado del todo. Esa noche tendré una nueva oportunidad. Si continúa siendo el mismo de siempre, insistirá; siempre lo ha hecho.

En nuestra juventud, durante aquella relación indefinida que duró alrededor de dos años, él regresaba a mí una y otra vez. Yo intentaba mantener la dignidad, me hacía la ofendida, pero en cuanto él me sonreía y me hablaba como si nada hubiera sucedido o me hacía tres carantoñas, sin querer entenderlo, volvía a caer en sus brazos.

Y así fue hasta que... empecé a salir con Guillermo.

Saqué a Guillermo de mi mente y di un sorbo a mi riquísimo batido de chocolate con la esperanza renovada.



Mientras aguardo nerviosa su llegada, sin dejar de pellizcar mi cazadora vaquera para tranquilizarme, contemplo la imagen nocturna que me devuelve esa zona de la ciudad a orillas del Chao Phraya.

Pierdo la vista en varios cruceros turísticos nocturnos y en los tradicionales ferris de madera que, con sus característicos tejados en

forma inclinada y puntiaguda, cruzan el río. Uno de ellos, perteneciente al hotel, exquisitamente decorado y con el servicio preparado para la cena, zarpa en ese momento.

Sola en el embarcadero, tras minutos de espera, la angustia se incrementa. Empiezo a creer que debería haber subido al barco del hotel y que me he confundido, cuando una embarcación más pequeña, un bote de cola larga, el típico tailandés con su toldo de colores y sus guirnaldas de flores en la proa, se acerca hacia mí.

Una vez a mi lado, Emilio me sonríe desde el interior y extiende la mano para ayudarme a subir. En un instante, me tiene agarrada de la cintura y me sostiene en el aire unos segundos antes de depositarme con suavidad en la cubierta. Sobre la barca, no solo no deshace su agarre, sino que me acerca, me atrae hacia él y me besa.

Es un roce parecido al que yo le di la noche anterior. Se aleja unos centímetros para mirar en mis ojos, buscando una señal que no le dejo ver, porque me acerco tanto a él que ni el aire puede pasar entre nosotros.

Nuestras bocas se funden en un beso largo que comienza suave. Poco a poco nos tanteamos, nos reconocemos y descubrimos que encajamos como antaño. La sincronía perfecta de nuestros labios y lenguas me sobrecoge. Sus besos, atesorados en mi memoria, mantienen intactos su sabor y, a medida que nos reencontramos, renace la intensidad de mis sentimientos por él.

Como un viaje en el tiempo, donde todo parece posible, los recuerdos y anhelos de lo que pudo haber sido dan paso a la certeza de lo que él siempre significará en mi vida. Sé que nadie despertará en mí lo que él provoca.

Cuando el barquero pone en movimiento el bote, hace que perdamos el equilibrio y nos obliga a separarnos para no caernos. Empezamos a reír nerviosos, yo cohibida y él, como siempre, descarado y juguetón. Sin embargo, un destello en su mirada me dice que también ha sentido esa poderosa conexión que nos invadía en el pasado y que acabamos de experimentar de nuevo.

Nos sentamos en el centro sobre unos mullidos cojines y ante nosotros se abre paso la noche de los canales de Bangkok. A pesar

de lo espectacular de las vistas, yo solo tengo ojos para él. Arropada sobre su pecho y con su brazo sobre mis hombros, me tapo con la chaqueta.

—Sigues siendo una friolera empedernida. —Arruga la nariz en ese gesto tan suyo antes de darme un beso en la cabeza y me abandono, como hacía en el pasado, arropada por su cuerpo.

¡Cómo no me había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos!

Capítulo 12

Emilio

Nos detenemos frente al Gran Buda dorado. Bajo su imponente tamaño y majestuosa presencia, se queda sin aliento y no me queda más que aceptar que a quien le cuesta respirar con normalidad es a mí.

Su reacción ante el breve roce de nuestros labios, que no pude reprimir al tenerla entre mis brazos, me ha recordado que con ella cada roce, cada beso, me provoca un torrente de emociones que me cuesta controlar.

Aprieto los dientes tras una sonrisa para contener las ganas que tengo de volver a besarla y pedirle al barquero que nos lleve de regreso al hotel.

A duras penas, consigo resistir la tentación. Cojo aire y me concentro en asumir el rol de guía turístico para evitar dejarme llevar por mis impulsos.

—Es Wat Paknam Bhasicharoen. Para mí es el más impresionante, pero no por sus más de 60 metros de altura, sino por la paz y la serenidad que transmite, además de por la belleza artística —digo con la vista fija en el enorme Buda que está frente a nosotros.

—No lo recuerdo de mi anterior visita —comenta embobada.

—Terminaron su construcción en 2021, apenas hace unos años. Veo que no has hecho los deberes antes de venir —le riño burlón.

Ella alza los hombros y esconde los labios entre sus dientes en una mueca casi infantil que hace que, sin poder resistirme más, la atraiga hacia mi boca para sentirla de nuevo.

¡Joder, María! ¿Qué tienes que me vuelves loco?

A mi pesar, me separo de ella. He conseguido que uno de los monjes nos abra la puerta para visitar el templo fuera del horario de

visitas y no es plan de darle plantón, aunque ganas no me faltan.

—¡Vamos! Yo voy a contarte todo lo que necesitas. —La ayudo a desembarcar y ya no soy capaz de soltar su mano.

Tras el monje, exploramos las áreas públicas del templo. Ella observa todo con un profundo respeto y curiosidad, absorta en las explicaciones que nuestro guía, con la calma y amabilidad que caracterizan a la comunidad budista, ofrece a cada una de sus preguntas.

Siento sus dedos entrelazados con los míos y su rostro apoyado en mi hombro, mientras me pierdo en esos hermosos ojos verdes, en su sonrisa y en el hoyuelo de su barbilla. Con cada movimiento involuntario, su olor llega hasta mí y me envuelve por completo. Me abruma, ya que me traslada de forma inmediata a nuestro pasado.

Un pasado donde ella era mía.

Sin poder evitarlo, la sola idea de estar con ella, de que deje de ser un recuerdo, hace que note cómo aumenta la tensión muscular en la zona del abdomen y la pelvis. La reacción de mi cuerpo a la inminente proximidad de su calidez, a la posibilidad de perderme entre sus brazos y dejarme arrastrar por el deseo que solo ella despierta, hace que me arrepienta de no haberle pedido al barquero que diese media vuelta.

Por suerte, animados por el monje, que nos esperará en la salida para despedirnos, comenzamos a subir las enormes escaleras que nos llevan hasta el mirador y el esfuerzo hace que mi mente se distraiga momentáneamente.

Peldaño a peldaño, y gracias al aire fresco, consigo controlar la libido. A pesar de sosegar mis impulsos, mis sentidos permanecen alerta, enfocados en ella, la única que es capaz de desestabilizar mi mundo.

Una vez alcanzado el mirador, contemplamos una panorámica sobrecogedora de la ciudad. Ante nosotros, en el silencio de la noche, la inmensidad de sus rascacielos modernos, sus templos dorados y sus ríos serpenteantes se muestran bajo nuestros pies. Sin embargo, en lugar de perder mi vista en el paisaje que se despliega frente a mí, solo tengo ojos para ella, que lo admira todo con fascinación.

De nuevo, como si una fuerza magnética me impulsara, la giro hacia mí, tomo su cara entre mis manos y la beso. Al adentrarme en su boca, la saboreo. La calidez de sus labios es electrizante y hace que la química que tenemos recorra todo mi cuerpo.

Sé que estoy perdido.

Ante ella, no soy capaz de pensar con claridad. Mi deseo por esa mujer turba mi razón. El sentido común deja de tener *sentido*.

Me separo de su boca sin soltarla y trato de ordenar las ideas en mi mente.

La veo sonreír. Se la ve feliz. Segura.

Y, aunque puede que lo lamente, necesito preguntarle:

—María, ¿nos hemos encontrado por casualidad?

Capítulo 13

María

No había olvidado que era el más listo de los tres. Escondido detrás de esa pose desenfadada, se encontraba una mente prodigiosa. Su capacidad innata para expresarse, su facilidad con los idiomas y unas habilidades sociales y estratégicas propias de un político lo convirtieron el alumno estrella en la universidad. Imaginaba que se seguía valiendo de sus dotes en el trabajo y acababa de comprobar que también en su vida personal.

Yo no era, ni he logrado, ser tan inteligente. No obstante, del mismo modo que alcancé mis éxitos en nuestra época de estudiantes, gracias a mi dedicación y esfuerzo, en este instante estoy preparada para responder y continuar con mi plan inicial.

—¿Eso importa? —contesto desafiante con otra pregunta.

Me mira sorprendido por la inesperada respuesta. El asombro inicial en sus ojos se transforma en curiosidad mientras intenta descubrir en los míos cuáles son mis verdaderas intenciones.

Le sostengo la mirada con firmeza y dejo que vea, a través de mi expresión seductora y decidida, que existe una nueva oportunidad para estar juntos.

—Si a ti no te importa, a mí tampoco —resuelve con despreocupación y sonrío de ese modo tan tentador que me cautiva y, una vez más, lamento no poder ver cómo su cicatriz se curva sobre el labio superior.

Toma mi mano con decisión. Sin decir nada más, ya no hace falta, nos dirigimos, casi corriendo y entre risas, de vuelta al bote.

Antes de subir, me abrocha la chaqueta y me da un beso rápido en la punta de la nariz. El mismo gesto que solía hacer justo antes de subirme a su moto para perderme con él por las calles, por los rincones, y en esa habitación del piso de estudiantes de un amigo, donde hicimos el amor por primera vez y donde pasamos tardes enteras, que deberían haber sido de estudio en la biblioteca,

conociendo nuestros cuerpos y descubriendo todo un mundo de placer.

Deseo y temo volver a disfrutar de una nueva *primera vez* con él.

Ahora, pasados los cuarenta años, ya no soy la misma. Mi piel y mi cuerpo han cambiado. La madurez ha realzado y enfatizado mis curvas, dándome una voluptuosidad de la que hasta ese momento no me había preocupado. Sin embargo, la perspectiva de mostrarme desnuda ante él después de veinte años me hace dudar.

En mí permanece viva la imagen de su cara de admiración al contemplarme sobre aquella minúscula cama de noventa. El deseo en sus ojos, su forma de tocarme, de hacerme sentir especial, única y extraordinaria... son sensaciones que no he vuelto a experimentar con nadie y me da pavor no despertarlas en él como antaño.

Como si intuyese la preocupación en mi gesto o en mi mirada, sostiene mi barbilla, me sonríe con determinación y, antes de besarme una vez más, dice:

—No sé qué tienes, María, pero me vuelves loco.



De regreso, en el embarcadero, toma mi mano y nos adentramos en el hotel a través de la terraza hasta la zona de los ascensores. Presiona el botón de la última planta y mis ojos abiertos de par en par le hablan.

—¿No pensarías que te iba a dejar sin cenar? ¡Tienes que coger fuerzas! —comenta con un encantador aire travieso.

No puedo más que empezar a reír y oculto mi cara, que empieza a sonrojarse, en el hueco de su hombro, gesto que él aprovecha para dejar un dulce beso sobre mi cabeza.

—No haremos nada de lo que no estés segura —susurra manteniendo la calma y con una seriedad impropia en él.

—¿Quién dice que no lo esté? —pregunto con osadía.

—¿En serio? ¿Estás segura? —Me gusta que insista y que no dé nada por sentado.

Arriba, en el mirador, he tenido la certeza de que ha intuido lo que quiero. Siempre supo verme y eso sé que no ha cambiado. Aun así, me emociona ver que quiera cerciorarse antes de que dé un paso del que más adelante me pueda arrepentir.

¿O puede que más bien sea arrepentirnos?

Hasta este momento no creí posible que él pudiese tener dudas e incluso... miedo.

Con la determinación acumulada desde que decidí que era una buena idea buscarlo, y tras aceptar gracias a la persuasión de Lola, que también merezco vivir una aventura con mi primer amor, sé que estoy lista para enfrentar el pasado y descubrir qué me depara el futuro.

—Solo quiero dejarme llevar —contesto con toda la convicción que soy capaz de transmitir.

Nuestros ojos se encuentran y trato de que lea en ellos que estoy dispuesta a todo. Que voy a hacer realidad el momento con el que he fantaseado a lo largo de los años. A saldar una especie de cuenta pendiente conmigo misma, con nosotros. Que estar con él me llevará a conocerme mejor, a entender qué he hecho y qué puedo hacer con mi vida.

Las puertas del ascensor se abren, pero en lugar de salir, me retiene y espera a que se cierren de nuevo para pulsar el piso donde estoy alojada.

Sin decir nada, como si lo hubiese entendido todo, asiente entrecerrando los ojos de manera seductora. Se acerca, me acorrala y me empuja contra el espejo del ascensor.

Al percibir su ímpetu, sus ganas, se afianza mi decisión y me entrego a su boca dispuesta a disfrutar de cada segundo con intensidad. Sus labios se deslizan sobre los míos con ansias, de una forma nueva, inesperada, que me gusta más, mucho más. Que me roba el aliento y despierta cada fibra de mi ser. Que provoca que algo dentro de mí se contraiga, que lo desee de un modo que me lleva a suspirar e incluso a gemir. Que me duele cuando despega sus

labios de los míos para atravesar el pasillo, que se hace eterno,
hasta estar, por fin, frente a mi habitación.

Capítulo 14

Emilio

En cuanto abre la puerta, me lanzo sobre su boca de la que ya no me puedo separar. Le quito la tarjeta para encender las luces.

—No, no —suplica entre susurros—. No las enciendas, por favor.

—Quiero verte. —La desesperación llega hasta mi voz.

—Siénteme, solo siénteme.

—Ya lo hago. —Agarro su cara entre mis manos para hundirme en su boca—. Reconozco tu sabor. —Voy de su boca hasta su cuello—. Tu aroma. —Mis manos juegan con los tirantes de su vestido y los deslizo hasta que resbalan y la dejan casi desnuda—. Tu piel. —La acaricio despacio, sintiendo su calor y cada centímetro de su ser vibrando.

Sin dejar de besarla, la punta de mis dedos recorre su cuerpo. Exploro su silueta dibujando suaves curvas hasta que un suspiro se escapa de su boca y la noto estremecer. El aire se ha vuelto más denso, casi no puedo respirar y siento la necesidad de abrazarla. Abrazarla con fuerza.

—¡Oh, Emilio! —musita con deseo en mi oído.

—No solo quiero sentirte, quiero verte.

Tomo su mano y la guío a través de la habitación hasta la pared acristalada, donde las luces de la ciudad se cuelan e iluminan tenuemente el entorno. La coloco frente a mí y la contemplo con devoción. Ella cierra los ojos.

—Mírame. Quiero que me mires para asegurarme de que no te quede ninguna duda sobre lo que voy a decirte. —Obediente, a pesar de estar cohibida, clava sus ojos verdes en los míos—. Eres preciosa. Para mí, la que más y eso no ha cambiado. —Sostengo su barbilla con el índice para que no baje la mirada y vea, en el reflejo de mi deseo, que es cierto.

Su sonrisa tímida vuelve a despertar en mí algo que no entiendo, que me genera una ternura que jamás he experimentado con

ninguna otra mujer. Llevado por ese sentimiento, despliego mi mano sobre su rostro, acuno su mejilla en mi palma y comienzo a dibujar con el pulgar el contorno de sus labios. Pronto la lujuria se apodera de mí y aprovecho un suspiro para introducirlo en su boca. Ella lo recibe, lo muerde, lo chupa y siento cómo se va diluyendo su inseguridad.

La determinación de su mirada, la forma en que lo atrapa y juega con él me dice que he conseguido despertar a la María que hizo que nunca encontrara en otros brazos el placer que ella es capaz de darme.

Desciendo el pulgar húmedo por su garganta, y en su viaje mi mano se aferra a su cabello, lo enreda en mi puño y hace que su cuello se incline levemente hacia atrás para ayudarme a perderme en su aroma, mientras mi otra mano lucha en su espalda por deshacerse del sujetador. En cuanto cae al suelo, me aparto con suavidad para verla.

Sin ningún pudor que la detenga, termina de desnudarse frente a mí. Al mirarme, reconozco ese brillo en sus ojos y, cuando se muerde el labio inferior y su respiración se acelera, sé que ya nada puede detenerme.

Agarro su rostro con fuerza entre mis manos y la beso, preso de deseo y desesperación.

Esa combinación de mujer frágil y a la vez ardiente que conviven en ella me desarma, me enloquece y, sin poder demorar el momento, bajo mis manos por su cuerpo para notar su humedad y comprobar que está lista.

—¡Dios, María!

Saco la cartera del bolsillo trasero del pantalón y cojo un preservativo. Con él entre los dientes, trato de deshacerme de mi ropa. Ella tira de mi camiseta para sacarla por la cabeza, nos enredamos y casi terminamos en el suelo.

Una risa nerviosa se apodera de nosotros, pero en cuanto nuestros ojos se reencuentran, nos lanzamos boca contra boca, lengua contra lengua... en un baile frenético, lleno de urgencia. Las caricias, los besos, los pequeños mordiscos no cesan mientras consigo desnudarme.

Libre de todo lo que me separa de su piel, pego su espalda al cristal y el frío contacto hace que se estremezca. No se queja, no se aparta. Sé que le gusta. Debajo de esa imagen hay una mujer ardiente que, en cuanto se desinhibe, es capaz de disfrutar y proporcionar el mejor sexo de mi vida.

La giro lentamente y mis manos recorren su cuerpo desde atrás, sintiendo cada curva, cada pliegue, cada rincón de su piel. Sin necesidad de palabras, ella se inclina para darme acceso y, entonces, abrumado, sé que seguimos hablando el mismo lenguaje después de tanto tiempo.

La tomo con firmeza por las caderas y la imagen de su figura reflejada en el cristal, unida a la visión de la ciudad bajo nuestros pies, hace que la desee más que nunca y no pueda retener entre mi respiración entrecortada:

—Increíble, eres increíble...

Pero no tan increíble como cuando, al entrar en ella, noto su estrechez. Me sorprende y excita de tal modo que tengo que contenerme para ir despacio. Entre los resquicios que el placer deja a mi mente, entiendo que hace mucho que no se acuesta con Guillermo. Esa revelación aviva mi deseo aún más, intensificándolo de una manera que me sobrecoge.

Al entrar en ella, su calidez me envuelve de tal manera que me muevo con suavidad y lucho contra la desesperación de poseerla por completo, temeroso de dañarla. Sus jadeos, acompañados de la forma en la que repite mi nombre, me transportan a recuerdos de cuando era mía.

Loco por lo que me hace sentir, comienzo a moverme cada vez más rápido con una idea golpeando mi mente: quiero ser el único. Fui el primero y deseo ser el último. El único. El único...



Despierto cuando aún no ha amanecido. Me encantaría besarla y tomarla entre mis brazos nuevamente, pero debo dejarla descansar.

Sonríó como un tonto sin poder evitar contemplarla y rememoro cada momento de la noche que acabamos de pasar.

Como, tras el erotismo vivido junto a la ventana, fuimos al baño con la idea de asearnos y, en lugar de eso, continuamos con el sexo más sugerente que soy capaz de recordar.

Su boca...

Solo con pensar en ella, siento que mi cuerpo, aún estremecido por sus caricias, quiere más.

Si sigo por ese camino, voy a tener que despertarla.

Sin hacer ruido, salto de la cama, busco mi ropa desperdigada por el suelo y me visto.

Es mejor que me marche o perderé la capacidad de resistirme.

Antes de irme, recojo una de las flores que adornan la mesa de la zona de estar y, en una hoja del cuaderno cortesía del hotel, le escribo una nota. La dejo en el lado vacío que aún guarda mi calor y me pierdo en su imagen.

La miro con la certeza de que jamás tendré suficiente.

No sé qué tiene, qué efecto ejerce sobre mí, pero siempre me quedo con ganas de más... con el deseo irrefrenable por María.

Capítulo 15

María

Con la mente aún bajo el efecto de la neblina del sueño y sintiendo el peso en los párpados, me aferro un poco más a los retazos de la noche anterior, a la calidez de sus abrazos y a la dulzura de las palabras susurradas.

Necesito permanecer unos minutos en ese estado, donde las preocupaciones se desvanecen, donde no existe la realidad, por más que esta sea, la que he ido a buscar, y por mucho que la haya disfrutado.

Abro lentamente los ojos y mi cuerpo, algo dolorido por la intensidad de los momentos compartidos, se siente al mismo tiempo cansado y lleno de energía; me inquieta el leve temor de cómo he de comportarme con Emilio y, sin poder remediarlo, los nervios avanzan con la intención de acampar en mi estómago.

Tomo aire con decisión y me giro sobre la almohada, esperando encontrarlo junto a mí; sin embargo, me veo sola en la inmensidad de la cama, acompañada de una nota y una preciosa flor de loto blanca.

Al momentáneo pellizco de decepción en el pecho le acompaña el alivio de disponer de tiempo para asimilar lo que he tenido el valor de hacer. Más tranquila, leo su nota.

Buenos días, no he querido despertarte, pero imagino que lo harás hambrienta. Al final no cenamos..., pediré que te suban un carro con un desayuno bien completo para que repongas fuerza. Las vas a necesitar..

*Haz una bolsa con ropa para un par de días.
Lleva ropa de baño, aunque yo estaré encantado si la olvidas.
Te recojo a las siete en la puerta del hotel.*

P.D.: Sigues siendo la mujer más hermosa con la que he amanecido.

Emilio

La releo varias veces y ese leve temor que acababa de experimentar se disipa.

No he venido a pensar, he venido a sentir.

Resuelta a dejarme llevar, una amplia sonrisa se instala en mi rostro. Los nervios, ahora los buenos, de esos que son como mariposas bailando en el estómago, anticipan un fin de semana de amor y lujo en brazos de Emilio.

Me rasco exaltada, sin ser capaz de creermelo todavía lo que estoy viviendo y salto de la cama directa a buscar el carro con el desayuno. Estoy hambrienta. Me muero de ganas por probar un bocado, aunque si Emilio aún estuviera aquí lo devoraría a él primero.

Empiezo a reír sola al darme cuenta de que ese habría sido el típico comentario de Lola.

—¡Dios! —exclamo al darme cuenta de que no la he llamado.

Lo último que hice fue enviarle un mensaje para decirle que tenía una nueva oportunidad y que me deseara suerte.

Me voy flechada a sacar el móvil del bolso, donde ha quedado relegado al sueño de los justos. En cuanto lo desbloqueo, sus mensajes empiezan a aparecer.

No puedo más que reír al leer el último.

[Espero que no me respondas porque tengas la lengua ocupada en cosas mejores que hablar.]

Miro la hora. Las siete de la mañana. En un cálculo rápido, deduzco que en España es la una de la madrugada.

[¿Estás despierta?]

[¡Maryyyyyyy!]

Contesta de inmediato.

[¿Te llamo?]

Estoy esperando su respuesta cuando recibo su videollamada.

—A ver qué te vea la cara... ¡Oh, my God! ¡Te lo has tirado! —No puedo parar de sonreír a la cámara y asentir—. Esa es mi chica, ¡sí! —grita—. ¡Oh, Mary, mírate! ¡Estás mejor que tras una sesión de bótox y ácido hialurónico! Si es que, como un buen polvo, no hay nada...

Mis risas llenan la habitación y me resulta imposible contenerlas mientras mi amiga prosigue con sus ocurrencias. No logro parar de reír del mismo modo que no soy capaz de bajar de la nube en la que me encuentro. Aquella a la que Emilio me ha subido con sus besos, sus caricias y su forma de hacerme el amor, especialmente con aquella última sobre la cama.

Una conexión pausada y profunda, en la que sus ojos no dejaron de mirarme ni un solo instante, la hizo más íntima. Cuando, al alcanzar el éxtasis, me abrazó y me retuvo entre sus brazos sin querer soltarme, la convirtió en la más dulce y tierna.

—¡Mary, regresa a la tierra y larga ya por esa boquita hinchada! —Vuelvo a reír a carcajadas y cojo algo del espectacular surtido de delicias que tengo frente a mí para desayunar. Me voy derecha a los dulces, el cuerpo me pide azúcar—. ¡Cuéntame de una vez! —protesta Lola, impaciente—. Deja ya de reírte y de morder esa magdalena.

—Estoy muerta de hambre.

—¡Te ha dejado lista de papeles! —Ríe descarada—. Claro, si es que estabas oxidada con el aburrido de tu marido. Pero quita ya esa cara de pánfila, que me estás dando una envidia horrorosa.

—No puedo, Lola, solo me sale sonreír.

—Cuéntame, ¿cómo ha pasado? Hasta lo que sabía, ayer lo habías espantado con tus reproches del pasado. ¿Cómo han cambiado tanto las tornas? ¿Qué demonios le has dicho?

—Nada.

—¿Cómo qué nada? —pregunta extrañada, Lola.

—Ayer por la tarde me envió una nota para invitarme a cenar, como si no hubiera pasado nada. Era su *modus operandi* en el

pasado. Cuando dejaba de salir con otra chica y volvía a buscarme, siempre era así. Me esperaba a la salida de casa o de clase, me tomaba de la mano, me subía a su moto y ya está. Y yo, como una idiota enamorada, le seguía el rollo.

—Guapa, rollo el que te acabas de pegar... que te has tirado a Emilio. ¡Aaah! —grita la loca de Lola—. Te juro que, después de lo que me contaste ayer, pensé que no serías capaz.

—Yo también, pero luego recordé nuestras conversaciones de las últimas semanas. Lo decidida que estaba por venir, de darme la oportunidad de volver a tener algo con él. Siempre quedó en mí esa sensación de algo pendiente: el deseo de estar juntos, aunque fuera solo una vez más. ¡Y finalmente lo he logrado!

—¿Y ahora qué? ¿Vas a repetir? —pregunta cantarina y divertida.

—¡Uf! No sé, necesito asimilar todo esto.

Compartir con Lola lo que ha ocurrido comienza a generarme las típicas dudas e inseguridades que suelen paralizarme. Me olvido de que, hace unos minutos, me he dicho con determinación que he venido a sentir y no a pensar, pero cuando ella argumenta, me doy cuenta de que no debo dejarme llevar tan a la ligera.

—Déjate de asimilar, es Emilio. Huye de los compromisos. Cuando traté de localizarlo y vi en la cantidad de empresas y países en los que ha trabajado, me quedó claro que es un alma libre en busca de su próxima aventura. Me hizo pensar que posiblemente no tenga ni casa.

—Ya...

Ante mi vaga respuesta, Lola contesta con rotundidad:

—No te cuelgues otra vez. Teníamos claro que era un polvo para salir de la monotonía, para igualar el marcador de los cuernos con Guillermo...

—Mira que eres bruta, Lola —la interrumpo—. Yo nunca he dicho eso de *igualar el marcador*. Esa idea se te ha metido a ti en la cabeza. Yo no he venido a eso.

—Entonces ¿a qué has ido? —pregunta suspicaz.

—Aún no lo sé, pero no para empatar con Guillermo en nada. Esto no cambia lo que me ha hecho, ni lo que yo he sentido con su traición.

—Hablando de eso, no me lo has llegado a decir. No tengo nada claro qué has sentido. —Ante mi silencio y algo molesta, mi amiga continúa con su discurso—. Solo comentaste, al igual que ahora, que tenías que *asimilarlo*, digerirlo y no sé cuántas tonterías más. Si a mí un tío con el que salgo me pone los cuernos, te aseguro que me cabrearía una barbaridad. En cambio, tú... tú tienes que meditarlo —me reprocha extrañada—. Y en medio de toda esa confusión, me dices que en quien no dejas de pensar es en Emilio. Y voy yo y me creo que... ¡No! ¡Dejas que me lo crea!

—Lola, yo...

—Me llevas a pensar que quieres engañar a tu marido, echar una canita al aire con tu amor de la universidad tras años de aburrido matrimonio antes de regresar a ser la niña buena de siempre, pero ahora resulta que no es solo eso, que hay algo más. —Sus ojos buscan los míos a través de la pantalla—. ¿Qué está pasando, María?

Ya no soy Mary; cuando se molesta, paso a ser María. Que diga mi nombre y la preocupación que comienza a ensombrecer su rostro, me llevan a tratar de justificarme sin, en realidad, saber cómo.

—Estoy hecha un lío, Lola. Estar con él de nuevo me hace plantearme tantas cosas... —No sé cómo explicarlo.

Lola llegó a mi vida cuando ya salía con Guillermo. No me conoció siendo la María en la que me convertía junto a Emilio. Solo sabía pinceladas de nuestra historia, aquellas que alguna vez yo le conté. Unas veces enfadada porque fui una tonta que me dejé llevar por su ímpetu y su forma divertida de ver la vida. Otras en las que le echaba de menos. Demasiadas en las que lo comparaba con mi marido. Pero siempre, en todas, le di a entender que él jamás quiso nada serio conmigo, que solo fui una historia de su época universitaria.

—Empiezo a tener una leve idea de qué sentiste cuando supiste que tu marido te engañó. —Me mira ofuscada y, tras un breve silencio, dice lo que se le acaba de pasar por la cabeza—. Alivio.

—¡Lola! —la increpo.

—¡Ahora lo veo claro! Te has quitado la losa que te impedía salir a buscar al hombre del que siempre has estado enamorada, del que

acabas de descubrir que sigues colgada como cuando tenías dieciocho estúpidos años.

Cierro los ojos para no afrontar la realidad. Solo puedo suspirar, porque empiezo a creer que lo que ella acaba de decir puede ser cierto.

—Mary, necesito que me mires —dice tras recuperar la calma y su habitual cercanía—. Recuerda que has ido a vivir una aventura. Que, hasta lo que yo sé, Emilio nunca quiso nada serio contigo. Sabes que no soporto a Guillermo porque es un esnob y un insulso, pero es un buen tío con el que llevas toda la vida y... —Calla al darse cuenta de que mis ojos están abiertos de par en par ante la incredulidad de sus palabras—. Vale, sí, te ha engañado, pero un desliz lo puede tener cualquiera...

—No me puedo creer que me estés diciendo que ves bien que vuelva con Guillermo. Tú no sabes...

—Exacto —me corta—, yo no sé y tú tampoco. Estás hecha un lío. Es normal, pero no te rayes. Has salido de tu zona de confort. Has dejado de ser la niña buena, la prudente, la razonable, la que siempre hace lo correcto.

—Ya...

—Tanto que te has dejado llevar por mí, que te animé a hacer lo primero que se te pasó por la cabeza. Que he movido cielo y tierra por llevarte hasta ahí... hasta él. —Resopla y, tras mirarme a través de la pantalla, veo cómo su expresión cambia—. Empiezo a creer que convencerte para que hicieras este viaje no ha sido lo más recomendable...

—Ha despertado muchas cosas dentro de mí, Lola —confieso con sinceridad.

No tiene sentido seguir ocultando, y menos a mí misma, que volver a estar con Emilio ha abierto una ventana, no solo a lo que fui en su día, sino a lo que puedo llegar a ser, a lo que puedo tener.

—Amiga, has echado un polvo o varios fabulosos y eso nubla el entendimiento. Te lo digo por experiencia —dice Lola con seguridad—. Solo te pido que no pierdas el norte. No soportaría ser la responsable de que hagas algo de lo que después puedas arrepentirte.

No sé qué contestar. Estoy hecha un verdadero lío.

—¿Alguna novedad por allí? —pregunto para cambiar de tema.

—Ya que preguntas... —dice con la voz seria.

—¿Qué pasa? —la interrumpo preocupada.

—Tu madre ha venido a verme al trabajo.

—¿Qué me dices?

—Sabe por Guillermo de tu viaje a Tailandia y está preocupada.

—¡No me lo puedo creer! No me habla, tanto que es incapaz de escribirme un simple mensaje por teléfono y... ¿va a verte a ti? ¡Alucino!

—Estaba segura de que yo sabría algo.

—¿Y?

—Le he dicho que estás bien, que es un tema de trabajo y que aceptaste porque te ayudaría a pensar en qué vas a hacer con tu matrimonio. Que necesitas tiempo y espacio.

Me quedo callada mirando a la pantalla y suspiro.

—La verdad es que... ¿Qué estoy haciendo, Lola?

—Disfrutar de unos días como si no hubiese un mañana, retozar con un adonis que, al parecer, por la cara que te ha dejado, te lo hace genial, y después volver a casa. Aquí ya decidirás qué hacer. —Asiento resignada a que, por una vez, mi amiga sea quien ponga la cordura en nuestra relación—. Llama a tu madre, María. Está preocupada.

—Claro, preocupada de que no vuelva con mi marido —contesto sin evitar molestarme.

Ver, a través de los ojos de Lola, que lo que estoy viviendo es seguramente solo una aventura y no un reencuentro lleno de posibilidades, me ha afectado más de lo que soy capaz de admitir. Me molesta y me enfada de un modo que me lleva a descargar parte de la frustración que tengo ante la situación con mi madre, con ella.

—¿Te ha dicho que piensa, con su forma de ver el mundo, que yo lo que debo hacer es aceptar con resignación y perdonarlo? —La rabia contenida explota con esa pregunta.

—Es de otra época. Te tuvo muy tarde...

—¿¡Y eso es excusa suficiente para que me deje de hablar!? ¿¡A mí!?, ¿¡a su hija!?!—la corto indignada al tratar de justificarla—. Te

juro que no la entiendo. Nunca hemos congeniado, pero desde la muerte de mi padre, te aseguro que está imposible...

Se hace un silencio incómodo, en el que mi amiga no expresa lo que yo sé que piensa. Ella sostiene que mi madre siente envidia de mí, de las oportunidades que se nos han brindado a mi generación y que a la suya se le negaron. Asegura que es más común de lo que imaginamos y está convencida de que ese es el motivo por el que mi madre siempre intenta que yo viva de la manera más similar posible a cómo ella lo hizo, porque así su tormento resulta más llevadero.

—¿Hay alguna otra novedad? —pregunto, no exenta de ironía, para romper la tensión.

—¿Sabes ya quién es... *la otra*? —El ceño de Lola se frunce otra vez y el tono sarcástico que emplea me hace sospechar que ella ya está al tanto de con quién me ha engañado Guillermo.

La miro durante unos segundos y la expresión de su cara, algo desafiante, me hace estar segura de ello.

—Sí. —No me queda más remedio que admitirlo.

—¿Desde antes de organizar el viaje a Tailandia?

—Sí.

—Voy a pensar que estás muy confundida, Mary... —Suspiro aliviada al oír cómo me llama así y no *María*—. Pero la verdad es que es muy fuerte que no hayas sido sincera conmigo.

—No me entiendo ni yo... —digo en un lamento casi inaudible—. Lo siento. —elevo el tono y busco sus ojos para que vea que soy sincera al pedirle disculpas.

—Me consuela que, aunque hayas echado un buen polvo, o varios, un montón de ideas disparatadas te estén torturando la mente. Te lo mereces por mala amiga —dice con gracia y sin rastro de resentimiento.

Para Lola, afortunadamente, esto no es tan serio ni tan importante como para enfadarse. Hace falta mucho para que eso ocurra. Su capacidad de relativizar no deja de asombrarme y, en cierto modo, la envidio por ello.

—Gracias, amiga.

—Hártate de revolcarte con ese hombre, pero no pierdas la cabeza. Recuerda que, de las dos, la sensata has sido siempre tú.

Cualquier cosa, me llamas.

Capítulo 16

Emilio

—Puedes ir embalando tu moto. Envíala a mi casa —dice Freddy a modo de saludo en cuanto descuelgo el teléfono.

—¿Y eso?

—Los del holding Jardine Matheson quieren tener una reunión con los dos aquí.

—¿En Londres?

—Así es. Les comenté que podías pasarte por Hong Kong, que lo tienes más cerca, pero insistieron en que era preferible celebrarla en las oficinas de Londres. Creo que te necesitan para algo en Inglaterra.

—¿Cuándo es esa reunión?

—En unos días. Tienes tiempo para organizarlo todo. Te envió un billete para... ¿pasado mañana? —Oigo cómo teclea en su ordenador y lo imagino dentro del buscador de vuelos de alguna compañía aérea.

—Necesito algo de tiempo.

—¿Para qué? Ya está todo. —Deja de teclear—. Es más... —el sonido de papeles me hace pensar que está mirando en su agenda —, hoy llega el *nuevo director*, el que se supone que te sustituye por tu mala gestión. Él se encargará de ejecutar todo lo que has programado para que ese hotel recupere el lugar que le corresponde a su categoría.

Me quedo callado.

No sé cómo decirle a mi mejor amigo que todavía no puedo marcharme. Que no me importa nada esa maldita reunión. En realidad, me da igual todo, excepto saber qué está pasando con María. Comprender qué la ha traído hasta aquí y cómo es posible que se haya dejado seducir por mí ocupa mi mente por completo.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —pregunta Freddy con seriedad.

—¿Recuerdas la mujer que me dejó sin palabras hace dos días?

—¡No me fastidies, Emi! ¿Por una mujer? No es propio de ti — dice entre sorprendido y divertido.

Sabe que, en la mayoría de mis destinos, suelo enredarme y disfrutar de algún que otro entretenimiento femenino, pero solo son aventuras pasajeras que dejo sin mirar atrás.

—No es cualquier mujer, es... *ella*.

En cuanto lo digo, oigo cómo se levanta de la silla. Tiene el manos libres, como es su costumbre, y me lo imagino dirigiéndose hacia la ventana de su despacho desde la que ve el jardín de su casa. Sé que le ayuda a pensar, a calmarse, a encontrar las palabras adecuadas. Tengo claro que lo primero que se le ha pasado por la cabeza es insultarme, pero espero que se abstenga en base a su estricta educación. Sin embargo, hace una de sus contadas excepciones y me sorprende cuando lo oigo decir en gaélico:

—«*Bòrd*».

No respondo.

—«*Gàire*».

Lo dejo desahogarse. Entiendo lo que le preocupa.

—«*Madainn mhath*».

—Sí, soy un idiota, un imbécil, pero está aquí. Sé que ha venido a buscarme y yo... yo no me he podido resistir.

—No me lo puedo creer. ¿No vas a escarmentar nunca?

—Parece que no... —digo esperando una reacción que no llega.

El tenso silencio es más explícito que cualquier cosa que pueda decirme.

Freddy es la única persona, hasta que llegó Mia a su vida, que sabe lo mal que lo pasé. Era mi compañero de habitación en la residencia universitaria, cuando desembarqué en Londres para continuar mis estudios. Tuvo que lidiar conmigo en un momento difícil. Mi carácter, normalmente jovial y empático, se volvió taciturno y complicado tras enterarme de lo de Guillermo con María. El que creí mi mejor amigo —casi como un hermano, al que conocía desde siempre— aprovechó mi ausencia en Estados Unidos para levantarme a mi chica. Él sabía lo especial que era ella para mí y no lo respetó.

En España, frente a todos y en particular con mi familia, fingí que no me importaba. Mantuve mi fachada de despreocupación hasta que, al llegar a Inglaterra, lejos de todas las miradas, me permití mostrar la rabia y la decepción acumulada por esa doble traición.

No era la mejor compañía en esa época. Aun así, Freddy no desistió en su intento de animarme. Siempre me convencía para arrastrarme a un *pub* cercano, donde las pintas ayudaban a paliar los recuerdos.

Una tarde, gracias a una que otra cerveza de más, el alcohol consiguió que me desahogara con Freddy. Comprendió el dolor por el desengaño y entendió mi desconfianza.

Él, un joven rico y futuro heredero de un título, sufrió varios reveses parecidos. Muchos de los que creyó sus amigos, pero que en realidad solo estaban junto a él por su dinero y posición.

Ambos fuimos a Londres en busca de lo mismo: desprendernos del peso de nuestras familias y del entorno más cercano. Pensó que éramos como dos fugitivos que nos encontramos para ayudarnos, soportarnos y convertirnos en compañeros inseparables.

Y así fue.

Un par de años más tarde, al terminar la universidad, nada me hacía querer regresar a España. Menos cuando, tras licenciarnos, supe por Guillermo que pidió la mano de María y que ella, con el beneplácito de sus padres, aceptó.

Manteníamos el contacto, ya que, después de tantos años, nos resultaba difícil romper lo que quedaba de aquella amistad. Nuestros padres eran íntimos amigos, inseparables desde su juventud. La distancia y la falta de una tecnología tan accesible como la de hoy, nos llevaron a mantenernos dentro del terreno de lo políticamente correcto.

Cuando llegó la invitación para la boda y la fiesta previa a la misma, pensé en no ir. Podía haber puesto cualquier excusa. Sin embargo, movido por algo que hoy en día aún no consigo entender, me presenté allí con la idea de ver a María.

Creo que tenía la esperanza de que aquel encuentro serviría para aclararme o quizás encontrar un cierre a todo lo que había sucedido. Pensé que su reacción al verme me diría algo, que me hablaría como

ella solía hacerlo con cada mirada, con cada gesto, en los que yo la entendería.

Unas copas de vino me ayudaron a buscar un momento a solas con ella. En lugar de ser sincero, los nervios me llevaron a bromear sobre la posibilidad de que se fugara conmigo a Londres.

En el silencio de su respuesta, me adentré en su mirada. Por primera vez, no supe interpretar sus ojos, no era capaz de ver a través de ellos. Antes de que pudiese decir nada, Guillermo tiró de su mano y se la llevó a saludar a unos amigos.

No hubo otra oportunidad que me hiciera creer que la química que alguna vez tuvimos seguía entre nosotros.

Al día siguiente, se casaron y yo me marché para no volver.

Cuando regresé a Londres, un Freddy, de nuevo comprensivo y diligente, aguantó a su maltrecho compañero de piso que no era capaz de verbalizar lo que sentía. Que no entendía por qué había ido. Que no sabía por qué sufría por algo que, en realidad, nunca tuve.

En esa ocasión, Mia, que por aquel entonces empezaba a salir con él, me ayudó. Me obligó a salir, me presentó a todas sus amigas e insistió hasta que logró convencerme del potencial que tenía, como el *españolito*, entre sus compatriotas británicas.

Desde ese momento, disfruté de la compañía de las mujeres, a las que con franqueza solo les ofrecía pasar un buen rato. Encadené historias y aventuras, alegando que por mi profesión y mi manera de vivir no estaba abierto a ningún tipo de relación. Sin embargo, que María reapareciera podía cambiarlo todo.

—Te conseguiré unos días, pero no más de una semana. No olvides que tenemos un fuerte compromiso empresarial con este *holding* —dice Freddy con seriedad.

—Gracias, amigo.

—Solo espero que sepas lo que haces, Emi.

—Yo también.

Capítulo 17

María

Los latigazos emocionales que me persiguen, tras lo ocurrido con Emilio y mi conversación con Lola, hacen que trate de centrarme en el trabajo que he ido a hacer allí.

Me dedico a redactar un informe, en el que detallo los aspectos del hotel y resalto los productos que resultarían atractivos para nuestros clientes. Me extiendo en la experiencia de visitar el Gran Buda por la noche, desde el río y de manera privada e íntima, para capturar toda la magia y serenidad que ofrece.

Imagino que, si lo montamos como algo exclusivo, sin abusar de la hospitalidad de los monjes y si nuestras *ofrendas* son generosas, no habrá problema. Aun así, soy consciente de que tendré que preguntarle a Emilio para saber cómo consiguió que fuéramos a esa hora, cuando estaba cerrado al público.

Ofuscada porque él ocupa mi mente una vez más, resuelvo que lo mejor es continuar con el plan que tenía previsto para ese día: visitar Ayutthaya.

Lo cierto es que me apetece mucho volver a la antigua capital del Reino de Siam. De mi viaje anterior a Tailandia, es el lugar que me dejó una huella más profunda y estoy convencida de que visitarlo me ayudará a reconectar con esa experiencia.

No soy muy dada a dejarme llevar por energías y ese tipo de cosas esotéricas o espirituales, pero algo ocurrió cuando me adentré en Ayutthaya aquella primera vez.

Al pasear por sus templos cónicos, decorados con azulejos de cerámica de colores y coronas doradas, y deambular por las hileras de estatuas de budas en posición de meditación, la certeza inexplicable de que ese lugar tenía un significado especial se apoderó de mí.

Envuelta en su belleza arquitectónica, y a pesar del trágico final de la ciudad a manos de los birmanos, su historia y su visión me

conectaron con aquella cultura llenándome de un sosiego que jamás había sentido en ninguno de mis otros viajes.

Sin ser conocedora de sus fundamentos, el budismo me atrajo por la calma que fluía de sus imágenes tan distintas a las nuestras, que solían mostrar sufrimiento, pena, desgarró y muerte. El sonido del gong y de las campanas, las flores y ofrendas en cada uno de los pequeños y numerosos templos y altares, la bondad, la armonía y la placidez transmitían los budas, todo me resultó familiar, como si esos pensamientos basados en la gratitud, la compasión y el desapego no fuesen algo desconocido para mí.



En cuanto bajo del coche y comienzo a recorrer el templo de Wat Yai Chai Mongkol, se repiten las mismas sensaciones que atesoraba.

La luz del sol ilumina los colores dorados y terracota de los edificios. El calor suave, el aroma a tierra y vegetación, unido al lejano canto de los pájaros, me llenan de esa serenidad especial que encontré en su día. La inmensidad del entorno, lleno de belleza y armonía, me sobrecoge como antaño.

En Bangkok —con el ruido, el bullicio y la aglomeración— no me ocurre, pero allí, rodeada de naturaleza en ese enorme parque histórico, lo percibo con la misma fuerza que lo recordaba y siento que he acertado al hacer realidad este viaje.

Respiro con toda la fuerza que me es posible y lleno mis pulmones por completo. Necesito impregnarme de esta calma, de la calidez y el sosiego que me produce este entorno para conectar conmigo. Espero que estar aquí me ayude a tomar las decisiones correctas sobre qué hacer con mi vida a partir de ahora.

Sentada sobre la inmensa pradera verde, bajo los restos de una de las más importantes civilizaciones de la antigüedad, medito sobre mi relación con Guillermo y nuestro matrimonio.

Nunca fue una gran historia de amor.

Esa es la realidad, concluyo tras repasar nuestra relación.

Movida por un impulso, he alcanzado mi teléfono. En la galería de fotos, he seleccionado por «personas» y he pinchado sobre su foto.

A los segundos, el dispositivo me muestra una sucesión de imágenes tuyas, nuestras, con las familias, con algunos amigos. Las exiguas escenas que compartimos en los últimos años me hablan del enfriamiento de nuestra relación.

Algunas capturas de imágenes en papel, tomadas para conservarlas en la memoria digital, me llevan a tiempos pasados, a nuestros primeros años en los que trato de verme feliz, completamente feliz, y no lo logro.

Son el reflejo de una buena vida, estable, segura, cómoda..., pero que ahora no es suficiente.

He de admitir que la infidelidad de Guillermo me ha provocado una enorme decepción, no solo con él, sino también conmigo misma.

Me asaltan la tristeza y la aflicción por el tiempo perdido en un matrimonio que no me llena. Un matrimonio con el que pretendí salir de la casa de mis padres, donde me asfixiaba su estricta educación, y en el que recabé para sanar mi joven corazón roto con un afecto y un cariño sereno.

Un matrimonio en el que me dejé querer y en el que me mantuve atrapada en la estabilidad y la monotonía. Donde he cumplido con todo lo que se esperaba de mí, salvo en lo relativo a ser madre. Algo que, al principio, pospusimos de mutuo acuerdo por nuestra juventud y que no llegó cuando lo buscamos. Seguíamos a la espera de hacernos pruebas que, por una causa u otra, se habían pospuesto. Al entrar en mis cuarenta años, empezamos a plantearnos si se nos había pasado el momento.

Visto con calma y siendo franca, lo que más me duele es reconocer que no tuve el valor de poner fin a una situación que no me hacía feliz. Quizás, en el fondo, jamás lo hizo como debería.

No puedo decir que nuestra relación sea mala, pero sí que es plana, previsible, carente de emoción y de... chispa. El resultado de

un noviazgo cómodo que desembocó en un matrimonio adecuado y estable.

Una unión que puede saltar por los aires y que me dará la oportunidad de tomar las riendas de hacer lo que yo quiera. La ocasión para tener el coraje de decidir, de dejarme arrastrar por mis deseos sin pensar en los demás.

Guillermo me confesó la infidelidad porque no podía seguir con el engaño.

Necesitaba mi perdón.

Era noble y no podía vivir sobre una mentira.

Aseguraba que había sido un error y que estaba convencido de que yo era la mujer de su vida. Insistió en que fue un desliz en el reencuentro por el 25 aniversario de su promoción de bachiller. Puede que reencontrarse unos meses antes con quien lo consideró su amor utópico y prohibido desde su adolescencia, el alcohol, los recuerdos mezclados con las fantasías, el sentirse deseado, nuestra inexistente vida sexual... Todo ello lo empujó a hacer algo de lo que jamás pensó que sería capaz.

También era íntegro y consecuente con sus actos.

Quería arreglarlo.

Propuso ir a terapia de pareja, hacer un viaje juntos para tratar de volver a conectar e incluso mudarnos si eso nos ayudaba.

Era constante y ofrecía seguridad.

Pero llegó un momento en que dejé de escuchar sus iniciativas, porque en mi mente apareció ese amor que, para mí, no fue utópico. Y empecé a pensar que tal vez no luché lo suficiente para mantenerlo o que no supe esperar a que se diera el momento adecuado.

Todo se llenó de los recuerdos de ese amor.

De su boca irreverente, con las palabras y con los besos, de la espontaneidad, la alegría, el desparpajo y el desenfado de Emilio, frente a la nobleza, la seriedad, la formalidad, la estabilidad, la reflexibilidad..., que en este momento yo percibo como la pasividad de Guillermo.

Lo que en su día creí una vida segura y tranquila, un futuro sólido, se convirtió en un peso que me lastraba y que me llevaba a

una desidia y un aburrimiento que no se revertió al no llegar los hijos con los que alegrar y llenar mis días.

En cuanto le conté a Lola quién se había instalado en mi cabeza tras la infidelidad, ella pensó que, lo más lógico era que, si él me había engañado, yo estaba en posición de hacer lo mismo.

Y vi el cielo abierto.

Me dejé arrastrar por ella y su plan. Porque, ¿quién me comprendía a mí? ¿Qué pasaba con mis instintos, con mis deseos..., con los sueños que no me había permitido tener?

Recordé cómo fue Emilio quien abrió grietas en mi estricta educación, quien me enseñó que había otra manera de vivir: despreocupada, divertida, donde no se me castigaba por tratar de ser feliz, por disfrutar con el placer. Me demostró que la vida estaba para experimentar; en definitiva, para vivirla.

Su marcha hizo que, sin su presencia, lo que se esperaba de mí pesara más. Que Guillermo representara todo a lo que estaba destinada hizo que resignarme fuera lo más lógico, lo más fácil. Que no luchase por mí tras su regreso me indicó que mi elección había sido la correcta y me acomodé a una existencia carente de brillo, cómoda, monótona y previsible.

Allí, sentada en la otra parte del mundo, en otro país, a miles de kilómetros, acepto que la infidelidad de Guillermo me da la oportunidad de replantearme cómo quiero seguir viviendo.

Decido no ceder ante los remordimientos que me persiguen desde que, como una idea remota, surgió la posibilidad de comenzar de nuevo, lejos de él, de mi madre, de mi ciudad y de todo mi mundo.

Es el momento de perdonarme por muchas cosas, entre ellas por ser una cobarde al no decirle a mi marido que no solo ya no le quería, sino que jamás le había querido como ambos merecíamos, como yo sé que se puede querer. Porque una vez lo viví. Porque así lo he sentido hace unas horas en brazos de Emilio. Ese amor apasionado e irreverente que es capaz de impregnarlo todo, que te lleva a hacer locuras, existe.

Y tanto que existe.

No sé si este reencuentro con Emilio significa lo mismo para él que para mí, así como nunca comprendí lo que tuvimos en el pasado. Sin embargo, en este instante, tengo claro que eso ya no importa; lo esencial es que sé que ese tipo de amor es real y que nunca lo experimenté con Guillermo. Si con Emilio no es correspondido en la misma medida, no perderé el tiempo lamentándolo; en cambio, voy a disfrutar de este momento y seguir adelante con mi vida.

He ido a Tailandia para vivir una aventura. Unos días que me demuestren que yo puedo volver a vibrar como mujer, a disfrutar y experimentar con mi cuerpo y el deseo. Que tengo derecho a beberme la vida a tragos llenos y convencerme de que puedo empezar de cero y buscar el amor que merezco, aunque ese amor sea el de a mí misma.

Decido que me voy a llenar del desenfado y vivacidad de Emilio, a contagiarme de su energía para regresar con fuerzas y espero que, gracias también a él, con las respuestas que aún no me ha dado.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en mi rostro y una ráfaga de viento aparta mi pelo despejando mi cara.

De repente, como si esa suave brisa aclarara mi mente, sé lo que tengo que hacer para empezar mi nueva vida. Una idea que ha permanecido, más que dormida, olvidada, se despierta.

En una especie de revelación, las claves se presentan ante mí y todo encaja de forma instantánea.

La infidelidad de Guillermo no solo me da la oportunidad de terminar con mi matrimonio, sino que me brinda la posibilidad de recuperar el sueño que ni me permití tener. Aquel proyecto, con el que fantaseé en el que fue el mejor verano de mi vida y que se quedó relegado al olvido, renace con fuerza en mi cabeza y en mi corazón. Es la ilusión que necesito para volver a empezar.

Sonríó feliz y satisfecha como jamás lo imaginé.

Ahora tengo la total seguridad de que venir a Tailandia ha sido todo un acierto, Emilio tiene las llaves que abren las puertas de mi destino.

Capítulo 18

Emilio

—¿Estás lista? —La abrazo por la espalda y ella da un respingo sorprendida.

Tras el susto, se deja caer sobre mi pecho y la abrazo con fuerza.

Al notar su cercanía, el recuerdo de momentos llenos de complicidad me impulsa a hacer algo que sé que no soporta.

Sin poder resistirme, introduzco mis manos por debajo de su camiseta. Utilizando la punta de mis dedos, comienzo a acariciar su piel de manera ligera y juguetona.

Su reacción no se hace esperar. En cuanto siente el cosquilleo, se retuerce y se inclina hacia un lado intentando esquivar mi ataque.

Entre risas, la retengo.

—Serás gamberro. Continúas siendo un peligro —protesta, mientras intenta zafarse con movimientos nerviosos

—Y tú sigues teniendo el mismo punto débil, *piruja*. —La aprieto contra mí, disfrutando del momento.

En cuanto oye el apodo cariñoso, por el que la llamaba en otros tiempos, siento que se estremece y se aparta para mirarme conmovida.

Siempre me ha costado mucho abrirme y expresar mis sentimientos, pero en aquella época, bajo ese apelativo, le compartí algunos de mis sueños. Ocasiones en las que, a pesar de la química que sentía, jamás me atreví a ser sincero del todo. Nunca encontré el valor para decirle que era especial, la más especial de todas las que había conocido.

La atraigo de nuevo y la estrecho para que deje de mirarme de esa manera. Soy consciente de que algo ha cambiado. Ella sonríe de una forma nueva porque intuye que hay un resquicio por el que puede llegar hasta lo más hondo de mi ser; y sé que va a aprovecharlo.

—¿A dónde me llevas? Te recuerdo que el lunes salgo para hacer el *tour*. —Cambia de tema para que el nerviosismo que he comenzado a sentir no me bloquee.

Maldita piruja, icómo me conoce!

—Solo estaremos fuera el fin de semana, y lo de irte el lunes ya lo discutiremos.

—¿Cómo? —pregunta confundida.

En ese instante, uno de los coches del hotel se detiene junto a nosotros. Saludo al chófer, le indico con un gesto que guarde nuestro equipaje y le abro la puerta. Tras ella, me siento dentro de la espaciosa e íntima parte trasera del vehículo, al estar separados del conductor por un cristal tintado.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —pregunta nerviosa, como si fuera una niña pequeña.

Me encanta cuando esa inocencia se deja ver en ella; despierta en mí un deseo apremiante y la necesidad de sacar a relucir su lado oculto. Con una sonrisa juguetona, espero a que el coche arranque, le quito el cinturón y la coloco a horcajadas sobre mí antes de decirle:

—Se te va a hacer corto. —Una risa escapa de sus labios antes de que queden atrapados por los míos.

Si cree que el trayecto le servirá para hablar y acercarse a mis sentimientos, se equivoca. No le voy a dar más oportunidad que susurrar mi nombre y gemir de placer.

¿Quién demonios necesita hablar?

∞∞∞∞

A pesar del tráfico de un viernes por la noche al salir de Bangkok y los kilómetros que nos separan de nuestro destino, el tiempo pasa volando al perder de nuevo el control bajo su cuerpo.

Al notar que el coche se detiene, nos recolocamos la ropa entre risas, como dos adolescentes que los han pillado *in fraganti*.

En cuanto se apea con el pelo alborotado y la boca hinchada, sus ojos expectantes recorren el lugar: un pequeño puerto pesquero local muy tradicional.

Sé que se muere por saber a dónde la llevo, aun así, no pregunta, consciente de que no se lo diré. Que recuerde aquel juego nuestro, con el que yo disfrutaba sorprendiéndola, y se deje llevar, me encanta.

La tomo de la mano y le beso el dorso antes de acercarnos a una embarcación.

Me mira curiosa y, al levantar las cejas esperando una señal, hago un gesto con la cabeza para que suba. Sin rechistar y con una brillante sonrisa de emoción, se agarra a la cuerda, que hace las veces de baranda en la pasarela hacia la lancha, y aterriza dentro de un salto.

Divertido, la imito.

Una vez a su lado, la cojo por la cintura y siento la necesidad de volver a besarla con urgencia. Parecemos los jóvenes veinteañeros que se conocieron hace más de dos décadas: libres, ajenos a las responsabilidades, más allá de no llegar tarde a casa, con toda la vida por delante y muchos sueños por cumplir.

María... ¿i qué tienes, María!?



Nos acercamos lentamente al pantalán. Aprovechamos que la velocidad ha disminuido para ponernos de pie y contemplar el paisaje estrellado que nos rodea. El aroma salado del mar nos envuelve, mientras la brisa nos humedece la ropa y la piel. El vaivén de las olas ayuda a que la meza entre mis brazos, que la sostienen desde atrás.

—Pellízcame para que sepa que no estoy soñando —susurra.

—No, *piruja*, esto está pasando de verdad —digo, sin darle la vuelta, y deposito un suave beso en su cuello.

—¿Y ahora qué? —pregunta con cierta inseguridad y angustia en la voz.

Durante el trayecto, la velocidad y el rugido del motor nos han mantenido en silencio. Un silencio en el que, por momentos, la he descubierto pensativa. Tengo claro que una cosa es comportarnos como si volviéramos a tener veinte años y otra muy diferente es la realidad. Aun así, no estoy dispuesto a acallar esta sensación, no todavía.

—Vamos a vivir este fin de semana, a disfrutar de este reencuentro que la vida nos ha brindado, sin pensar en nada más. El domingo de regreso, tras estos días, hablamos. Ahora solo...

—Me dejaré llevar —termina ella por mí.

Cojo una de sus manos, que tiene entrelazada con las mías, y la giro. Me rodea la cintura con sus brazos y yo comienzo a acariciar su rostro, a dibujarlo con mis dedos.

—He echado de menos tus ojos... El verde intenso de tu mirada —digo besándolos, al tiempo que se le escapa un suspiro.

—Yo, tus labios y su pequeña cicatriz. —Lleva su boca a mi labio superior, lo absorbe y lo retiene con ternura. Su lengua pide paso con pasión y nos fundimos en uno de esos besos largos, húmedos y profundos. El deseo me atraviesa una vez más con una necesidad que me parece imposible, ya que hace apenas una hora la hice mía en el coche.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —pregunto, preso de la desesperación, sobre su boca.

—Recuperar el tiempo perdido y hacerte ver que nadie va a besarte como yo.

Es cierto. Esa combinación perfecta de placer, ternura y deseo solo la he encontrado en su boca. La recuerdo a veces dulce y suave, a veces ardiente y ansiosa. Una boca de la que siempre quiero más, que me lleva a perder la conciencia, tanto que una especie de inquietud me recorre todo el cuerpo al ser consciente de lo que provoca y de lo que puede llegar a significar.

Entonces, recuerdo las palabras de Freddy: «Espero que sepas lo que estás haciendo».

¿Sé lo que hago?

Capítulo 19

María

Amanezco envuelta en la visión y el aroma del mar desde la cama. El sonido de la ducha, procedente del baño, me hace saber por qué estoy sola. Mi primera intención es ir a su encuentro y buscar sus caricias bajo el agua, pero me puede la curiosidad y quiero saber dónde estamos.

Alcanzo mi teléfono y entro en Google Maps para descubrir que es Koh Samet, una isla minúscula en el golfo de Tailandia. No me suena. Para mí, a pesar de dedicarme al mundo de los viajes, las más conocidas son Koh Lipe, Koh Samui, Phuket y, sobre todo, aquellas donde se rodó la película de *La playa* de Leonardo DiCaprio, las islas Phi Phi.

Al estar con el móvil en la mano, no puedo evitar echar un vistazo a los mensajes. Estoy segura de que Lola habrá dejado alguna de sus ocurrencias, y no me equivoco.

[Otra tarde que no tengo noticias tuyas. No te conozco, ¿dónde tenías escondida esa parte tan golfa?]

El siguiente es de media hora después.

[¿Ni fuerzas te quedan para ponerle unas letritas a tu mejor amiga?]

A los minutos.

[Y digo yo, ¿ni aire para un mensaje de audio? ¿A qué vas a tener, además de las manos, la boca ocupada? ¡Ay, lo que me estoy imaginando!]

Empiezo a reír.

Si es que esta Lola es única.

Al ver la hora, y al ser aún viernes por la noche en España, le contesto.

[Hola, amiga, estoy mejor que bien.]

[Te llamo.]

[Espera, no estoy sola.]

Ante mi último mensaje, su respuesta son emojis de flamencas y palmas, al que contesto con la imagen de la carita sonriente, que es justo la que tengo en ese momento. No puedo estar más feliz.

Tarda en escribir e imagino que estará de copas en algún bar. Al saber que estoy bien y acompañada, seguro que ya está a otra cosa; aun así, permanece en línea, pero no dice nada más. A los segundos, WhatsApp me informa de que está escribiendo y me quedo a la espera.

[Tu madre ha vuelto a venir. Llámala, ¿vale? Te dejo, que un tipo con cara de ángel me está haciendo ojitos. Cuídate.]

Y deja de estar en línea.

¡Qué lista!

Me lo ha soltado, así, sin más, y ha largado una excusa para desconectarse y evitar que pueda replicarle. «¿iPor qué demonios no me llama ella!?», pienso molesta. ¿Tan difícil le resulta dar su brazo a torcer y levantar el teléfono?, ¿prefiere recorrerse la ciudad para ir en busca de mi amiga hasta su trabajo para darle pena y conseguir que me pida que yo la llame?

Me enerva su actitud. Su capacidad de mover los hilos a su beneficio para que todos dancemos al son que ella toca y siempre consiga lo que se propone, aunque esta vez no lo va a lograr.

Me he cansado.

Estoy harta de hacer lo que ella espera de mí, de sentirme culpable cuando no logro cumplir con sus expectativas y creencias.

No puedo, ni quiero, seguir sufriendo por ser criticada o rechazada por mis acciones o decisiones. Necesito cambiar esa espiral de emociones que no me hace bien, esa relación insana en la que antepongo complacerla para evitar conflictos y tensiones.

—¿Y esa cara? —pregunta Emilio al acercarse a la cama.

En cuanto lo oigo, escondó la cara entre mis rodillas flexionadas y me abrazo las piernas bajo la sábana.

Cada vez que pienso en la relación con mi madre, me apeno. Me cuesta no sentirme frágil e insegura. Por un lado, mi educación me recuerda que debo comportarme como se espera de mí, pero por otro, mi experiencia me dice que tengo derecho a ser yo misma, a aceptarme y a establecer límites con aquellas conductas que me molestan o dañan.

Necesito que nuestra relación cambie, que me comprenda y no me juzgue.

Solo pido eso; sé que, a su manera, me quiere.

Noto el peso de Emilio sobre el colchón. Al instante, está haciéndose un hueco para colocarse detrás de mí y rodearme con sus brazos y sus largas piernas.

Envuelta por él, empiezo a soltar la tensión que he acumulado mientras pensaba en mi madre y nuestra relación. En cuanto comienza a acunarme, me dejo llevar por el dulce movimiento. Tranquilizador, suave y rítmico, me calma, y por fin puedo hablar.

—Mi madre —susurro.

—¡Uf!, doña Milagros. ¿Sigue igual?

—Peor, sin mi padre y con más años, imagínatelo.

—Prefiero ni pensarlo —comenta mordaz—. Se me ponen hasta los pelos de punta. —Como si un repelús le recorriese el cuerpo, comienza a agitarse y me provoca unas cosquillas que me hacen reír y librarme de la angustia.

Algo más relajada, descanso el peso de mi cuerpo sobre él.

—Siempre me he preguntado cómo alguien tan gris y triste ha traído a este mundo un ser de luz como tú.

Sus palabras me estremecen de tal modo que busco el ámbar de sus ojos y las caricias de su boca. Al girar mi rostro para verlo, no doy crédito.

¡Dios mío!

Una sonrisa pilla y traviesa le cruza su rostro despejado.

¡Se ha afeitado la barba!

Al asombro y la emoción, que siento al reencontrarme con sus facciones al descubierto, se une la visión de aquella pequeña cicatriz sobre su labio superior que se curva ante su risa.

—¿Mejor?

—Infinitamente mejor.

—Nunca he entendido qué le ves a esta cicatriz.

—Me recuerda que no eres perfecto, que te puedes caer y equivocarse como yo, y eso hace que te quiera... aún más.

Cierra los ojos, toma aire despacio y exhala con fuerza. Cuando entreabre sus pestañas, sé que no esperaba un *te quiero*.

Desde mi llegada, lo he descolocado.

La primera noche no dejó de frotar las palmas de las manos sobre el pantalón, nervioso e incómodo ante mi confesión. Mi pregunta de si iba en serio, cuando me propuso escaparme con él antes de mi boda y que no tuvo el valor de responder, ha removido algo que creo que él daba por cerrado.

Cuando quiso saber si nuestro encuentro era fruto de la casualidad, mi atrevimiento al hacerle ver que estaba en Bangkok para dejarme llevar, aunque lo sorprendió, no lo llevó a hacer más preguntas, ni a indagar si realmente yo estaba allí para algo más que vivir una aventura. Con su desenfado habitual, me siguió el juego.

Un juego que nos ha traído a este momento.

Busco en su mirada algo que me diga qué piensa, pero no puedo llegar a interpretar nada porque se lanza a besarme.

Recorre mis labios con una suavidad y delicadeza que me llenan de ternura. Una de sus manos sostiene mi mejilla, mientras la otra, sobre mi estómago, me aprieta contra su cuerpo que me envuelve desde atrás.

Una sensación me recorre y me eriza la piel. Ese beso... Ese beso habla otro lenguaje. Es especial, muy diferente a los que nos hemos dado desde nuestro reencuentro. No es uno de esos apasionados,

cargados de deseo y humedad; este es dulce y tierno, como algunos de los de antaño, aquellos que en su día me llevaron a pensar en... amor.

No separa sus labios de los míos. No dice nada. De nuevo, tengo que intuir en sus gestos, adivinar en sus caricias, descifrar en la sutileza de sus comentarios, ver más allá... lo que significa para él.

Me separo de su boca.

Necesito saber. No puedo seguir con todo esto, pero lo debe de ver en mis ojos, porque, antes de que pueda decir nada, sin dejar de besarme y tocarme en ningún momento, me pide con desesperación:

—El domingo... Hablamos el domingo. —Sus labios comienzan a recorrer mi cuello, dejando tras de sí una estela de dulces besos—. No rompas la magia. —Su lengua juega con el lóbulo de mi oreja, que muerde antes de bajar en busca de mi hombro—. Permítenos disfrutar sin pensar. —Desliza la sábana, que cubre mi cuerpo desnudo, para acariciar mis senos—. Por favor, María. —Sus manos me recorren hasta llegar justo donde en ese instante palpita mi corazón, mientras en mi espalda siento su excitación—. Déjate llevar...

Aumenta el ritmo de sus caricias. Mi respiración se acelera, se entrecorta y mi cuerpo comienza a convulsionar de placer hasta terminar desplomada sobre su pecho. Él me rodea con fuerza, con sus brazos y sus piernas, como si quisiera retenerme, y susurra:

—¿Qué tienes, María, que me vuelves loco?

¿Loco tú? ¡Loca yo! Loca de amor.

Capítulo 20

Emilio

Se ha vuelto a quedar dormida. A pesar de que estoy exhausto y de que también me apetece dejarme llevar por el sueño, me echo algo de ropa encima, cojo mi móvil y salgo a la terraza tras cerrar la cristalera.

Joder, ¡ha dicho que me quiere!

¿Cómo es posible que me esté pasando esto? ¿Qué estoy haciendo? Una cosa es una aventura y otra ...

¡Joder!

Repito nervioso al ser consciente de que esta situación se me está yendo de las manos y la idea de lo que podría significar me aterra.

Cojo aire y trato de calmarme.

Necesito un tiempo del que no dispongo para salir de este laberinto de emociones que no sé cómo manejar.

¿Qué estás haciendo, Emilio?

Piensa, piensa...

Tengo claro que estoy atrapado en algo que no sé cómo gestionar, entre el deseo y la realidad. Una realidad que desconozco y debo aclararla cuanto antes.

Lo fundamental es saber qué ha pasado entre Guillermo y ella. María no solo se ha dejado seducir por mí, sino que está hablando de amor.

¡Amor!

En cuanto repito esa palabra en mi mente, me siento abrumado por la incertidumbre. La atracción que sentimos es innegable, pero ¿estamos listos para ir más allá?

Y si fuera así, ¿podemos?

Marco su número, pero no lo coge desde que llegó María y eso me tiene cada vez más mosqueado. Entre semana lo entendía por su trabajo; sin embargo, que no responda ahora hace crecer mi inquietud.

He sucumbido de nuevo a la atracción sexual que me provoca María, sin saber por qué está aquí, sin saber qué estoy haciendo y sin sopesar las consecuencias.

Las dudas se repiten en bucle en mi cabeza.

¡Si hubieses hablado en el coche! ¡Yo y maldita incompetencia emocional!

Me reprendo al tiempo que me cuestiono:

¿Por qué demonios me cuesta tanto hablar de sentimientos?

Me educaron de una forma más bien fría, práctica y resolutiva.

No puedo quejarme, siempre tuve más de lo que necesité y, de entre todo ello, lo más importante fue la libertad. Una independencia que llegó en cuanto mi hermana y yo crecimos para tener nuestros propios planes y dejamos de depender de las niñeras y el servicio de casa.

Con unos padres con una vida profesional y social muy activa, en la que, hasta que no fuimos lo suficientemente *interesantes*, como solía decir mi madre, no nos integraron en sus actividades y conversaciones más allá de los almuerzos familiares y las festividades de rigor.

Nos educaron carentes de ese afecto y cercanía que se requiere para abrirse y desgranar sentimientos. En más de una ocasión, nos dejaron ver que esa facilidad para mostrar los pensamientos y deseos más íntimos era un signo de debilidad propio de clases humildes y poco instruidas.

Como buen abogado, mi padre solía repetir que lo importante eran los hechos. Con las palabras se podía jugar, engañar y, además, se las lleva el viento. Realidades basadas en actos y compromisos firmados en contratos constituían la base de su forma de ver la vida, y así nos lo inculcó a mi hermana y a mí.

De modo que, aun siendo un maestro en las relaciones sociales y tener siempre la palabra adecuada en cada momento, prefería el humor, la ironía, los juegos..., para moverme en un terreno en el que no me sentía cómodo.

El alcohol, en alguna ocasión, me soltaba la lengua; aunque no solía dejar que eso pasase. Me sentía vulnerable cuando lo hacía y no me gustaba, no encajaba con la imagen de tipo seguro y fuerte que tenía de mí mismo.

¿Qué decían mis actos con María? ¿Qué quería?

No podía plantearme nada, no sin antes saber qué la había llevado hasta allí. Una cosa era dejarme llevar por un instinto físico y disfrutar de ella como me gustaba, y otra embarcarme en una historia con la que, hasta donde yo sabía, era la mujer del que fue mi mejor amigo.

[Llevo intentando contactar contigo varios días. Necesito que hablemos. Te llamo mañana. No entenderé que no contestes.]

Le di a enviar. Esperaba que esa última frase surtiera el efecto deseado.

Solo me quedaba esperar.

Yo era quien le había pedido a María que no habláramos hasta que regresáramos el domingo. Así que, a pesar de las dudas y de las posibles consecuencias, tenía que seguir con el juego que había empezado y al que no estaba dispuesto a renunciar.

La intensidad de la atracción que sentía por ella era irrefrenable. Muy gordo tenía que ser aquello que me impidiese vivir este momento de deseo.

Incluso así, pensé:

¿Qué podría detenerme?

Capítulo 21

María

Situada al final de una playa de arena blanca, sobre una ladera a orillas de un mar cristalino y sereno, nuestra villa nos ofrece una privacidad que me hace sonreír al recordar cuando insinuó que podía olvidar mi ropa de baño.

Rodeada de jardines tropicales con una cubierta de paja gris, techos altos abovedados y unos enormes ventanales, desde donde contemplar la exuberante belleza natural, me permiten sentir, oler y disfrutar de ese entorno único.

Tumbada bajo el sol en la hamaca de nuestra piscina, evoco el único momento de mi vida en el que me recuerdo tan relajada, desinhibida y, a la vez, tan segura de mí misma como en este preciso instante. Siento que es el momento perfecto y pregunto:

—¿Recuerdas aquel verano en Arcos de la Frontera? ¿Cuando estuve trabajando de prácticas en el Parador y me hospedaba en casa de tu abuela?

—¡Cómo no! Ese fue un buen verano, ¿verdad?

—El mejor —contesto sin mirarle, a pesar de que el leve crujido de la tela de su hamaca junto a la mía me indica que se ha girado para verme.

Aquel año conseguí una beca de prácticas para los meses de julio y agosto, en Paradores Nacionales. La suerte hizo que me tocara en un pequeño pueblo de la Sierra de Cádiz, donde vivía la abuela de Emilio. Las reticencias de mis padres a aceptar esa oportunidad fueron superadas cuando viajaron conmigo y la conocieron.

Él le habló de mí. Le contó que una amiga de la universidad iba a trabajar aquel verano en su pueblo, pero que sus padres —por su juventud, por ser hija única y tratarse de la primera vez que salía de casa— tenían ciertas reservas en dejarla aceptar.

Su abuela se ofreció a ayudar y me brindó la posibilidad de quedarme con ella en su casa. En cuanto mi madre se encontró

frente a una mujer educada, culta y, sobre todo, devota que le presentó mi presencia en su hogar como una obra de caridad por la compañía que una chica joven le ofrecía a una señora recién viuda, no pudo negarse.

—Tu abuela era fantástica. Tan lista...

—Gracias a ti, pasé allí casi todo ese verano y guardo muy buenos recuerdos de ella... y tuyos —dice esto último con voz sugerente.

Ese comentario hace que no pueda resistirme y busco su mirada.

Al encontrarme con sus ojos, estos recorren traviesos mi cuerpo en bikini y de ahí miran hacia la piscina. Una sonrisa juguetona me hace entender, sin dudar, en lo que está pensando.

Niego con la cabeza para no entrar en su juego. No quiero desaprovechar la oportunidad que he abierto. Me interesa seguir con esta conversación. Me vuelvo a tumbar para seguir tomando el sol de forma relajada y dejo de mirarlo.

—¿Qué fue de la casa de tu abuela, Emilio? —pregunto al rato como si no supiese nada.

—Paula y yo la hemos heredado.

—¡Qué bien! —Sé que no ha sonado como debería. Es mencionar a su hermana y mi humor cambia sin poder evitarlo.

Paula es la melliza de Emilio, con una belleza y un estilo envidiables, nunca logré caerle bien.

Al principio, me esforcé por ser simpática y agradable, incluso llegué a ser servicial. Sin embargo, cuanto más me esforzaba, más rechazo sentía por su parte. Finalmente, decidí desistir y aceptar que no seríamos amigas.

Ahora, con el paso del tiempo, sus motivos se han revelado y, si bien podrían llevarme a comprenderla, no por ello disculparía sus numerosos desplantes ni las veces que me hizo sentir inferior para estar con ellos.

Paula me trató como a una arribista en cuanto entré a formar parte del mundo de Guillermo y Emilio. La hija tardía de un militar de medio rango y de una ama de casa modesta y tradicional no tenía nada que ver con ellos, cachorros de abogados con éxito y de madres ricas y artistas. Se conocían de toda la vida y, además de ser

amigos, frecuentaban los mismos ambientes selectos, alternativos y cosmopolitas que estaban muy por encima de las posibilidades de alguien como yo.

Ella jamás me aceptó. Su animadversión hacia mí era tan grande que, si supiera que ahora me siento guapa y poderosa, relajada y satisfecha en un lugar paradisíaco y en compañía de su hermano, estoy segura de que se la llevarían los demonios.

Sonrió al pensar en las paradojas de la vida.

Seguramente, si Paula pudiera verme, se fastidiaría. Mucho más de lo que ella creerá que me ha *fastidiado* a mí con sus actos cuando, en realidad, tendré que darle las gracias por haberme hecho un favor.

Un enorme favor, si todo sale bien.

—Es curioso que hables de ese lugar en este momento —dice Emilio sacándome de mis pensamientos.

—¿Por qué? —Me giro para mirarlo, a lo que el muy canalla responde con una suave risa al haber captado mi atención.

—Mi hermana quiere venderla, pero yo... No sé.

—¿Para qué quieres una propiedad en Arcos de la Frontera?

—Para convertirla en un pequeño hotel de lujo. Mi propio hotel.

—¿En serio, Emilio? —Me incorporo sin creer lo que oigo.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado? —pregunta algo decepcionado.

—¿Perdona? —comento sarcástica—. ¿Tu hotel? Dirás *mi* hotel —recalco al elevar el tono—. Me pasé todo aquel verano fantaseando con ello junto a tu abuela. Ella se quejaba de que la casa era enorme con tantas plantas, varios patios, pegada a la bodega de tu abuelo... Y yo le reconocí que, para vivir, sí, pero que era perfecta para un hotel con encanto, uno de aquellos que empezaban a ponerse de moda.

—¿Solo con ella? ¿Te has olvidado de que también estuve allí? —pregunta incrédulo y algo dolido—. Te recuerdo que fui yo a quien se le ocurrió la idea de anexar la bodega. Hice hasta planos distribuyendo las habitaciones, viendo dónde poner el comedor, la recepción... —argumenta molesto.

—Pero la idea inicial fue mía. Tú llegaste cuando tu abuela y yo ya habíamos empezado a imaginar el proyecto y te uniste... Se convirtió entonces en nuestro —admito porque es la realidad y trato de que la tensión que se ha generado disminuya—. No sabía que mantenías ese proyecto en tu mente como tuyo —susurro.

—Disculpa, yo...

Busca mi mirada y en sus ojos percibo arrepentimiento por ese momento raro y tonto. Por una discusión que, con casi toda seguridad, entiende absurda y que no viene a cuento, pero que para mí es importante.

Lo que dice a continuación me sorprende por la franqueza y lo inesperado en él.

—Cuando me propuso venderla, la idea, que nunca he abandonado, resurgió con fuerza en mi mente. Mi trabajo actual, aunque me encanta, me genera cierto desarraigo. En algún momento tendré que establecerme en algún un lugar y... pensé que aquel, en el que fui tan feliz, era perfecto.

Me mira y sé que espera alguna reacción por mi parte, pero me callo al recordar cómo me sentí cuando se desvaneció aquel futuro que imaginé allí para los dos.

Aún soy capaz de notar la sensación de desasosiego que me persiguió durante meses tras su marcha a Estados Unidos, al acabar aquel inolvidable verano en Arcos.

De cómo de la preocupación y la intranquilidad, de las primeras semanas sin noticias tuyas, pasé a la más absoluta incompreensión. Con el transcurso de los meses, y sin venir a pasar las Navidades, la decepción se apoderó de mí. Ese fue el momento en el que Guillermo me consoló y comenzó a convertirse en el centro de mi vida, hasta ahora.

Me percató de que puede que me haya precipitado. Es mejor no continuar con esta conversación. A pesar de que abre una posibilidad para mí, entiendo que aún no es el momento. Dispuesta a cambiar de tema, y siguiendo su estrategia habitual, digo:

—Volviendo a tus recuerdos sobre mí de ese verano —susurro sugerente—, no he olvidado que, al igual que ahora, pasé casi toda una semana desnuda y entre tus brazos. —Me levanto para

acomodarme a horcajadas sobre él. Necesito que sepa que, a pesar de esta discusión, todo vuelve a estar bien entre nosotros.

—Ese oportuno viaje de mi abuela con sus amigas hizo que te tuviera solo para mí, como en este instante. —Sonríe aliviado y divertido—. Pero estabas tan cortada... —Se muerde el labio y la lujuria se refleja en sus ojos—. Eras tan dulce y tímida... No podré olvidar cómo se encendieron tus mejillas cuando te quité el bikini para nadar desnudos.

—¡Es que tú no querías nadar! —protesto siguiéndole el juego.

—Claro que sí, quería nadar y bucear en tu cuerpo. Igual que ahora. —Su mano toma mi nuca para acercarme a su boca y yo me dejo llevar de nuevo por sus besos, por sus caricias, por su deseo, que también es el mío, y que me da margen para reorganizar mi plan.

Capítulo 22

Emilio

—¿No tienes intención de que salgamos de esta villa? —pregunta María divertida desde la hamaca que hay junto a la piscina, al ver que nos traen el almuerzo.

Ataviados con trajes tradicionales y siguiendo un estudiado ritual, colocan todo sobre una mesa auxiliar, junto al comedor, bajo la pérgola. Uno de ellos nos prepara un par de cocos verdes con un machete. Realiza estratégicos cortes en forma de cruz en la parte superior, les coloca unas pajitas y los acerca. Veo la sorpresa en sus ojos, los cojo con regocijo ante su reacción y le acerco uno para brindar.

—Por este momento —digo al alzar el mío.

—Por nosotros —contesta con una seguridad que me desestabiliza.

Ese *nosotros*, junto a una mirada profunda, hace que un escalofrío me baje desde la nuca por la espalda y necesite coger aire.

Soy plenamente consciente de que lo que estamos compartiendo va más allá de una simple aventura. Tenemos un pasado juntos, está claro que disfrutamos el uno con el otro y la desazón que acaba de recorrer mi cuerpo me alerta de que empiezo a plantearme por qué no podemos tener un futuro.

Le doy otro sorbo al agua dulce de coco y cierro los ojos. Trato de disimular la inquietud que siento al darme cuenta de que, antes de pensar qué es lo que quiero tener con María, necesito saber si hay algo que nos lo impida. Más que algo, alguien. Y ese alguien tiene nombre: Guillermo.

Espanto el pensamiento de mi cabeza y le tiendo la mano para ayudarla a levantarse de la hamaca. Sin embargo, cuando la suelta para coger el pareo y pone rumbo a la mesa, dejo que se adelante.

Aprovecho los escasos segundos para llevar con rapidez la mano al bolsillo de mi pantalón y mirar el móvil.

Ante mi desesperación, esa a la que voy de cabeza y sin freno, aún no tengo respuesta a mi mensaje.

¡Joder!

Sentados frente a frente no puedo dejar de mirarla mientras nos sirven un exótico y refrescante almuerzo: ensalada de papaya acompañada de un especiado pescado de la zona a la brasa.

Antes de despedirse para dejarnos intimidad, los camareros nos preparan un par de cocos más y, en una fuente llena de hielo, nos dejan helados para endulzarnos de postre.

—Tiene todo muy buena pinta —comenta hambrienta.

—Siempre me ha gustado eso de ti.

—¿El qué? —pregunta antes de llevarse con ganas el tenedor a la boca.

—Tu apetito.

Sonríe con la boca llena y estoy a punto de levantarme de la silla para besarla. Necesito comérmela de nuevo y me doy cuenta de que, en realidad, quien tiene un apetito voraz soy yo.

Sigo hambriento de María, con un deseo insaciable que mi razón intenta frenar. Finalmente, permanezco en mi asiento y me conformo con mirarla. Sé que me detengo, pero no por los motivos que debería: reflexionar sobre lo que quiero y lo que me conviene o preguntarle abiertamente sobre su matrimonio. Lo que me contiene es el instinto, la necesidad de reponer fuerzas para seguir disfrutando de su compañía sin que importe nada más que estar con ella, sin querer encontrar algún motivo que pueda empañar o romper este momento al que no estoy dispuesto a renunciar.

A mi mente vienen aquellas palabras de Freddy y me pregunto si sé qué estoy haciendo. Ella ha dicho que me quiere y yo... yo solo sé que la deseo como a nadie. Sé que la atracción física que tenemos es inigualable, pero amor...

¿Y si por fin ha llegado nuestro momento?

Capítulo 23

María

—¿Dónde lo has dejado? —pregunta Lola al otro lado del teléfono en cuanto descuelgo la llamada de WhatsApp.

—Dormido, ha caído rendido después de comer y me he bajado a la playa.

—Pon la cámara.

Le doy al icono, giro sobre mí y hago un barrido para ofrecerle una visión de 360 grados. Las villas, entre la vegetación tropical y las palmeras, la piscina y la zona de sombrillas, la playa privada de arena suave y blanca, el mar... Paro ante el vibrante color del agua que oscila entre las tonalidades del azul y el verde y que, en ese momento, a primera hora de la tarde, es más cercano a un turquesa claro espectacular.

—Vaya, ¡qué pasada! ¿Dónde estáis?

—En un *resort* de lujo de una pequeña isla, a unas tres horas de Bangkok. Está bien porque no hay que coger vuelos internos...

—Ya, ya... —me corta—. Ese tipo de informes los dejas para tu jefe. Imagino que estás haciendo tu trabajo, ¿verdad?

—¡Claro! —Me hago la ofendida, pero la realidad es que estoy algo retrasada con ello.

—No quiero ser la responsable de que te despidan. Ya me siento bastante culpable por llevarte hasta allí y que no sepas dónde tienes la cabeza. ¿En qué punto estáis, Mary?

—No sé él... Yo sigo hecha un lío, Lola.

—¿Por...? —pregunta sin poder evitar que se le escape un bostezo.

—¿Estás recién levantada o aún no te has acostado?

—Acabo de llegar a casa, como quien dice. El tiempo de ponerme el pijama y desmaquillarme. Al final me fue bien con el tipo con cara de ángel —dice sin dejar de subir y bajar las cejas divertida—. Pero

no perdamos el hilo, estamos hablando de ti. Lo mío no deja de ser un polvo sin demasiado fundamento, vamos, para no repetir.

—No como yo, que no hago más que caer rendida a sus encantos una y otra vez —me lamento.

—Vamos a ver, ¿tú no habías ido para eso? —Aprieto los labios seria y bajo la mirada hacia mis pies, que juegan con la arena—. ¿Qué es lo que no me estás contando, María? Ya me dejaste con la mosca detrás de la oreja cuando me enteré *por casualidad* de que sabías quién era la tipa con la que Guillermo te puso los cuernos. ¿Qué más me estoy perdiendo?

Por el tono de su voz, sé que de un plumazo se le ha quitado todo el sueño y, conociéndola, no se va a conformar con una excusa. En cierto modo, me viene bien hablarlo con alguien, ya que la idea, aunque en mi mente está clara, me llegó como una especie de revelación repentina.

Compartirlo con ella me puede ayudar. Me hará saber si es otra locura como la que estoy viviendo con Emilio, que no tengo ni idea de a dónde me va a llevar, ni si dejará mi corazón maltrecho y mi mente confundida para siempre, o si puede convertirse en la oportunidad que ni me he atrevido a imaginar.



—¡Vamos, que llegamos tarde! —Emilio me saca del duermevela en el que había logrado entrar relajada sobre la hamaca de la playa, después de que Lola me asegurara de que mi idea era genial.

—¿Dónde? —murmuro sin ganas.

Por respuesta, solo obtengo su enorme sonrisa y el brillo de sus ojos en su cara de travieso. Me agarra para levantarme, coge mi cesta e introduce las prendas que tengo esparcidas a mi alrededor.

—¡Vamos! ¿No querías salir?

Asiento y tomo su mano tendida hacia mí.

—No quiero que pienses que te tengo secuestrada —comenta burlón mientras salimos de la villa y yo rio divertida—. Aunque

prefiero todo lo que podemos hacer entre esas cuatro paredes, no soy tan egoísta como para dejar que te pierdas lo que esta isla pone a nuestro alcance.

Juntos, como una pareja de enamorados que no paran de sonreír y hacerse gestos de cariño, cruzamos el *resort* para llegar al lado opuesto de la isla, donde se sitúa el embarcadero del hotel. Una vez allí, me guía hasta una lancha rápida.

—¿Lista para dejarte sorprender?

—Lista para dejarme llevar —respondo al embarcar.

Me besa de un modo que, al escuchar el motor de la lancha, me arrepiento y deseo volver a la villa.

Cuidado con lo que desees, porque se puede hacer realidad.

Tras recorrer y bordear la isla, casi saltando en los asientos por la velocidad, nos detenemos por fin cerca de una playa. Imagino que vamos a fondear allí o a hacer maniobras para acercarnos a la orilla, cuando el piloto de la lancha para, echa el ancla, abre un arcón y comienza a pasarnos máscaras, aletas y tubos.

De nuevo, mis ojos abiertos de par en par y mi sonrisa de oreja a oreja no pueden ser más expresiva. Me encanta la idea. Siempre he querido hacer esnórquel, era una de las cosas que también quería hacer en este viaje.

Como si Emilio me hubiese leído la mente, me sorprende al regalarme esta maravillosa experiencia. Desde nuestro reencuentro, vuelvo a sentir que me conoce mejor que nadie, puede quizás incluso mejor que yo misma al darme, sin necesidad de pedirlo, lo que quiero.

Como había imaginado, es maravilloso. La luz del sol se filtra a través del agua de la playa de Ao Wai, mientras flotamos sobre los arrecifes de coral y las rocas submarinas. Rodeados de peces tropicales de todos los tamaños y colores, erizos y estrellas de mar, el momento no puede ser más perfecto.

Agarrada de su mano y compartiendo el asombro por todo lo que veo, creo que no puedo esperar nada más, cuando una tortuga marina se desliza cerca de nosotros. La majestuosidad de su

tamaño, la forma pausada y serena de desplazarse, casi como si bailara, me sobrecoge.

El momento es mágico y más a su lado.

Me esfuerzo por recoger cada detalle: La belleza de todo lo que me rodea, el sabor salado del mar, la tibieza del agua que me abraza la piel, la conexión con la naturaleza, la sensación de paz y tranquilidad, y la mano de Emilio que no suelta la mía.

No quiero olvidar este instante. Necesito grabarlo en mi mente. Tengo la certeza de que estoy viviendo uno de esos momentos dignos de guardar en la memoria como regalos de la vida. Uno de esos que sabes que te llevarás contigo.

Y una vez más, un recuerdo que merece la pena ser atesorado, es junto a él.



—¡Para el motor, por favor! —pide Emilio en inglés al patrón de la lancha.

Nos ha sorprendido la puesta de sol en nuestro camino de vuelta, y solo me ha hecho falta mirarlo para que sepa que me gustaría disfrutar de ese otro momento único.

Una vez estabilizada y anclada la embarcación, nos situamos en la parte delantera. Me siento entre sus piernas y rodeada por sus brazos.

La brisa suave y fresca junto al aroma del mar me envuelven. Su abrazo me sostiene y acuna, al tiempo que el cielo se tiñe de naranjas y rojos y el agua adquiere un tono dorado.

—No dejes de mirar mientras el sol se pierde en la línea del mar. Verás «el destello verde», un reflejo esmeralda que aparece solo un instante antes de morir el día.

Sigo su dedo y me quedo contemplando el horizonte donde señala, mecida por el mar y por su respiración.

—¡Oh! —exclamo sobrecogida cuando lo veo.

—Puede que no lo creas, pero siempre que tengo la fortuna de verlo, pienso en ti... Es igual que el color de tus ojos.

—Ha sido un día perfecto y ha sido... real —digo pensando en que al día siguiente será domingo.

Empiezo a temer el final de este *impasse* que nos hemos dado. Mañana habrá que enfrentar la realidad. Una realidad que implica hablar de todo con Emilio. Y ese *todo* ahora es mucho más que cuando salí de España para buscarlo.

Me estrecha con fuerza mientras el cielo se pinta de dorados y púrpuras. Una imagen que solo se ve enturbiada por el sonido del mar que choca contra la lancha y el de nuestras respiraciones, acompasadas como si solo fuésemos uno.

Espero que me entienda.

Deseo antes de que desaparezca cualquier destello del día que se acaba de marchar.

Capítulo 24

Emilio

Pasamos la mañana sin salir de la habitación. Esta vez sí la secuestro entre las sábanas, como si intuyera lo que está a punto de pasar.

Desayunamos y comemos sobre esa cama en la que trato de alargar los minutos para que no llegue el momento de dejar el hotel.

No me canso de ella.

Como cuando éramos jóvenes, no quedo saciado. Entonces lo achacaba a la edad, a las hormonas, pero ahora, a mis cuarenta y tres años, esta sensación de querer más... Más de su olor, más de su sabor, más de su piel... más de María, me desconcierta. Me lleva a planteamientos que no imaginaba para mí de lo que esperaba de la vida.

La contemplo mientras duerme sin lograr entender el magnetismo que ejerce esa mujer sobre mi deseo.

Con el paso de los años, creí que había exagerado mis recuerdos, pero al tener la oportunidad de volver a disfrutar de ella, me doy cuenta de que no la había idealizado. La química que experimento cuando la tengo entre mis brazos es real y tan fuerte que, a veces, me cuesta respirar sin entender qué demonios me pasa.

Apenas nos queda tiempo. El coche ya ha salido de Bangkok y en menos de una hora tenemos que estar en el puerto de Rayong; aun así, tras calcular que en España serán sobre las once de la mañana, salgo de la cama, cojo el móvil y salgo a la terraza.

Después de dejar que suenen todos los tonos de las dos llamadas que le hago sin obtener respuesta, decido hablar con mi madre.

Todas las semanas mantenemos una conversación parecida. Me cuenta sus novedades, se preocupa de que esté bien e insiste en que vaya a verlos o, mejor, que le dé una fecha para ir a visitarme a Inglaterra. Sé que prefiere lo segundo. Ella adora viajar a Londres, la vida cultural que le ofrece la ciudad y la casa de Freddy y Mia, donde

siempre es recibida con mimo y atenciones; superan con creces a que yo vaya a casa.

Estoy comentándole que en unos días estaré por allí cuando la oigo decir:

—Acaba de entrar tu hermana por la puerta.

—¿Puedes pasármela?

—Nena, tu hermano quiere hablar contigo —dice mi madre.

Trato de oír algo, pero su voz suena lejana.

—Tiene que ir al baño. Llámala a su teléfono. He quedado con Pipa a las doce en el Thyssen y es tardísimo. Hay una exposición de Gabriele Münter. ¡Sabes que adoro el expresionismo!

En cuanto escucho el nombre de la madre de Guillermo, dejo de oír lo que me está contando sobre la obra que van a visitar. En cuanto el arte entra en la conversación, se olvida de que tiene prisa; al tiempo, me dice:

—Bueno, que me enredo y tengo al chofer esperando.

—Dale recuerdos a Pipa. ¿Siguen bien ella y... la familia?

—Fenomenal, querido.

—¿Sin novedades, entonces? —insisto.

Mi madre es muy lista y nos ha inculcado que hay cosas que no se preguntan abiertamente porque no es propio de nuestra clase. Aun así, responde:

—Ellos, como siempre. De Guillermo dile a Pau que te cuente, ahora se ven bastante. Al parecer, durante el reencuentro del aniversario del colegio les surgió una... oportunidad de negocios o algo así, no sé... ¡Que tengo prisa! Cuídate, querido.

Espero unos minutos en los que en mi mente todo lo que he intuido se reafirma. Marco de nuevo, esta vez sí me lo coge.

—Ahora se llama *¿hacer negocios?* —digo enfadado en cuanto oigo su voz al otro lado del teléfono.

Capítulo 25

María

Su voz, más elevada y hosca de lo normal, me despierta. Lo veo en la terraza al teléfono. Tenso, camina de un lado para el otro, mientras habla inquieto. Cuando cuelga, su mano acaricia su mandíbula, donde, imagino, echa de menos tocar su barba.

—¿Problemas? —pregunto al acercarme.

—Los domingos sobre esta hora suelo llamar a mis padres y... a mi hermana.

La profundidad de su mirada con los párpados ligeramente entrecerrados, el movimiento de su nuez, como si le costase tragar, y sus manos inquietas, que no dejan de darle vueltas al teléfono, me lo dicen.

Ella se lo ha contado.

Vuelve a cambiar el peso de su cuerpo y guarda el teléfono en el bolsillo trasero. Se pasa ambas manos por el pelo y vuelve a poner los ojos sobre mí.

Sé que espera que diga algo, pero no lo hago.

Noto cómo crece la desesperación en sus ojos y, finalmente, estalla.

—Cuando imaginé que aquel nombre en ese correo podría ser el tuyo... ¡No podía creer que, de todas las María Pérez Domínguez, la mía, tú, estuvieses en mi hotel!

»Al principio pensé que era una maravillosa casualidad. Sin embargo, tu comentario sobre el hecho de que no tener hijos había sido una suerte, sumado a tu pregunta de si de verdad tenía intenciones reales de que nos fugáramos antes de tu boda, hizo que algo no me cuadrara y empecé a sospechar que no estabas aquí por casualidad.

—Aún no has contestado a esa pregunta —insisto al volver a tener la oportunidad de salir de la duda que me ha perseguido años—. ¿Hablabas en serio cuando me propusiste que me marchara contigo?

—Claro que sí... siempre te he dicho la verdad... A mi manera, a mi estilo, pero jamás te he mentado —contesta a la defensiva.

—¿Le habrías hecho eso a quien era tu mejor amigo?

—¡Él ya me lo hizo a mí! —grita—. Cuando le pedí que te cuidara en mi ausencia aquel año... Sabía a la perfección que no me refería al modo en el que lo hizo. —Su habitual sarcasmo se torna mordaz, casi hiriente. Cierra los ojos y comienza a negar con la cabeza. En un susurro, como si le costase decir lo siguiente, confiesa—: Siempre supo lo que tú significabas para mí... Como bien has dicho, *era* mi mejor amigo, me conocía desde que teníamos uso de razón. ¡Claro que sabía que te quería, aunque no se lo hubiese dicho!

—¿Por qué no me lo dijiste a mí? —pregunto alterada al ser consciente de que, por su falta de claridad, he pasado parte de mi vida casada con alguien de quien en realidad no estoy enamorada—. ¿Por qué las otras chicas?

Vuelve a buscar la barba ausente en su cara mientras trata de sosegar su agitada respiración.

Sé que lo está pasando mal. En su rostro no se vislumbra ni un leve reflejo del Emilio desenfadado y sugerente. Se me rompe un poco el alma al verlo sufrir; aun así, esta conversación ha permanecido demasiados años sin producirse y, a pesar del dolor, tenemos que afrontarla.

Se sienta en una de las sillas del comedor exterior y, con un gesto, me pide que lo imite. Me acomodo frente a él y no tomo sus manos, que han quedado extendidas sobre la mesa a la espera de las mías, pero las coloco entre mis brazos cruzados.

Sé que me está pidiendo que lo comprenda, que se lo ponga fácil, pero no voy a hacerlo. No puedo dejar pasar la oportunidad de saber el porqué de tantos episodios de mi vida.

Con un leve gesto de cabeza, le animo a contestar mi última pregunta, una de las que más me ha mortificado siempre: *¿Por qué las otras?*

—Lo que sentía contigo, desde la primera vez, fue tan diferente...
—Apenas le sale la voz. Con un leve movimiento, lo animo para que continúe—. Yo no había experimentado esa... *química* con ninguna de las chicas con las que había estado hasta entonces. Tuve que... *probar* con otras.

Mueve hacia mí sus manos sobre la mesa. Deja sus palmas hacia arriba a la espera de unas manos que no llegan.

Si lo toco, podría perder la determinación y no quiero flaquear.

—Ninguna era, *ni es*, como tú. —Baja la mirada y recoge sus manos para ponerlas sobre su regazo—. Nadie ha sido capaz, ni entonces ni después, de despertar las sensaciones que vivo al estar contigo —confiesa cohibido—. Por eso, al final, siempre volvía a ti. —Encoge los hombros tratando de excusarse y, tras soltar el aire que parece comprimirle el pecho, me mira y, con renovada seguridad, dice—: Como ahora y como haré siempre que quieras, porque solo tú logras despertar esa mezcla perfecta de deseo y ternura, de intimidad y entrega, de pasión y... amor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Consigo articular mientras siento cómo las lágrimas se agolpan en mis ojos y lucho por no dejarlas salir.

No voy a ponerme a llorar, no ahora que me está dando las respuestas a todos mis llantos de antaño.

—Solo teníamos... ¿cuántos?, ¿veinte años? Creí que entendías que no era el momento para atarnos, que teníamos que experimentar, que más adelante...

—Más adelante, cuando regresaste, yo tenía un novio como el que mis padres deseaban para mí. Un novio con estudios, de buena familia, correcto y educado, prudente... ante el que tú no hiciste nada —le reprocho dolida.

—Acepté ante Guillermo que había perdido y me retiré.

—¿Perdido? ¿Yo qué era... una especie de trofeo? —pregunto indignada.

—No, María, ¡por Dios! Él me confesó que también te quería. Tú lo habías elegido y se os veía tan bien...

—Genial, se nos veía tan perfectos que debiste de saber que no podía ser verdad. ¿Cómo no lo notaste?

—Dejé de mirar... Me fui para no veros juntos. No me dieron otra beca con prácticas en Londres, le pedí a mi padre que me pagara el resto de los estudios en el extranjero.

—Y ya te quedaste allí, salvo...

—Cuando iba a España de vacaciones.

—Y empezaron tus insinuaciones, tus indirectas y tus comentarios jocosos, acompañados de tu mirada afilada, de tu voz seductora, de alguna caricia envuelta en un tropiezo o un descuido. Una actitud hacia mí que me confundía... al punto que me planteé decirte que me iba contigo cuando me lo propusiste el día de nuestra fiesta de despedida de solteros.

La vivacidad de sus ojos se ha apagado por completo. En este momento, no queda nada de su chispa y, por un instante, me siento mal por remover un pasado que ya no puedo cambiar, un pasado del que yo también soy responsable.

Él no es el culpable de que yo aceptase casarme con Guillermo, ni de que mi matrimonio se haya vuelto gris y aburrido, ni mucho menos de que me haya sido infiel.

A pesar de su aspecto afligido, tengo que seguir.

—Ya me has respondido a la pregunta que te hice la primera noche que nos vimos. Ahora me gustaría que me dijeras, ¿desde cuándo y por qué sospechabas que no estaba aquí por casualidad?

—No he estado seguro hasta que mi hermana me lo ha confirmado. Aun así, como te decía, todo lo que me soltaste en la cena, más el comentario sobre los hijos y tu presencia en Bangkok, se me antojó que coincidía en el tiempo con el reencuentro de mi hermana Paula con Guillermo.

—Siempre tan listo. —Esta vez, la que usa el sarcasmo soy yo.

—Esa noche le escribí a mi hermana preguntándole qué tal estaba Guillermo. Pero no contestó, aunque los tics azules de WhatsApp me hacían ver que lo había leído... Tal vez no lo sabes, pero Paula siempre estuvo enamorada de *su Guille*. —Asiento para que sepa que estoy al tanto.

»Pues, entonces, entenderás su actitud contigo. Si ya no le gustabas cuando le quitaste el puesto de ser nuestra chica al conocerte en la universidad, cuando empezasteis a salir juntos, te

odió. Sufrió mucho... Ambos, en realidad. —Desvía la mirada tras dejar al descubierto sus sentimientos y, ante mi mutismo, continúa con la vista más allá de mí, casi perdida en algún lugar de sus recuerdos.

»Me volqué en consolar a mi hermana, en quitarle importancia, en decirle que no duraríais, que tú no eras para nada su tipo... Y hubo un tiempo en el que, de verdad, lo pensaba y que esperaba que rompierais—. Sus ojos ambarinos vuelven a los míos en busca de una comprensión que, en ese momento, estoy muy lejos de sentir.

»A pesar de ser muy distintos, somos mellizos y ella forma parte de mí. Es mi familia y, aunque sé que tiene numerosos defectos, la quiero y... nos lo contamos *casi* todo. —Encojo las cejas, interrogándole a qué ha venido ese último comentario—. Sabía que se había reencontrado con Guillermo en el aniversario del colegio. Tendría que haber notado que estaba más contenta de lo normal, debería de haberlo intuido, pero la distancia y que comenzamos a tener diferencias por la venta de la casa de la abuela, no me dejaron verlo. Entonces, cuando tú apareciste y ella no me respondió, algo hizo clic en mi cabeza y pensé que estaba relacionado.

—Sé que suena reiterativo, pero ¿por qué demonios no me dijiste nada?

—¡Sí lo hice!

—¿Cuándo?

—¡Cuando te pregunté en el templo del Gran Buda si nos habíamos encontrado por casualidad!

Una risa nerviosa empieza a hacerme convulsionar. No puedo creérmelo. Me mira inquieto ante mi reacción. Él no me conoce enfadada. En el pasado, nunca le reproché ni le exigí nada, solo le daba gustosa todo lo que me pedía, aceptando lo que él quisiera darme, pero esos tiempos han pasado.

—*Piruja*. —Utiliza con suavidad y dulzura ese apodo cariñoso que sabe que me desarma para hacerme regresar de ese estado, para hacerme volver a sus ojos, donde me suplica que lo comprenda—. Me dijiste que solo querías dejarte llevar... Vi la oportunidad de estar juntos. Al principio me daba igual lo que hubiese pasado con

Guillermo y con mi hermana. Tú estabas aquí y me invitabas a estar contigo, a disfrutar de ti. Y... lo haría de nuevo mil veces, mil veces más.

—¿Al principio? —pregunto suspicaz.

Sonríe cansado al ver que no se me ha escapado ese detalle.

—Cuando más cerca estaba de ti, más necesidad tenía de saber si...

Su teléfono empieza a sonar. Ve quién llama y contesta.

—El barco estará listo en diez minutos para llevarnos a Rayong. Después tenemos doscientos kilómetros por delante para seguir hablando, pero ahora tenemos que irnos.

Solo puedo asentir impotente porque, en lugar de finalizar lo que iba a decir, una nueva excusa le da la oportunidad de posponerlo y, otra vez, me quedo sin todas las respuestas.

Se va hacia el interior de la habitación cabizbajo, mientras yo me pierdo un poco más en las vistas de esa villa, del lugar en que hace menos de una hora me he sentido bella, deseada y, ahora sé que amada.

¿Seguirá sintiendo lo mismo por mí cuando le pida lo que quiero?

Capítulo 26

Emilio

—¿Por qué has venido? —En cuanto el coche se pone en marcha hacia Bangkok, le hago la pregunta que necesito que conteste para saber en qué me he dejado enredar.

El tiempo transcurrido entre la salida del hotel y el trayecto en la lancha, en el que ninguno de los dos ha dicho nada, me ha servido para recuperar mi seguridad.

Ante su mutismo, mi exasperación crece al recordar la advertencia de Freddy.

—¿Qué quieres de mí, María?

Tiro del cinturón de seguridad para girarme y sentarme de lado. Busco sus ojos para que me hablen cómo siempre lo han hecho, pero ella está con la mirada perdida en el paisaje.

—No sé por dónde empezar.

—Mírame y cuéntamelo. No te voy a juzgar, ni me voy a enfadar, si has venido para castigar a Guillermo y Paula por tener una aventura y pagarles con la misma moneda.

Logro captar su atención y, cuando consigo leer sus ojos, sé que está molesta.

—¿Eso es lo que crees o es lo que prefieres pensar? —pregunta seria y con cierta indignación.

—Ya no sé qué pensar, ni cómo actuar contigo —contesto frustrado al tiempo que vuelvo a sentarme de manera correcta y, al igual que ella unos instantes antes, pierdo la vista a lo lejos a través de la ventanilla.

Tras unos minutos en silencio, decide responder y lo que oigo sí que me deja sin palabras.

—He venido a que me vendas la casa de tu abuela en Arcos —dice con determinación.

Me giro sin dar crédito a lo que me está diciendo y me encuentro con una María distinta, casi fría, que comienza a explicar:

—Esta aventura de tu hermana y mi marido ha sido un revulsivo en mi vida y me ha hecho plantearme muchas cosas... —Coge aire para mantener la determinación que, con asombro, veo en sus ojos—. Voy a empezar de cero y para escribir mi nueva historia necesito dejar cerrados todos los capítulos de mi vida, y tú eres uno de ellos. Quiero saber qué he significado para ti. Si todas esas señales a lo largo de los años son lo que me he imaginado... Lo que hasta hoy no te has atrevido a decirme —me reprocha.

Bajo la mirada ante su recriminación, porque sé, en lo más profundo de mi ser, que me la merezco. Ante mi falta de respuesta, continúa, decidida y segura.

—Por otro lado, quería demostrarme a mí misma que podía volver a sentirme especial, única, sensual, que aún era capaz de levantar pasiones, y pensé que con quién mejor que contigo. —Busca mis ojos, y no puedo evitar un gesto de sorpresa ante semejante revelación que me deja sin saber qué decir—. Creí que, al buscarte, si surgía algo entre nosotros, podría llenarme de tu vitalidad, de tu forma desenfadada de ver la vida... Que me dieras ese empujoncito de autoestima y chispa que necesito para empezar de nuevo.

Empiezo a negar con la cabeza, atónito y sin dar crédito a lo que me dice. No lo puedo creer. No quiero aceptar que he sido utilizado, especialmente cuando, el día anterior, me imaginaba un posible futuro con ella, cuando creí que por fin era nuestro momento.

No es verdad.

No puede serlo.

Me está castigando. Puede que me lo haya ganado, pero todo lo que hemos vivido desde que llegó, lo que hemos sentido... Todo me dice que no es posible. No, no lo es.

En un segundo, mi mente se pone en modo analítico y cambio de estrategia para no entrar en su juego de reproches ni tener que aceptarlos.

—¿Qué tiene todo eso que ver con la casa de mi abuela?

Procura que no se note, pero aprecio un leve resquicio de asombro ante mi pregunta. Se recompone rápidamente y, con una sonrisa mordaz, dice:

—¿Sabes que la cadena hotelera que quiere comprar la propiedad es para la que trabaja Guillermo?

—¿Qué?

—Veo que tu hermana no te lo cuenta todo. —Sin poder o sin querer evitarlo, en un arrebato de impertinencia nada propio en ella lanza ese comentario que sabe que me va a molestar.

¡Y tanto que lo hace!

—Ese es el motivo por el que se reencontraron Guillermo y Paula —apunta rápida antes de que pueda decir nada—. A las reuniones para las negociaciones que se alargaron porque tú te oponías, se sumó la noche de la celebración del aniversario de su promoción, donde *tu hermana* pudo cumplir la fantasía con su amor platónico.

—¡No la culpes solo a ella! ¡Dos no se acuestan si uno no quiere! —respondo alterado ante una María que no logro reconocer.

—¡Si no la culpo! ¡Si me ha hecho el mayor favor de mi vida! —dice resuelta—. Me ha abierto los ojos y ahora tengo la oportunidad de tomar las riendas, de hacer las cosas con las que soñaba. Decidir, de una maldita vez en mi vida, por mí misma. No movida por ninguna necesidad ni por querer agradar a los demás.

»Buscarte para saber si de veras me quisiste... Que no fue una fantasía de mi cabeza que me ha hecho estar insegura en muchos aspectos de mi vida. Volver a sentirme plena y disfrutar del sexo con un hombre. —Cuando dice *un hombre* y no contigo, algo parecido a la decepción, se clava en mi orgullo—. Además, me brinda la posibilidad, si aceptas venderme la casa, de cumplir *mi* ilusión de montar un pequeño hotel en la sierra de Cádiz.

No me gusta su tono ni los matices, como ese *mi* que hacen que pase al ataque.

—Paula no te la va a vender a ti —comento con seguridad.

—Ella no lo sabrá. La comprará Guillermo y, tras firmar el divorcio, él se quedará con nuestra casa y yo con la propiedad de tu abuela.

—¿Guillermo ha aceptado? —pregunto incrédulo.

—Aún no lo sabe, pero me lo debe. Lo hará. Lo conozco.

—La gente que crees conocer a veces te sorprende —digo con ironía y la miro para que tenga claro que me estoy refiriendo a ella.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —responde resuelta.

—¿Y vas a embarcarte en esa aventura tú sola? ¿Con qué capital? —pregunto con cinismo para tratar de hacerle ver que no tiene posibilidades, que no puede hacerlo sola.

—Heredé los ahorros de mi padre y mi madre quiere vender la casa familiar. Hasta ahora me había resistido, pero como, según ella, esa ya no es mi casa, no tiene sentido conservarla. Ella prefiere estar en la residencia de San Juan de Dios y sé que tiene una plaza esperándola. Allí tiene alguna amiga, el recogimiento que le gusta y la iglesia al otro lado del pasillo. Ese entorno la hará más feliz. Solo espero que ella también se alegre por mí y por el nuevo rumbo que quiero darle a mi vida.

Es hablar de su madre y algo en esa seguridad y frialdad que transmite se resquebraja. Busco sus ojos, pero no me deja verlos. Ha levantado un muro y la siento lejos, distante, fuera de mi alcance.

Es una sensación nueva que jamás había sentido con María, salvo aquella noche antes de su boda, y en un segundo comprendo que es porque estaba decidida, como ahora, y no quiere que pueda persuadirla.

Ya no está dispuesta a dejarse llevar por mí.

—¿Tengo que entender que la motivación principal de nuestro encuentro es que te venda la casa de mi abuela? —pregunto en un tono en el que, por más que lo intento disimular, se refleja de forma clara mi desilusión.

Llevo mi mano hasta su barbilla para subirla y que enfrente mi mirada. Necesito ver en sus ojos que lo único que le importa es una maldita casa, que todo lo que hemos vivido estos días ha sido solo una estrategia para conseguirla. Quiero que me digan que todo lo que me dice es verdad. Siempre he conseguido ver en ellos qué piensa y qué siente. Rara vez no he logrado entenderla a través de la profundidad de ese verde intenso y lleno de matices. Ese par de

faros luminosos donde siempre encontré las respuestas que no me atrevía a preguntar, porque o no sabía cómo hacerlo o no quería conocerla.

Sé que sus ojos no van a mentirme.

A los pocos segundos, agacha la cabeza y suspira. Sonríe triste al entender que no quiere que lo sepa, y estoy a punto de darme por vencido cuando la oigo decir en un hilo de voz:

—No te voy a negar que estos días a tu lado han sido maravillosos, que me he reencontrado y reconciliado con aquel amor que sentía por ti, que posiblemente siga sintiendo y que siempre sentiré...

Se calla y sé que trata de encontrar la forma de decirme algo que le duele y que sé que a mí también me va a hacer daño.

—Pero... —La animo a continuar.

—Necesito empezar sola mi nueva vida. Tengo que hacerlo por mí misma —dice sin un atisbo de duda—. Lo entiendes, ¿verdad? —pregunta.

—Yo ya no entiendo nada —digo molesto y pierdo la vista en el paisaje.

Durante el resto del trayecto, me dedico a repasar los últimos días y lamento haberla dejado entrar de nuevo en mi vida. Sonríe con amargura al pensar cómo se me ocurrió que esta vez sería distinto, cómo creí que tendríamos un futuro, que por fin era nuestro momento.

¡Joder! ¿Cómo me he dejado arrastrar por ella?

Me siento estúpido. Estúpido por sucumbir al deseo que provoca en mí. Estúpido por revelarles mis sentimientos, por contarle todo lo que sufrí por ella, para que ahora me diga que quiere estar sola.

Saco el móvil y le escribo a Freddy. En Londres es algo más tarde del mediodía.

[Cambio de planes, regreso mañana mismo. No preguntes.]

[Ok. Te esperamos en casa.]

Otra vez, mi amigo me tendrá que ayudar a lamerme las heridas.
Me maldigo por no hacerle caso y sé que me lo va a restregar.

Estoy tan cabreado que no me he dado ni cuenta de que ya estamos cruzando Bangkok. En cuanto lleguemos al hotel, María desaparecerá otra vez de mi vida. A pesar de mi enfado, algo se termina de romper dentro de mí porque sé, y ahora más que nunca, que para mí no hay nadie como ella.

Como si esta vez fuese María la que intuye o es capaz de ver mi momento de debilidad, comenta casi en un ruego al darse cuenta de que nuestro tiempo se acaba:

—No nos despedamos así, Emilio. Dime algo, por favor.

Una sonrisa amarga cruza mi cara al ser consciente de los giros que da la vida. Ahora es ella la que no ha sido clara, la que no ha mostrado sus sentimientos, la que ha jugado sin enseñar sus cartas, la que me ha utilizado.

A pesar de ello, sé que, si reapareciera y conociera sus intenciones desde el principio, habría caído gustoso en su trampa una y otra vez.

Será el jodido karma que ha hecho que esta vez me toque a mí.

Estamos entrando en el hotel e insiste.

—¿No vas a decir nada?

Me giro justo cuando el motor se apaga y el chofer sale para abrirnos la puerta.

—Además del *empujoncito* que creo que le he dado a tu autoestima —digo lo más neutro posible para que no vea la turbación que me ha provocado y la lucha interna que mantengo para no besarla—, te venderé la casa de mi abuela. Tú podrás hacer realidad el sueño que una vez compartimos y que ahora sientes solo como *tuyo*. Será algo así como una compensación por el posible daño que te ha causado mi falta de claridad a la hora de exponer mis sentimientos. Mañana, antes de irte, pásate por mi despacho y ultimaremos los detalles.

Salgo del coche, cojo mi maleta, me despido del conductor y me marchó sin mirar a atrás.

No puedo volver a verla. Duele demasiado.

Capítulo 27

María

¿Debo ir tras él? ¿Vamos a terminar nuestro reencuentro de este modo? ¿No tengo ya lo que he ido a buscar y lo que necesito para empezar de cero? ¿Cómo puedo estar triste y, a la vez, satisfecha e incluso orgullosa de mí misma?

Todas esas preguntas me mantienen paralizada dentro del coche.

La forma en la que me ha mirado, como si no me conociera, y el desconcierto que ha experimentado Emilio al comportarme de una manera tan diferente a lo que se esperaba de mí, me tienen abrumada y luchando con mis contradicciones.

Por un lado, me da miedo dejar atrás a la María de siempre, la que se comporta de forma correcta y previsible, la que conozco y sé cómo actúa, la que habría salido corriendo tras él.

Por otro, he de reconocer que me ha gustado llevar el peso de la conversación y he disfrutado al sorprenderlo con mi determinación. Me he sentido fuerte y poderosa. Incluso, a pesar de que algo parecido a los remordimientos me impiden sentirme pletórica, estoy satisfecha de mi actuación y eso ya es mucho para la nueva María.

Aún me cuesta creer que haya pensado aprovechar el desliz de mi marido para pedirle el divorcio; ese que hace tiempo tendría que haber propuesto, pero que fui incapaz de plantear y que, en cuanto hable con él, comenzaré a tramitar. Mucho menos asimilar que vaya a ser capaz de utilizar el arrepentimiento de Guillermo y su cargo de conciencia para manipularlo y hacer que Paula le venda la casa.

De ninguna manera, la María que he sido se habría dejado llevar por aquella idea que vislumbré en visita a Ayutthaya. En aquel momento de calma, aceptación y renovación, una especie de ensoñación me mostró cómo podía ser mi futuro y el plan que me conduciría hasta él.

A pesar de todo lo que implica, quiero entender que es una especie de justicia divina. Tengo derecho a hacerlo. Me lo merezco y voy a luchar para conseguir mi sueño sin importar que haya quien no lo entienda, quien, incluso, piense que es algo que se parece bastante a una venganza. Nada me va a detener porque yo sé que no es así.

Menos después de dejar que Emilio se haya ido de este coche, del que sigo sin poder salir, porque su aroma y su calor aún perduran en su interior.

Me duele el sacrificio autoinfligido y lamento el daño que acabo de causarle. Un daño que me he hecho a mí misma, porque él es y será siempre el amor de mi vida. Sin embargo, he comprendido que es un mal necesario para que yo empiece de nuevo, para que, de una vez por todas, me anteponga a mí, a mis deseos, a mis sueños... por encima de los de los demás.



Los nervios, diferentes a los del primer día que llegué al Mandarin Oriental, me acompañan camino de su despacho.

Parece que ha pasado un siglo desde que llegué, por todo lo que ha pasado y por cómo me siento. La inquietud que tengo instalada en el estómago tiene más que ver con el miedo a que haya cambiado de opinión que con cómo voy a reaccionar ante su presencia.

Tengo preparada mi explicación, toda la noche sin dormir me ha ayudado a ello. Estoy segura de que, si me da la oportunidad, si me escucha, me entenderá.

Comprenderá que haber crecido con la presión de mi familia por cumplir con unos estándares y valores muy estrictos me llevó a dudar de mí misma, a no ser capaz de tomar mis propias decisiones. Que él, con su marcha, me dejó atrapada en los *deberías* en lugar de darme alas y fuerzas para cumplir mis deseos. Que, cansada de

esa vida, por fin me he dado cuenta de que ha llegado el momento de encontrar mi propia voz e identidad, de saber quién soy.

Con la esperanza de que me perdone cuando le comparta cómo me siento, solo temo que se haya arrepentido y no vaya a participar en mi plan. Que no esté dispuesto a engañar a su hermana y hacerle creer que acepta que la empresa inversora, para la que trabaja Guillermo y para la que compra propiedades como administrador, se quede con la casa de su abuela. O, peor aún, que se lo haya contado todo a Paula y mi plan termine antes de empezar.

Como he pasado antes por recepción para que avisen al director de que quiero ir a despedirme, golpeo con los nudillos la puerta y abro.

Me quedo pegada al suelo, sin ser capaz de dar un paso, al ver que no reconozco a la persona que está sentada detrás de su mesa. En cuanto advierte mi presencia, se levanta y comienza a hablar.

—Buenos días, señora Pérez. El señor López de Soto me ha informado de su visita y su marcha —dice en un perfecto inglés británico—. Me ha dejado esto para usted. —Coge un sobre grande y me lo acerca. Lo sostengo entre mis manos y, para mi sorpresa, pesa mucho más de lo que imaginaba—. Espero que haya disfrutado de la estancia y que su agencia recomiende a sus clientes que nos visiten. Si necesita cualquier cosa en el futuro, no dude en ponerse en contacto conmigo. —Me da una de sus tarjetas de visita y yo, sin pensarlo, cojo una de las mías del bolso y correspondo con el mismo gesto.

—Ha sido un placer —respondo con una sonrisa forzada—. No dude que lo recomendaremos encarecidamente. Ahora debo marcharme al aeropuerto para tomar mi vuelo a Chiang Mai.

—Por supuesto, no la entretengo. Que disfrute del resto de su viaje a Tailandia.



Cuando salgo del hotel, el peso del sobre, que no me he atrevido a abrir y que he dejado en mi bolso, me parece una losa que debo soportar por haber sido una mala persona.

La decepción de no verlo para tener la oportunidad de hacerle ver por lo que he pasado, de explicarle que este es mi momento, me llena de frustración de tal modo que no quiero saber qué hay dentro.

Necesito que entienda cómo me siento. Que comprenda que jamás he hecho nada por y para mí misma, que siempre he actuado como los demás esperaban de mí, y para una vez que me atrevo, él, la persona más audaz, espontánea e impulsiva que conozco, no solo no me entiende, sino que desaparece.

Furiosa por su huida, marco su número desde el taxi que me lleva al aeropuerto para enfrentar un viaje que ya no me apetece nada, pero que tengo que terminar; una cosa es empezar a anteponer mis deseos a los de los demás y otra muy diferente es no hacer bien mi trabajo.

[El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura].

Insisto, pero el mensaje es el mismo durante las siguientes horas antes de embarcar. Una vez instalada en mi asiento y antes de despegar, pongo el teléfono en modo avión y cojo el sobre que me quema en el bolso.

En cuanto lo abro y veo lo que guarda en su interior, entiendo el porqué de su peso. Las lágrimas, esas que pensé que no derramaría porque estoy haciendo lo correcto, mojan mi cara y caen sobre la nota que está adjunta.

*Te deseo lo mejor.
Me ha costado toda la noche,
pero he comprendido que no necesito entender por qué lo
haces.
Lo acepto como acepto todo de ti,
porque, aunque nunca te lo he dicho como mereces,
ni jamás te lo haya escrito,
te he querido, Piruja.*

*Tuyo,
Emilio*

P.D.: Disfruta de nuestro sueño por los dos.

SEGUNDA PARTE

**ARCOS DE LA
FRONTERA**

Capítulo 28

María

Un año después

—¡Qué pena más grande no ver a los obreros de acá para allá! ¿Seguro que ya está todo, Mary?

—Seguro, Lola. Además, tienes los teléfonos de la mayoría, y a más de uno te lo encuentras en el bar por las noches.

—Pero no es lo mismo. Este sitio ha perdido parte de su encanto al no tenerlos pululando por aquí para alegrarme la vista.

Ocasiones como esa hacen que me plantee si fue un acierto pedirle a mi amiga que viniera conmigo a Arcos de la Frontera.

Tras mi vuelta y una vez que todo estuvo arreglado, el verano se echó encima y aprovechó sus vacaciones para acompañarme. Lo que en principio iban a ser unas semanas se convirtieron en meses cuando su jefa aceptó que teletrabajase desde allí.

No podía negar que su compañía y, más tarde, su ayuda ante los numerosos problemas a los que tuve que hacer frente, fueron imprescindibles para que las obras del hotel estuvieran terminadas. También que, sin su presencia, no habría superado aquella aventura, pero su descaro y desparpajo a veces me desconcertaban.

No es que hubiese cambiado, siempre había sido así, pero desde mi regreso de Bangkok, su forma de ser y de ver la vida suelen traer a mi memoria a Emilio, a quien no he sido capaz de sacar de mi cabeza a pesar del paso de los meses.

Tras nuestra fría despedida, intenté hablar con él varias veces sin éxito. Su teléfono, aquel que aparecía en la tarjeta de director del hotel, siempre estaba apagado. A los pocos días imaginé que formaba parte de su tapadera empresarial, cuando el mensaje *El número marcado no existe* me dio a entender que no me había dado su teléfono personal.

Al recorrer el norte de Tailandia siguiendo las habituales rutas turísticas, creí verlo en alguno de los rostros occidentales que

encontré. En más de una ocasión, mi corazón dio un vuelco al pensar que había ido a buscarme, pero solo fueron espejismos del deseo que tenía de explicarle mejor el porqué de mi decisión.

Una vez en España, con todo a lo que tuve que enfrentarme, dejé de repasar y cuestionarme parte de lo que le hice y le dije a Emilio en aquellos días. Los trámites del divorcio con Guillermo, los reproches de mi madre y poner en marcha todo el plan me dejaron exhausta y, aunque no dejé de pensar en él, estaba demasiado ocupada y cansada para dedicarme a seguir analizando el pasado. Lo importante en ese momento fue no flaquear, no perder mi determinación y luchar por mi futuro.

Pero ahora, con el hotel finalizado y a punto de ponerlo en marcha, y con la loca de Lola a mi lado, que tantas veces me lo recuerda, las dudas sobre cómo me comporté con Emilio me asaltan de nuevo.

No saber si se sintió manipulado. Si lamentaba haberme declarado, al fin, sus sentimientos. Si llegó a pensar que todo fue una estrategia para conseguir mis fines: la casa de su abuela. Esas y otras preguntas que me acompañaron el resto del viaje por Tailandia me persiguen otra vez sin descanso.

A pesar de su regalo, porque el contenido de aquel sobre lo era, y de la nota de despedida, no puedo olvidar la última expresión de su cara.

La unión de asombro, enfado y dolor que le contrajeron su rostro, que afilaron su mirada e hicieron que su voz, dulce o divertida según la ocasión, sonara distante y fría antes de salir de aquel coche, me asalta con frecuencia.

Su nota, que en un primer momento me reconfortó, con el paso del tiempo me genera una montaña rusa emocional donde la tristeza, la confusión, el amor y la culpa se entrelazan. Aquellas letras, a las que volvía en más ocasiones de las que me gustaría admitir, eran y son insuficientes. No sé qué pensó o sintió.

Aquel viaje me liberó de la duda de saber si me quiso. Ahora desconozco si me guarda rencor o, peor aún, tal vez me odia por lo que le hice.

—Mary, ¿ya te has vuelto a ir? —pregunta Lola para hacerme regresar a la realidad. A aquella realidad que he conseguido por mí misma.

—Estaba pensando que... ahora toca encargarnos del tema del personal. La licencia ya está tramitada. —Llevo la vista a los papeles que están sobre la mesa.

—¿Sigues obstinada en llevarlo tú? ¿Por qué no le das la gestión a alguna cadena? Puedes pedirles como condición que te contraten y seguirías aquí, pero sin toda la responsabilidad que conlleva, cobrando un sueldo y una renta por el edificio.

—Tú vas a conseguir que se llene, y si no, siempre está Booking.

—Estás loca, ¿lo sabías?

—Sí, pero tú lo estás más —respondo divertida.

No puedo negar que, a pesar de todo, soy una afortunada por tenerla a mi lado. Ha dejado la ciudad para acompañarme a un recóndito pueblo blanco de la Sierra de Cádiz. Es precioso y está lleno de encanto gracias a su majestuosa peña con vistas a la vega del Guadalete, su embalse, sus restos históricos, sus pintorescos rincones, sus plazuelas y estrechas callejas, pero no deja de ser un pueblo de treinta mil habitantes por mucho turismo que tenga.

—Ya conseguiste que admitiera a una empresa inversora como socio capitalista, ahora no voy a dejar que otros gestionen mi hotel.

—No te quedó más remedio, te comían los gastos. Solo espero equivocarme al aconsejarte que dejes que una cadena hotelera con experiencia y mayor soporte se encargue de todo. Mereces disfrutar de esta experiencia y no dejarte los años buenos que te quedan entre estas paredes, por más que nos hayan quedado ideales.

—Ha quedado bien bonito. —Desde el patio donde estamos sentadas, levanto la vista y miro la casa con orgullo.

Una vez restaurada, manteniendo todos los detalles que la hacen tradicional y auténtica, ha adquirido una pátina de lujo sencillo, ideal para un turismo tranquilo y de calidad. Habitaciones espaciales, luminosas y decoradas con mimo se reparten por las tres plantas de la casa. Terrazas y patios ofrecen momentos para el relax, degustar las propuestas gastronómicas del chef —aún tengo que elegirlo— o refrescarse en la alberca encalada. Allí, el murmullo del agua se

mezcla con el canto de los pájaros y el suave zumbido de las chicharras crean un ambiente de sosiego inigualable.

—Puedes estar más que orgullosa de lo que has hecho aquí. Por eso te digo, después de los meses que llevas dejándote la piel, ¿no sería mejor ceder la gestión a manos de otros y dedicarte a vivir la vida, Mary?

—Esto —digo sin dejar de sonreír— es mi vida ahora. La que yo he elegido y por la que he pagado un alto precio.

Al pensar en ello, me desanimo unos segundos al acariciar su regalo junto a la pila de papeles. Consigo recomponerme al instante y trato de recuperar la expresión de satisfacción en mi rostro.

—Si no vas a ceder la gestión, ¿esperarás a que aparezca alguien de la empresa inversora para empezar con las entrevistas de trabajo? —pregunta Lola rápida, a la que no se le ha escapado la melancolía en mi gesto para no ahondar en algo que ya no tiene solución y que sabe que me duele.

—Les he escrito desde que todo empezó. He enviado fotos, facturas, el final de obra, la solicitud de la licencia de apertura... Tenemos muy buena comunicación por *e-mail*, pero sigo sin fecha para saber cuándo aparecerá alguien, si es que aparece.

—¿Qué te dice Paco?

—Que no me preocupe, que ellos han hecho su parte, que ahora lo que tengo que hacer es empezar a facturar y abonarles el porcentaje estipulado.

—¿Y sabe ya cuándo estará la licencia de apertura?

—Dice que pronto. La ha solicitado ya, por eso la urgencia de buscar personal.

—Tendremos que ponernos manos a la obra. Esta noche diré en el bar qué necesitas: camareras de habitación, gente para recepción, alguien de mantenimiento, personal para la cocina..., tal vez un mozo...

Mientras va nombrando, en mi mente aparecen las nóminas y los seguros sociales de todas esas personas. De repente, la idea de dar el hotel en gestión aparece en mi cabeza como un luminoso que me llama.

—Espera, espera —reacciono y descarto la idea de un plumazo—. Son solo 15 habitaciones. Yo estaré en la recepción...

—Pero ¿no vas a ser la directora?

—Podré hacer ambas cosas, al igual que espero contratar a personal polivalente que esté para poner unas cervezas en la terraza, subir las maletas a las habitaciones o aparcar un coche.

—No sé yo...

—Mi idea es contratar a gente a partir de la cincuentena. Esa generación es menos remilgada y más resolutiva.

—No estoy de acuerdo. Hay gente joven estupenda, muy preparada, con idiomas y con conocimientos que serán imprescindibles para atender a un público selecto.

—A ver quién responde a la oferta de empleo y ya se irá viendo —replico algo contrariada.

No dice nada, ni falta que hace. Su mirada con las cejas alzadas y el mohín de sus labios contraídos me recuerda, sin palabras, lo que me ha aconsejado hace escasos minutos: «cede la gestión».

Me quedo en silencio pensativa.

¿En serio me estoy planteando la posibilidad de rentar el proyecto por el que tanto he trabajado y por el que he perdido la oportunidad de recuperar al amor de mi vida? ¿No tendrá razón Lola y con esos ingresos puedo vivir sin preocupaciones e, incluso, tratar de ir a buscarlo?

A pesar de que queda poco para que mi sueño se convierta en una realidad, siento que falta una pieza clave para que esté completo. Una que he alejado para demostrarme a mí misma de lo que soy capaz. Una que está presente y que me ha acompañado en todo el proyecto a través de su regalo.

Ahora, al levantarme y cogerlo de entre los papeles, me quema entre las manos. De todos los sentimientos que me atraviesan por el peso de las decisiones tomadas, esta vez, la culpa asoma con más fuerza.

Capítulo 29

Emilio

—¿Estás seguro? —me pregunta Freddy de nuevo con la pluma sobre el formulario de disolución.

—¡No me lo puedo creer! Para montar la empresa no me preguntaste tanto. ¡Firma de una vez!

—Le cuesta desprenderse de cualquier cosa. Creo que por eso no me ha dejado. —Mia me guiña el ojo y su marido niega con la cabeza contrariado.

—No te deja porque no va a encontrar a nadie que lo aguante —digo siguiéndole el juego.

Ella y yo reímos mientras, tras firmar, Freddy lanza la pluma sobre su escritorio de mala gana.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —me advierte Freddy por enésima vez.

La letanía que no ha dejado de repetirme desde que le propuse que me comprara mis acciones de la empresa ya no me causa intranquilidad.

Estoy seguro de que tengo que cambiar de vida. Si de algo me sirvió el reencuentro con María, fue para darme cuenta de que me apetecía hacer algo diferente. Cuando me planteé tener un futuro con ella, la idea de estabilidad, de no seguir de aquí para allá, saltando de país en país y de empresa en empresa, fingiendo ser alguien que no era, me sedujo. Sentí que era el momento de encontrar un lugar que fuese mío, en vez de tener mis escasas pertenencias almacenadas en casa de mis mejores amigos y mi moto viajando en contenedores a través de los mares y océanos de medio mundo.

—Sé lo que hago, Freddy, al igual que sé que Mia va a ser una sustituta perfecta. Incluso mejor que yo.

—Eso tendrá que ser temporal, no me apetece que mi mujer esté meses fuera de casa —dice Freddy.

—¿Perdona? —Mia se acerca a su marido, desafiante.

—Te voy a echar demasiado de menos, no solemos separarnos.

Oculto una risa por la rapidez de mi amigo, ante lo que ella, no muy convencida con la excusa, contraataca.

—Han pasado meses desde que Emi te dijo que quería dejar el negocio. Ha seguido en la empresa hasta completar los compromisos que habíais adquirido. Tiempo más que suficiente para que encontraras a alguien, pero tú...

—¡No creí que lo hiciera! —confiesa sin dejarla terminar.

—Esto iba a pasar tarde o temprano —continúa Mia—. Te dije en innumerables ocasiones que esta situación no sería para siempre, que lo dejaría por amor, por salud, por cansancio... Esa no es vida.

—¿Y la quieres para ti? —pregunta Freddy sin entender nada.

—¡Claro que no!

Ambos miramos a Mia confundidos.

—¡Qué torpes sois! Era la única solución que vi para que te pusieras las pilas en encontrar a alguien y para que tú, querido —Mia se acerca y coloca una mano sobre mi pecho —, tengas la oportunidad de rehacer tu vida.

La miro y en sus ojos veo el deseo sincero de que sea feliz. Con ese simple gesto, siento su apoyo. Un apoyo que me ha transmitido a través de las numerosas conversaciones que hemos tenido desde mi vuelta de Bangkok. Un soporte muy distinto al que encontré en mi amigo.

Freddy pensó que la idea del cambio de vida estaba motivada por el despecho tras la nueva decepción con María. Creyó que se me pasaría cargándome de trabajo para mantener la cabeza ocupada, como acababa de confesar.

Sin embargo, Mia entendió mi necesidad y me ayudó no solo a ordenar mis ideas, sino también a comprender y valorar las de María.

La estrecho entre mis brazos y dejo un dulce beso sobre su cabeza. No deja de sorprenderme cómo esa mujer tan menuda y bajita, con ese pelo rubio y esa carita cándida, es tan sabia y tiene tanta fuerza.

—Gracias —susurro.

—Ayúdame a encontrarte sustituto antes de marcharte —me pide Freddy.

—Te pasé una lista con varios candidatos, los únicos que en estos años fueron capaces de saber en realidad quién era y qué hacía en sus empresas. ¿Ninguno te convenció?

Mi amigo guarda silencio. Se gira y contempla el jardín de su casa.

—No los ha llamado —responde Mia con seguridad—. ¿A qué no?

Observo cómo su espalda se eleva con cada respiración y, de pronto, lo comprendo: le está costando romper el vínculo que hemos compartido durante más de veinte años. No quiere que me aleje. No es la empresa lo que le importa, soy yo. Somos nosotros.

Miro a Mia. Sin decir nada, me sonrío y sale del despacho.

Joder, ilos voy a echar mucho de menos!

—Esto no va a cambiar nuestra amistad. —Me acerco y coloco una mano sobre su hombro—. Nos llamaremos todos los días, vendré de vez en cuando...

—Hasta que estés enfrascado en un nuevo proyecto que te consume los días y dejes de hacerlo. —Con un leve movimiento, se deshace de mi contacto.

—Eso no va a pasar.

—Los dos sabemos que esta idea de *buscar tu lugar en el mundo* no te va a durar... ni dos semanas. En cuanto te vayas a no sé dónde, porque, salvo que no me lo quieras decir, creo que aún no has decidido el destino, y pasen los días, vas a echar de menos tu trabajo. Nos gusta la acción, la adrenalina, ganar en los negocios. A ti más que a mí.

—Quiero probar otra vida.

—¿Qué demonios vas a hacer? ¿Ver pasar los días gastándote el dinero que he pagado por tus acciones?

Mia me lo había advertido, pero no lo creí posible. Como bien vaticinó, piensa que lo abandono y su forma de oponerse es atacarme.

Me pongo frente a él. Hasta que no consigo captar su mirada, no comienzo a hablar.

—A ninguno de los dos nos han enseñado a decir lo que sentimos. Más bien, nos han educado para lo contrario. —Asiente—. Eres más que un amigo, un hermano. Uno mejor que aquel que perdí —digo pensando en Guillermo—. Uno que, por nada en el mundo, dejaré de querer tener a mi lado.

—Entonces, ¿por qué te vas? ¿No puedes comprar una casa en Londres si buscas tu sitio? ¿Ayudarme en mi parte de la empresa y seleccionar tú a quién haga lo que hacías para dejar de viajar? ¿Salir por aquí a encontrar una mujer con la que empezar esa nueva vida?

—Lo que quiero no está aquí.

—Es por ella... Por María. No me lo dices, pero sé que quieres ir a buscarla.

No respondo. No va a entender mis razones.

—Ella te hizo daño y... ¿la eliges antes que a mí?

—Ahora no lo entiendes, amigo, pero lo harás. Mia te ayudará.

Deseo darle un abrazo de despedida, ese que nunca nos hemos permitido darnos, pero no es el momento. Agacho la cabeza, triste, y camino hacia la puerta. Cuando voy a abrirla, lo escucho decir:

—¿Qué es lo que no entiendo, Emi?

—Que a quien elijo es... a mí.

Capítulo 30

María

—¿Ya está todo, Paco?

—Por el momento, sí. Ahora solo te queda preparar la inauguración y dar el pistoletazo de salida.

—Voy a organizarlo para cuando regrese Lola.

—¿Cuándo vuelve? Se la echa de menos.

—En unos días, ha tenido que ir a la ciudad por temas de trabajo.

—Espero que no nos deje, se ha convertido en alguien muy querido por todos los paisanos.

—La verdad es que se hace querer... Aunque creo que por algunos más que por otros —digo con cierta picardía refiriéndome a él.

Azorado, desvía la mirada y comienza a ordenar los papeles desperdigados sobre la mesa. Aunque intenta hacer algo para evitar el sofoco, empieza a ponerse rojo como un tomate y me siento un poco mal por insinuarle lo evidente que es el encandilamiento que tiene mi gestor por mi amiga.

Desde que llegué, Paco me ha ayudado en todo. Es abogado y su gestoría me asesoró desde el instante en que fui a ver la casa por primera vez. A partir de ese momento, y pese a ser el enlace para realizar los trámites indicados por Emilio, su franqueza y su personalidad transparente y sencilla, me hicieron confiar en su asesoramiento a cada paso que fui dando. El conocimiento que poseía en el manejo de los tiempos y las empresas de su pueblo, además de una asombrosa capacidad de trabajo, resultaron ser imprescindibles para que este proyecto se hiciera realidad.

Junto a Lola, Paco ha sido un apoyo inestimable. Gran parte de que el negocio esté a punto de abrir se debe a él.

—Gracias por todo, Paco. Sin ti, esto no habría sido posible. —
Estrecho una de sus manos, que descansa sobre el montón de

contratos de trabajo firmados.

—Ha sido una experiencia estimulante y muy gratificante. Además, no me las des aún, que nos queda empezar a ganar dinero.

—Con que me dé para pagar todos los gastos y tener un sueldo decente, me conformo. Vivir aquí ya es un regalo.

—Pensé que te quedarías con la *suite*, que la adaptarías para ti.
—Mira hacia el torreón de la casa.

—Siempre estoy a tiempo de cambiar de opinión, aunque me gusta mi casita de alquiler y vivir con Lola. En el torreón estaríamos muy estrechas.

—Se irá. Tarde o temprano, se marchará. Cuando vea por sí misma que todo te va bien, se quedará tranquila y podrá hacerlo.

—¿Es lo que piensas o te lo ha dicho ella?

—Es una intuición.

No se me ha pasado por la cabeza que Lola esté aquí solo por mí. Se la ve feliz, tanto que no pierde ocasión de decirle a todo el mundo que está encantada con la vida de pueblo.

En cuanto aterrizamos en Arcos, se dio a conocer. Su desparpajo y su facilidad para hablar hasta con las piedras revolucionaron a los vecinos, que vieron en ella un soplo de aire fresco. Al poco tiempo de nuestra llegada, ya se conocía el nombre de casi todo el mundo. Frecuentaba las tiendas, los bares y el mercado como una vecina más, y alguna vez comentó que la cercanía y el contacto con los arcenses la llenaban de tal forma que no añoraba para nada la ciudad.

—No creo que se vaya, Paco. Al menos, de momento. Puede que viniera por mí, pero ahora está porque esto le gusta: el pueblo, su gente... Algunos, más que otros. —Le guiño un ojo con una media sonrisa y se vuelve a sonrojar.

No es un secreto para mí que mi amiga se muere de ganas por *darle un repaso*, como ella diría, a mi abogado. A pesar de ser un torbellino y que no suele cortarse cuando alguien le gusta, al estar en un entorno tan pequeño y familiar, y más a punto de abrir un negocio, me comentó que era arriesgado y prefería no meter la pata. Pero ahora, a punto de abrir, recuerdo sus palabras: «Cuando el

hotel esté en funcionamiento, me lanzo a por él. Ese no se me escapa».

Tengo la tentación de hacerle saber a Paco que ese nerviosismo que siente por ella es mutuo, pero no me parece oportuno.

Si tiene que darse, se dará.

He aprendido que las cosas tienen su tiempo, que no hay que forzarlas. Aunque al final yo no lo hiciera, a veces me asalta la duda de qué habría pasado si me hubiese dejado llevar.

¿Y si, en lugar de decirle en el coche a Emilio que quería la casa de su abuela, hubiese retomado la conversación donde la dejamos cuando nos avisaron de que el barco estaba listo para llevarnos de vuelta a la realidad? ¿Y si hubiera sabido qué quería él o simplemente hubiera seguido a su lado para ver qué nos deparaba el destino?

Sin dudar, me veo dándole un consejo que no apliqué para mí misma.

—Pienso que lo mejor para todos es dejarnos llevar, el tiempo nos dirá.

—Tal vez... De momento, voy a dar de alta estos contratos en la Seguridad Social. Con estos asuntos, es mejor cumplir con todas las normas, no vaya a ser que nos multen.

—Estupendo, te avisaré con el día de la inauguración.

—Informa también al inversor, María.

—Lo haré, aunque para lo que le importamos...

—Todo suma, recuerda. No hay negocio pequeño o grande, lo hay bueno o malo, rentable o ruinoso. Ahí está el *quid* de la cuestión en las inversiones.

—Pues esperemos que este sea uno de los buenos.

—Lo será. Tú solo déjate llevar. —Y esta vez es él quien me guiña un ojo con una misteriosa sonrisa antes de marcharse.

Capítulo 31

Emilio

La sensación de estar fuera de lugar es lo primero que me asalta en cuanto bajo del taxi. No sé qué esperaba, pero no era esto. A pesar de que las calles siguen iguales, de que el edificio que tengo ante mí es tal y como lo recordaba, me siento extraño, ajeno a todo lo que me rodea.

El que ha cambiado soy yo, reconozco sobrecogido.

Desde que salí de Londres sin lograr que Freddy aprobara mi marcha —confío en que Mia lo haga entrar en razón—, no he dejado de sentirme extranjero en mi propio país.

Jamás, en ninguno de los destinos donde tuve que vivir por mi trabajo, he experimentado nada igual. Tal vez porque allá donde viajaba sabía que era temporal, que era motivado por los intereses de la empresa, no como ahora, que lo hago para buscar mi sitio, para saber por dónde comenzar mi nuevo destino.

Demasiados años fuera hacen que me vea como un extraño en lugar de notar que regreso al lugar donde pertenezco.

¿Y si me he equivocado?

¿Y si Freddy tenía razón al decirme que comenzara esa nueva vida en Londres? La ciudad que me acogió, la que me ofreció la posibilidad de desarrollarme profesional y personalmente, y la que he dejado pensando que no era mi lugar.

Pero ¿y si sí lo era?

Entonces, la veo. Un brillo especial la acompaña. No sé identificar qué es, pero está distinta y lo que sea le sienta de maravilla. Sonríe contento por primera vez desde que he llegado. Tal vez no será mi destino definitivo; sin embargo, sé que tengo que pasar por aquí, por ella, antes de poner un punto y seguido a mi vida.

Capítulo 32

María

—¡Mary, por Dios! ¿Cuándo ha llegado? —me acorrala Lola en cuanto entro.

—¿Qué?!

—¿Cómo has conseguido que venga?

—¿Quién?!

—¡Qué barbaridad de hombre!

—¡Lola!! —grito, presa de los nervios y de la excitación que me está contagiando mi amiga—. Céntrate y dime de quién estás hablando.

—¡El chef! Acabo de salir de la cocina y no me lo podía creer. ¿Qué hace Rubén Grande en tu hotel?

—¡Ah, Rubén! —suspiro y dejo salir todo el aire que he contenido—. Ha sido cosa de Paco. Es cliente de un primo suyo en Vejer, gestor como él, y ha conseguido que venga a elaborar la carta. Le dará mucho prestigio al hotel que nuestro menú haya sido elaborado por un cocinero estrella Michelin.

Frunce el ceño y comienza a escrutarme con la mirada.

—¿A quién pensabas que me refería? —pregunta divertida.

—A nadie.

—María, que nos conocemos.

—Te he dicho que a nadie.

—No te lo crees ni tú —me contesta entre risas—. ¿Y si apareciera? ¿No te gustaría?

—No, no... No estoy lista, y menos con todo lo que tengo encima.

—¿Y más adelante? —Niego enérgica—. A mí no me puedes engañar... En algún momento tendrás que...

—Dejémoslo estar —la corto—. Hoy es la inauguración y ya estoy suficientemente nerviosa como para aguantar...

—¿Mis verdades? —me interrumpe irónica.

—Hoy no, ¿de acuerdo?

—Vale, pero hazme un favor: ¡relájate!

—Lo intento, de verdad que lo intento.

—Bueno, te dejo tranquila y aprovecho para ver si puedo echar una mano en la cocina.

No puedo más que empezar a reír al verla subir y bajar las cejas mientras se muerde el labio inferior con cara de pilla, antes de poner rumbo a la cocina dando saltitos de alegría. Para relajarme, me centro en pensar en el chef.

Ha sido una suerte que un cocinero de la talla de Rubén, ahora afincado en otro de los pueblos más turísticos de Cádiz, Vejer de la Frontera, haya accedido a trabajar con nuestro jefe de cocina para elaborar los platos de nuestro restaurante.

En su día fue un personaje mediático —intervino en programas de televisión, hizo colaboraciones en *realities* como jurado y es autor de varios libros de cocina— que, al igual que yo, ha encontrado lo que buscaba en uno de los tantos rincones maravillosos de Andalucía.

Que la carta sea un éxito es fundamental en el plan de negocio. La idea es que se cubran todos los gastos con las habitaciones y lograr que el restaurante sea el que me dé los beneficios.

Situado en la antigua bodega adyacente a la casa, hoy reconvertida en hotel, tendrá una entrada independiente para dar servicio a clientes que no sean necesariamente huéspedes. Los altos techos han permitido colocar la cocina en una especie de entreplanta que dará servicio al comedor y a la terraza de la azotea. De ese modo, tenemos cubiertas todas las épocas del año y, además, nos permitirá organizar pequeños eventos, como la fiesta de esta noche.

¡Qué listo! ¿Cómo pudo preverlo todo?, me pregunto pensando en Emilio, ya que lo he hecho todo como él lo imaginó.

He seguido al pie de la letra todo lo que planificó aquel verano, y que con precisión dejó registrado a lo largo de los años en este cuaderno del que no consigo separarme y al que acaricio como si fuera él.

Suelo revivir la emoción al descubrirlo dentro de aquel sobre. Allí, en su interior, junto a las instrucciones para la compra —donde me decía que no era necesaria la intervención de Guillermo y me adjuntaba la tarjeta de visita de Paco— y aquella nota de despedida —en la que solo aceptaba mi decisión, no decía que la comprendiese, y en la que dejó por escrito que me había querido *en pasado*—, estaba su cuaderno, el regalo que se ha convertido en mi compañero de viaje y que me mantiene unida a Emilio.

Sobre una de las cómodas sillas del patio contemplo cómo el sol, de esa mañana de abril, comienza a reflejarse sobre las paredes blancas de nuestro hotel. *Nuestro...* porque, aun sin estar a mi lado, lo encuentro en todas y cada una de las esquinas, en los detalles que me recuerdan que han servido de inspiración con sus notas e ideas para convertir la casa de su abuela en lo que es ahora.

Me cuesta creer que todo esté listo, que lo haya logrado. Si bien será un reto enorme comenzar la andadura de esta aventura empresarial, más aún con un lleno total debido a la Semana Santa.

Pensé dejar la inauguración para después de esa fecha. Quería hacer el rodaje de forma progresiva, pero entre los consejos de Lola, que opinaba que era mejor quitar la tirita de golpe, y los de Paco, que me advirtió de que no era buena idea renunciar a la semana de mayores ingresos del año, aquí estoy, lista para la apertura y para empezar con una facturación que me dará aire para afrontar los primeros meses.

En unas horas, mis amigos y vecinos, además de las autoridades municipales y el cura, vendrán a acompañarme para que mi sueño comience a rodar.

Las perspectivas son buenas en cuanto a las reservas, el personal parece dispuesto, el entorno y la calidad de nuestras instalaciones son más que idóneas, si a todo ello le sumamos que yo daré lo mejor de mí, será todo un éxito.

Un éxito para disfrutarlo y vivirlo con una plenitud que no logro sentir por completo.

En los breves segundos en los que imaginé que Lola se estaba refiriendo a Emilio en lugar de a Rubén, y al no ser capaz de responder a sus insinuaciones, he sido consciente de la intensidad emocional que aún me provoca.

Una cosa es pensar en él, cuestionarme sobre cómo hice las cosas, seguir las indicaciones de su cuaderno e incluso fantasear con contárselo. Otra muy diferente, como acabo de confirmar, sería tenerlo frente a frente.

Está claro que no estoy preparada para verlo, aunque lo necesite para acallar todas mis dudas y darle las gracias por hacer posible mi sueño. Ese que en su día fue nuestro y que dejó que yo hiciera realidad, inspirada y ayudada por las páginas de su cuaderno. Un cuaderno que no solo guardó, sino que fue completando a lo largo de los años y que, como pude comprobar por las fechas en las anotaciones, siempre lo acompañó hasta que me lo regaló.

La intranquilidad que me ha envuelto al imaginar que podría encontrarme con él persiste y me doy cuenta de que, tal y como le he dicho a Lola, aún no estoy lista para ese momento.

Para calmarme, me esfuerzo en recordar todo lo que he sido capaz de alcanzar, las dificultades que he superado y la fortaleza que he descubierto en mí misma.

Logré divorciarme de forma amistosa. Es cierto que al final, Guillermo, que siempre hace lo que se espera de él, hizo lo correcto y me lo puso fácil.

He conseguido tener una buena relación con mi madre, posiblemente la mejor de toda mi vida. Puede que influya que apenas nos vemos y que ella está feliz en la residencia. La distancia nos ha beneficiado tanto que, en nuestras frecuentes llamadas, empiezo a intuir algo de cariño y, para mi asombro, me hace incluso hasta confidencias.

Por ella sé que Guillermo continúa viéndose con Paula. No tengo muy claro cómo me hace sentir eso, pero que él no haya dejado de visitar a mi madre de forma asidua, como si aún fuese su yerno y siga pendiente de ella, me tranquiliza al no estar yo cerca y dice mucho de quien fue mi marido en su día.

Tengo paz en mi entorno cercano, tranquilidad que solo se ve alterada por la energía y la alegría de la loca de Lola con la que estoy encantada la mayoría de las veces, y por los remordimientos que, ahora con más frecuencia, me persiguen por cómo me comporté con Emilio. Un desasosiego que, con el paso del tiempo, en lugar de calmarse, se ha vuelto más profundo.

Cada vez cobra más fuerza la idea de que, cuando el hotel esté en marcha y todo funcione según lo previsto, debo ir a buscarlo para resolver esta inquietud. Este reconcome que no me deja disfrutar con plenitud de mi nueva vida.

Una vez más, tengo temas pendientes por resolver con Emilio y esta vez no es culpa suya, sino mía y solo mía por no haber sido franca.

Si aquella primera noche, en lugar de preguntarle sobre si en realidad me propuso fugarme con él la víspera de mi boda, le hubiera contado mi situación con Guillermo, la realidad de mi matrimonio, de mi vida...

Si le hubiera dicho que fui a buscarlo porque quería empezar de nuevo, que desde que supe de la aventura de su hermana con mi marido, no podía dejar de pensar en él.

Si le hubiera explicado cómo ese sueño de montar nuestro hotelito en Arcos fue abriéndose paso en mi mente desde aquella tarde en Ayutthaya...

Todo habría sido distinto.

—¿Estás bien, María?

—Hola, Paco. Sí, estoy algo inquieta con todo lo que se me viene encima.

—Más bien pareces preocupada, y no creo que debas estarlo. Todo va a salir genial, así que tranquila, disfruta y...

—Déjate llevar —termino yo por él sonriéndole con afecto.

—¿Ha vuelto Lola?

—Yo que tú pasaría por la cocina —le advierto con cierto tono burlón.

—Me parece que no tendré nada que hacer —contesta algo desilusionado.

—Paco, tú ya lo tienes todo hecho. —Me levanto y le pongo una mano en el hombro para apretárselo con cariño. Al percibir su asombro y cómo se ruboriza, le digo—: Te dejo, hay mucho que hacer.

¡Allá vamos!, me digo a mí misma para darme fuerzas, sin saber cuánto las iba a necesitar para todo lo que se me avecinaba.

Capítulo 33

Emilio

Nunca habíamos estado enfadados tanto tiempo. La distancia y la tozudez de ambos no ayudaron a limar las asperezas ni el muro que levantamos tras lo que se desencadenó a partir de aquella conversación telefónica en la idílica isla de Tailandia.

Mi madre, en su línea, no hizo nada por mediar. Con un «vosotros sabréis lo que hacéis, que ya sois mayorcitos», continuó con su vida como si sus dos únicos hijos no hubieran dejado de hablarse. No volvió a hacer referencia a nuestro desencuentro, del que no quiso saber a qué se debía, ni siquiera tras mi regreso a casa.

—Hola —digo a su espalda mientras aguarda el ascensor.

Tarda en girarse. Su cara de asombro me hace saber que no me esperaba.

Típico de mi madre no decirle nada. No sé de qué me sorprende.

El sonido del ascensor, cuando llega y se abre, hace que mi hermana mire hacia el hueco. Entra y, una vez allí, dice:

—¿No subes?

Sonríó por lo surrealista de la situación y asiento.

Mira que somos raros.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta en cuanto entramos en su piso camino de la cocina.

—Un café.

—Pensé que te habrías aficionado al té. —Tuerce el labio en una mueca que acompaña la ironía de sus palabras—. Sería lo esperado, llevas en Inglaterra media vida.

—En eso pensaba al bajar del taxi frente a tu casa.

—¿En qué, exactamente?

—Que ya no sé muy bien de dónde soy.

—¡Ay, *hermanito*! Has nacido aquí, como yo, pero en realidad somos ciudadanos del mundo. Nuestros padres nos criaron para adaptarnos a cualquier entorno. Eso sí, siempre que fuera selecto y culto, sin tradiciones arcaicas ni lazos afectivos opresivos que nos cortaran las alas.

No tengo más remedio que asentir ante su razonamiento, y ella, animada, continúa.

—Tú te has dedicado a vivir fuera, viajar y experimentar profesionalmente. Yo, a ser una mujer libre. Sin sentir presión por mi género, ni tener complejos por ocupar cargos de responsabilidad en empresas, y mucho menos remordimientos por disfrutar del sexo contrario sin convencionalismos.

Durante los minutos en los que me sirve el café y lo bebo en silencio, apoyado en la barra de la cocina, pienso en sus palabras. Al analizar su reflexión, estoy de acuerdo con ella. Soy consciente de que así ha sido como hemos vivido y me doy cuenta de que en mi familia siempre ha faltado algo que brilla por su ausencia.

—¿Y dónde queda el amor, Paula?

—¿Amor? —pregunta sarcástica—. Me parece que llevas demasiado tiempo bajo el mismo techo que Freddy y Mia.

Me conoce tan bien que sabe que esa idea solo la ha podido colar en mi cabeza mi amiga. Y es cierto, es el resultado de nuestras largas charlas tras mi regreso de Bangkok. De hablar de todo y de nada a la vez, de dejar mis sentimientos al descubierto y escuchar lo que opina alguien que vive para dar y recibir amor.

—¿Nunca te has planteado compartir tu vida con alguien? ¿Alguien a quien quieras?

Recoge sus labios y los aprisiona entre los dientes al tiempo que alza las cejas. Sé de forma automática que tiene algo que contarme, pero nuestro enfado y el paso de los meses sin hablarnos hacen que no diga nada.

Podría insistir. Yo también la conozco, tanto que estoy seguro de que está deseando soltar lo que trata de callar, sea lo que sea, pero no lo hago.

He venido a otra cosa.

La miro con cariño, ese que jamás dejaré de sentir por mi hermana mayor. Ella nació justo unos minutos antes que yo; un tiempo insignificante, pero suficiente para sustentar un rol que sé que disfruta y que le gusta asumir cuando se trata de tomar decisiones, como aquella que tomé sin consultarle.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? —No me lo va a poner fácil. Si lo hiciera, no sería ella.

—Cómo gestioné todo.

—No, no lo sientes. —Recoge mi taza vacía y me da la espalda para colocarla en la pila del fregadero.

—Debí haberte avisado de que iba a vender la casa de la abuela. Me aproveché del poder que dejamos en la notaría de Arcos para todos los trámites que hubiese que hacer con la herencia, y lo hice sin tu consentimiento.

—Por lo menos tuviste el detalle de venderla por el precio que había cerrado con la cadena hotelera, aunque el cheque por el 50 % del importe no compensó el bochorno frente al cliente. Me reventaste la operación, *hermanito*, y con ello parte de mi reputación.

Hubiese preferido que se pusiera a fregar la taza en lugar de tener que enfrentar sus ojos enrojecidos de rabia.

—Solo era una casa.

—¿En serio? ¡Para ti era mucho más! ¡Me lo repetiste durante semanas para no venderla!

No contesto, porque es verdad.

—¿Es eso lo que te repites a ti mismo para consolarte, *hermanito*? —Acerca su cara a la mía, desafiante.

—Déjate de *hermanito*... ¡Joder, Paula!

—¡Jódete, tú, Emilio! —Coloca ambas manos sobre mi pecho y me empuja.

—He venido a hacer las paces. Te estoy pidiendo perdón. Eres tan...

—¿Tan qué? ¡Dime!

Me callo. No está saliendo como quería.

Pero es Paula, ¿qué esperaba? ¿Que nos diésemos un abrazo y lo dejásemos correr? Ella... Nosotros no somos así. Que yo quiera cambiar, que Mia haya conseguido que entienda y vea la vida de otra forma, no implica que mi hermana lo haga.

—No he venido para discutir contigo. Necesito recuperar a mi hermana. Echo de menos tus comentarios ácidos, tu manera fría de ver las cosas, tu sentido del humor... Te echo de menos, Paula.

Entonces ocurre algo que jamás pensé ver: mi hermana empieza a llorar de forma desconsolada y ese abrazo, que ya daba por perdido, se produce.

Al tenerla entre mis brazos, lo noto y lo entiendo todo.

Capítulo 34

María

—¡Estás guapísima! —exclama Lola al entrar en la habitación de la casita que compartimos.

—No recuerdo la última vez que me arreglé. Entre las obras y la vida de pueblo, casi no recordaba cómo hacerme la sombra de ojos. —Rio animada por la imagen que me devuelve el espejo y algo presa de los nervios.

Un elegante traje de chaqueta en un tono similar al de mis ojos, un verde azulado, realza mi mirada y mi figura. Un *body* muy escotado, que da la falsa impresión de que no llevo nada debajo, y unos altos *stiletto*s, de los que tendré que bajarme para llegar al hotel, me hacen sentirme poderosa.

—Estás demasiado *sexy*, Mary.

—¿No eras tú la que decías que nunca se está demasiado *sexy*?

—Te vas a llevar todas las miradas y no vas a dejar nada para mí.

—Dedícate a mirar a quien no tiene más que ojos para ti.

—No quiero meter la pata con tu abogado y asesor.

—También se ha convertido en un amigo y lo veo morir por tus huesos. No seas tonta y dale una oportunidad.

—No sé...

—Me dijiste que te gustaba.

—Sí, así es. Es muy mono. Inteligente, divertido y tiene... un culo.

—¿Entonces?

—Estos meses aquí han sido estupendos, pero...

—¿No me estarás diciendo que solo estás aquí por mí y que, como teme Paco, en cuanto esté todo listo te marcharás?

Deja caer los párpados, borra su sonrisa y se sienta a los pies de mi cama antes de soltar un largo suspiro.

—Iba a hablarlo contigo mañana. Sin embargo, como te conozco, sé que es mejor decírtelo ahora para que puedas estar tranquila y

disfrutes de tu noche. Sé que no lo vas a dejar estar.

—¿Te vas?

—Sí, pero no porque ya esté todo listo, ni porque crea que has necesitado mi ayuda. Más bien, seguro que te he puesto las cosas más difíciles muchas veces. ¡Forma parte de mi encanto! —exclama divertida y sonríe, aunque la alegría no se refleje del todo en sus ojos—. La reunión a la que he ido a la central era para proponerme un ascenso.

—¡Eso es estupendo! Te lo mereces. Mucho han tardado en reconocer tu valía. —Me siento a su lado y tomo sus manos contenta por la noticia, a pesar de lo que supondrá para mí no tenerla cerca a diario.

—Aún no les he contestado.

—¿Por qué?

—Esto me encanta, y no porque estés tú, que también. Y no por lo que pueda tener con Paco, que también... sino porque estoy a gusto. No sé cómo explicarlo, pero en estos meses me he sentido más integrada con este pueblo y con su gente que en ningún otro sitio.

—Arcos no se va a mover de aquí, ni yo tampoco. Siempre habrá sitio para ti en esta casa y en el hotel.

La rodeo con mis brazos y permanecemos unidas durante unos largos segundos. No somos muy dadas a mostrar nuestro cariño. No solemos decirnos que nos queremos ni nada de esas cosas. Si bien, en este momento, retenerla un poco más para alargar este gesto se me antoja necesario.

—Tienes que aceptar, no puedes dejar pasar esta oportunidad.

—Lo sé. Aun así, me está costando horrores decirles que sí.

—Saca tu teléfono del bolso y escríbeles ahora mismo. Esta noche vamos a celebrar los nuevos proyectos de ambas.



Gracias a las *Converse*, andar por los adoquines del centro del pueblo resulta un cómodo paseo que me permite disfrutar de su encanto una vez más.

Sus calles empinadas y tortuosas, flanqueadas por casas encaladas y señoriales palacios —y, cómo no, de arcos— están llenas de multitud de lugares dignos de visitar. A partir de esta noche, mi hotel y mi restaurante pasarán a formar parte de ellos.

Al acercarnos a la casa, la contemplo con orgullo.

La fachada ha quedado perfecta con sus balcones llenos de gitanillas y sus persianas de esparto. La puerta de dos hojas da paso a un pasillo ancho, donde están situados la recepción, las escaleras y el ascensor, y desde donde se divisa el patio principal. Tres plantas bien aprovechadas y el torreón dan cobijo a las quince habitaciones, mientras que la antigua bodega acoge el restaurante y la terraza.

Satisfecha con lo que veo, me paro para coger aire y ponerme los tacones.

—¡Allá vamos!

—Lo has conseguido, María. —Lola se acerca y me da el segundo abrazo de la noche.

—Venga, venga... que nos estamos poniendo muy sentimentales y no podemos dejar que se nos corra el rímel.

—¿Verdad? ¡Qué horror!

Mientras nos reímos, atravesamos el patio para acceder a la bodega y, justo antes de entrar, me vuelvo.

—¿Qué vas a hacer con Paco?

—Con ese culo... creo que debo despedirme como se merece. A ver si me deja con ganas de volver pronto.

Volvemos a reír divertidas. Parte de los nervios y la pena por su marcha se diluyen y dan paso a la expectación por la fiesta que está a punto de comenzar.



La mayoría de los invitados se reparten por la terraza, donde se sirve un aperitivo antes de bajar al restaurante. En cuanto don Jaime, el cura, hace acto de presencia y toma la palabra para bendecir el establecimiento, se hace el silencio.

Estoy unida al rezo general cuando alguien a mi espalda susurra.

—Por más que lo intentes, eres hija de tu madre.

Capítulo 35

Emilio

Con la tranquilidad no solo de haber arreglado las diferencias con mi hermana, sino también con la esperanza de que lo que está por venir nos hará a todos mejores personas, ya estoy listo para dejar atrás la ciudad que me vio nacer y crecer.

Solo estaba a la espera de que llegara mi moto para poner rumbo a mi destino, y acabo de recibir la llamada de la empresa de transporte para indicarme que puedo pasar a recogerla.

Llegué a temer que Freddy, en quien siempre delegué los traslados de mi bien máspreciado, esta vez no se encargara con la eficacia que lo caracterizaba, pero ha cumplido.

Le escribo un mensaje. Desde que dejé Londres, lo hago a diario. No he fallado ningún día con la intención de que vea que sigo aquí. Le cuento lo que me pasa, lo que pienso, lo que espero de mi nueva vida con el propósito de que me entienda. Aunque, de momento, no ha contestado a ninguno de ellos.

Mia me ha confirmado que los lee y que le queda muy poco para llegar a la aceptación y responderme. Sostiene que está pasando por un duelo desde mi marcha. Pasó por la negación y el enfado. La tristeza se va diluyendo. Ya lo ha visto sonreír al leer mis últimos mensajes.

Noto cómo vibra mi teléfono y lo desbloqueo. Es Mia.

[He's ripe for the picking].

Animado porque, según ella, Freddy está a punto de caramelo, lo llamo.

—¿Ya has comprobado que ha llegado sin ningún rasguño?

Que al descolgar me pregunte por mi moto del mismo modo que ha hecho siempre tras cada traslado, me hace saber que todo vuelve a estar como siempre. Suelto el aire aliviado y sonrío.

- Aún no. Me han avisado de que acaba de llegar.
- ¿Y a qué esperas para cogerla, subirte a ella e ir, de una vez por todas, a por lo que has ido a buscar?
- Eso mismo estaba pensando yo.
- ¿Tienes un plan?
- Todavía no.
- ¿Alguien que pueda echarte un cable?
- Sí.
- Pues tira de él y deja de perder el tiempo.

Capítulo 36

María

Se acerca desde atrás. Apenas roza su cuerpo con el mío, sin que me dé tiempo a asimilar qué hace allí ni qué siento al tenerlo de nuevo a mi lado, cuando su brazo se extiende frente a mis ojos y su dedo índice señala a la persona que menos me esperaba encontrar.

Sentada, muy recta, con las piernas juntas y las manos sobre el bolso que descansa en su regazo, mi madre acompaña, con los ojos cerrados y el suave movimiento de sus labios, la oración del sacerdote.

Se ha arreglado para la ocasión. Zapatos con algo de tacón, su pelo marcado con rulos y el collar de perlas de mi abuela, me dicen que es un momento especial para ella. Un nudo se instala en mi garganta y empieza a costarme respirar.

—No te lo va a decir, pero está muy orgullosa de ti, María —susurra en mi oído.

Asiento, pero no puedo evitar dejar que una lágrima resbale por mi mejilla. Al parecer, él me conoce mejor de lo que yo recordaba, porque ante mí aparece un pañuelo blanco de hilo de caballero con sus iniciales bordadas.

—Continúas siendo un clásico —musito.

—No sé ser de otra manera.

Su voz, serena, pero firme, acaricia mi cuello desde atrás y me recuerda por qué, en su día, me sentí atraída por él. Por qué me pareció la elección correcta para ser el hombre con quien compartir mi vida, a pesar de mis sentimientos.

En él se conjugaban todos los requisitos que me enseñaron que debía buscar en una pareja: Educación y clase, sentido del honor y la familia, rectitud y seriedad, sin obviar el cuidado y la generosidad.

La bendición ha terminado y Paco, en su papel de maestro de ceremonias, introduce al concejal de Turismo para que diga unas palabras en nombre de la corporación local. Después de un breve

discurso donde, tras enumerar las virtudes de Arcos como destino y pueblo de acogida, me felicita por mi emprendimiento y me desea la mejor de las suertes, todos se giran hacia mí y empiezan a aplaudir.

Sonríó y asiento agradecida a los presentes cuando me encuentro con los ojos de mi madre. Ella también se ha unido a ese gesto de celebración. En pie, con una leve sonrisa y la cabeza algo inclinada hacia atrás, se muestra orgullosa.

—Gracias por traerla, Guillermo. No te haces una idea de lo que significa para mí.

—Lo sé, María. Aunque debes saber que ha sido ella quien me ha convencido para venir. No quería perderselo por nada del mundo.

Paco coge de nuevo el micrófono para indicar que podemos ir bajando al restaurante, donde se ofrecerá una degustación de los platos de la carta y vinos de la tierra.

Veo cómo Lola me busca con la mirada al acercarse a mi madre. Con un leve gesto, me indica que ella se encarga. Tras saludarla con el afecto que sé que le genera, la acompaña hasta los ascensores para bajar.

En cuanto dejo de ser el centro de atención, vuelvo a echar mano del pañuelo. Con cuidado de no arruinar el maquillaje y no ponérselo perdido, me doy leves toques para recomponerme antes de girarme.

—Hola, Guillermo.

—Hola, María.

Nos quedamos frente a frente sin saber cómo comportarnos. Lo normal habría sido darle los dos típicos besos; sin embargo, lo que me pide el cuerpo es otra cosa.

—¿Puedo abrazarte?

Por respuesta, recibo sus brazos abiertos y me dejo caer en su pecho. Una vez más, encuentro consuelo junto a él. Es reconfortante sentirme rodeada por su calma, por esa sensación de que siempre sabe hacer lo correcto, de conocer cuál es su lugar.

—¿Cómo es que ha querido venir? —pregunto aún cobijada en el hueco de su hombro.

—Tiene un nuevo asesor espiritual.

—¿Asesor espiritual?

Mi madre es una buena católica practicante y siempre ha cumplido con todos los mandamientos, pero nunca fue de comunidades, ejercicios espirituales ni retiros. Aprovecho la curiosidad que despierta esa pregunta para alejarme de su contacto y buscar su mirada.

—Pidió en la residencia que quería prepararse para su marcha. — Al ver la inquietud en mis ojos, se apresura a decir—: No está enferma ni nada por el estilo. Solo es que está mayor y, entre las virtudes de tu madre, está ser una mujer muy práctica. ¡Ya sabes cómo es!

—Sí, lo sé, por eso puede que no te haya dicho si le ocurre algo. Siempre ha sido parca en palabras.

—Eso es signo de eficiencia.

—Si tú lo dices —replico, no muy convencida.

—Aunque ya no lo es tanto, debes de haberlo notado en tus conversaciones con ella.

—Lo cierto es que sí.

—Es el resultado de la influencia de su nuevo guía. La está ayudando mucho.

—Pensé que se debía a que al estar lejos nuestra relación era más fácil.

—Sobre si la distancia os ha ayudado, desconozco si ha podido generar ese efecto. Sin embargo, de lo que estoy seguro es de que tu madre ha hecho del perdón su principal apoyo. Ahora todo lo contempla a través de ese sentimiento, y el comienzo es aplicárselo a sí misma. Perdonar libera.

—¿Todo eso te lo ha dicho ella?

—¡No, por Dios! No ha cambiado tanto. Fue su asesor. Nos conocimos en una de mis visitas a la residencia, conectamos y... yo también le pedí consejo.

—¿Compartes guía espiritual con mi madre?

Una sonrisa leve y tímida cubre el rostro de Guillermo. Entrecierra los ojos y termina por agachar la cabeza cohibido. Ha necesitado ayuda para superar todo lo que ha vivido. Quiso ir a terapia conmigo. No tengo ni idea de si la hizo solo, pero al parecer

encontró el consuelo que necesitaba. Cuando sus ojos, serenos y limpios, vuelven a los míos, sé que se ha perdonado.

Está pensando qué decir, cuando oigo, detrás de mí:

—Mary, te estamos esperando abajo. Imagino que tendréis cosas de las que hablar, que no lo entiendo, pero será mejor que lo dejéis para luego, ¿vale?

—Hola, Lola.

Ella contesta con un leve movimiento de cabeza unido a un extraño sonido que sale de su garganta, se da media vuelta y se va.

—Sigue sin caerme bien tu amiga.

—Como acabas de comprobar, es mutuo.

Se encoge de hombros, no muy afectado, y juntos nos dirigimos a las escaleras.

—Por suerte, hay cosas que no cambian. Vamos a tomarnos unos vinos y después seguimos poniéndonos al día, porque intuyo, Guillermo, que has venido para decirme algo más.

—Tienes razón, hay cosas que no cambian. Continúas siendo la más lista de los dos.



—Gracias por venir, madre.

—Ha sido una velada agradable y me vuelvo a la ciudad con la tranquilidad de que estás arropada por buenas personas. Pásate de cuando en cuando por la iglesia, me consta que serás bien recibida y atendida. —Asiento y dejo un par de besos en sus mejillas.

—Me alegro de que hayas hecho buenas migas con don Jaime. Lo mismo te animas a pasar aquí unos días más adelante.

—Ya no estoy yo para muchos viajes y tú debes atender tu negocio. Que el ojo del amo engorda al caballo.

—Procuraré ir a verte.

Está mayor y más frágil de cómo la imagino. Cuando pienso en ella, no la veo tal y como la tengo delante. Los remordimientos, por lo poco que nos hemos visto en los últimos meses, me asaltan.

—Mamá...

—Las dos estamos bien donde estamos —me interrumpe como si hubiese visto el pesar en mi mirada—. No tienes de qué preocuparte. Vive tu vida, hija. Yo tuve la mía y la aproveché como pude, como supe o como me dejaron. Además, tengo a Guillermo.

—Por supuesto que sí, Milagros.

Guillermo le abre la puerta de la habitación para que entre. Se alojan en el parador, aquel donde en el pasado yo hice las prácticas.

—¿Necesitas ayuda o alguna cosa, madre?

—Nada, vosotros id a hablar de vuestras cosas.

Nunca, que yo recuerde, he abrazado a mi madre. Arrastrada por la ternura que me provoca su edad, el esfuerzo que ha hecho por venir hasta aquí y el sacrificio de dejarme vivir a mi manera sin juzgarme, hace que la estreche entre mis brazos.

Es un momento raro, donde ambas nos sentimos algo torpes y que ella finaliza con un «vale, vale» ante el que no puedo más que sonreír.

—Nos vemos mañana, madre. Que descanses.



Aprovechamos que la noche sigue siendo agradable para sentarnos en la terraza del parador. Sobre el tajo del río Guadalete y a la sombra del castillo ducal, es imposible no admirar la grandeza de esta histórica localidad que es la entrada a los pueblos blancos de la sierra de Cádiz.

—Este sitio es especial. Entiendo por qué lo has elegido.

—No sé cómo explicarlo, pero siento una conexión con ciertos lugares y Arcos es uno de ellos. Es como si hubiese estado en otra vida... Pensarás que estoy loca —digo divertida.

—Ya habías estado aquí.

A pesar de que seguía con la mirada perdida en la negrura de la noche, sé, por el tono apesadumbrado de su voz, que se refiere a aquel verano con Emilio.

No me apetece remover el pasado. No quiero entrar en un bucle de reproches a pesar de que yo tengo mucho más que recriminarle, pero ahora no tiene ningún sentido. Lo nuestro está acabado, por lo menos para mí, de modo que voy directa al grano:

—¿Qué es lo que tienes que contarme, Guillermo?

Al no contestar sobre la marcha, una inquietud me sube del estómago a la garganta y me cuesta respirar. Su silencio hace que mi mente se acelere y una pregunta se cuele en mi cabeza:

¿No pretenderá un acercamiento entre nosotros?

Empiezo a tener dudas sobre qué ha traído a Guillermo a Arcos. Siempre fue el yerno perfecto y que quisiera tener contenta a su suegra era lo propio cuando éramos pareja. En cambio, ahora... no me cuadra.

Estoy buscando la manera de salir airosa de este incómodo momento. No quiero ofenderlo. Estoy agradecida por cómo se ha comportado, por haber traído a mi madre, por la forma en la que me ha arropado y consolado hace unas horas, demostrando que sigue siendo fiel a sí mismo. Que el Guillermo que una vez quise, de la forma que fuese, sigue estando ahí.

Cuando por fin habla, agradezco no haber dicho nada.

—Paula está embarazada. Voy a pedirle que nos casemos.

Una combinación compleja de emociones me atraviesa. Esta vez soy yo quien no sabe qué decir. Que ellos se veían no me coge de nueva, pero... ¿matrimonio e hijos!?

Hijos...

Los que nosotros no tuvimos, los que yo ya no tendría con él o puede que con nadie...

No había vuelto a pensar en la maternidad; sin embargo, saber que Paula va a ser madre y, para mayor capricho del destino, que lo será del que fue mi marido, es demasiado para asimilar.

—¿No dices nada?

Mi cabeza va a mil. Trato de controlar cómo me siento ante la noticia. ¿Debería estar aliviada al haber interpretado erróneamente que la visita de Guillermo podía ser un intento de acercarse a mí? ¿O me decepciona porque este sí es el final definitivo de lo que tuvimos alguna vez, aunque yo no quiera retomararlo? ¿Puedo sentir envidia

de Paula, que va a llevar en su vientre a una futura personita que la colmará de dichas y tormentos? ¿Y dolor al ser consciente de que su embarazo hace evidente que yo era la culpable de nuestros problemas para tener hijos? Al estar embarazada, su estado deja claro que la yerma soy yo.

Me levanto de la silla y empiezo a caminar.

Necesito calmarme, recordarme que debo que estar orgullosa de mí misma, de lo que he logrado. ¡Que merezco disfrutar de lo que he construido! Sentirme feliz por cómo me han acogido y acompañado en esta aventura. Dichosa por tener una amiga como Lola y por mantener, al fin, una armonía con mi madre, con la ayuda de su guía espiritual...

De repente, en medio del remolino emocional, creo saber qué hace aquí.

—Has venido a pedirme la nulidad.

—¿La nulidad? —pregunta sorprendido y sé que no finge—. No, no tengo ni idea de qué tipo de boda querrá Paula... Si es que me dice que sí.

—¿No se lo has pedido todavía?

Niega con la cabeza

—Entonces, ¿por qué me lo has dicho?

—Quería que lo supieras por mí. Hemos estado casados, María. Es lo más apropiado, o al menos así lo entiendo yo. No me parece correcto que te enteres por Emilio, que será a la segunda persona a quien Paula se lo cuente después de su madre.

En cuanto menciona su nombre, me quedo paralizada. Con mucha dificultad, consigo decir:

—Emilio y yo no hemos vuelto a hablar.

—Pensé que seguíais en contacto. Es más, esperaba verlo aquí.

—¿Aquí?

—Lo habré entendido mal.

—¿El qué?

—Déjalo, no tendría que hablar de lo que no sé.

—¿Qué se supone que no sabes?

—María, por favor, no insistas.

—Me lo debes.

—No, tú y yo ya estamos en paz. Tienes tu hotel. ¡Si te he traído hasta a tu madre a la inauguración! ¿Qué más quieres, por Dios?

—Te ayudaré a conseguir la nulidad. Paula estará encantada de ir de blanco y casarse en una iglesia por todo lo alto.

—Te digo que eso no lo sé.

—A tu guía espiritual seguro que le parece mejor que te cases como Dios manda.

—María...

Ese último «María», con menos fuerza, me hace ver que está a punto de claudicar. Estoy segura de que sabe mucho más de lo que trata de esconder tras aquello que se supone que *no ha entendido bien*. Lo conozco. Ha hablado de más.

Solo tengo que insistir un poco y me lo contará.

Capítulo 37

Emilio

[Dame unos días. Yo te aviso.]

Releo el único mensaje que recibí desde que le dije que iba para allá y que me mantiene a la espera desde hace más de una semana.

Frustrado, miro el teléfono cada mañana al despertar.

Ya no sé qué hacer ni dónde ir.

Comienzo a impacientarme, y lo peor, mi confianza va flaqueando.

La idea de recorrer España a lomos de la moto, sin rumbo fijo, ya no me seduce como los primeros días. Ha dejado de ser divertido.

Sigo con el teléfono entre las manos cuando, por fin, me llega un nuevo mensaje.

[Creo que aún no es el momento.]

Lo tiro sobre la cama y me asomo a la pequeña terraza con vistas al mar.

¿Qué narices hago ahora? ¡Joder!

Regreso al interior de la habitación del hotel con la intención de llamar a Freddy, pero lo descarto porque sé lo que me va a decir. No quiero que alimente mis dudas. Tampoco puedo llamar a mi hermana, ella estaría encantada de que desistiera de mi empeño. Y no puedo seguir abusando de Mia.

Cojo el móvil y, en respuesta a su mensaje, le pido que me pase el número de teléfono de la única persona que sé que me dirá con certeza lo que tengo que hacer.

Capítulo 38

María

Cuatro meses después

—María, ¿qué informes has enviado a la empresa inversora? Me dicen que no coinciden con los míos.

—¿Tú también *le* envías la contabilidad, Paco?

—Por supuesto, en eso quedamos —responde confundido, no solo por la pregunta, sino por el tono sugestivo que he empleado—. No entienden cómo dices que tienes pérdidas cuando estás, en pleno agosto, con un lleno al 100 % y mira que hace calor este verano. —Se separa la camisa del pecho con insistencia.

—Vamos al restaurante, se está más fresco que en la recepción. Con la entrada de la calle y la salida al patio, más las escaleras, esto apenas se enfría. Menos mal que es solo zona de paso.

—¿Y los *check in* pendientes?

—Cualquiera le puede dar las llaves, las entradas de hoy ya están registradas. La idea de regalar una botella de Tierra Blanca, si se hace la reserva *online*, ha sido un acierto. Solo hay que comprobar los pasaportes para darles las tarjetas y les espera su vino bien frío en la habitación con el aire acondicionado puesto.

El restaurante está tranquilo en ese *impasse* entre el desayuno y el almuerzo. Como es una hora algo rara, cojo un par de botellas de San Pellegrino y unas copas de cristal tallado en las que pongo hielo, menta, jengibre y unas rodajas de limón y naranja.

—Aquí es un lujo hasta tomar un agua —dice Paco cuando dejo sobre la mesa las bebidas y me siento frente a él—. Con lo bien que lo gestionas todo, no entiendo esos datos de facturación. ¿Tratas de evitar repartir beneficios?

—¿Cómo se te ocurre?

—Porque he visto tus informes y no pueden ser un error. Vale que te equivoques en una cantidad, incluso un mes, pero ¿en los

cuatro meses? No es propio de ti, así que es la única opción que me queda: estás falseando la contabilidad, aunque no quiero creerlo.

—Lo que trato es de que nuestro misterioso socio dé la cara.

—¿Qué? ¿Cómo? —Su nerviosismo lo delata.

—Tú sabes quién es desde el principio.

—¿Y, en lugar de preguntarme, falseas las cuentas?

—No quería ponerte en un apuro... Conociéndote como creo que te conozco, ha debido de ser difícil para ti. Además, iverás cuando lo sepa Lola!

Coloca ambos codos sobre la mesa y deja caer la cabeza sobre las manos. El suspiro es tan pesado que siento pena por él, pero necesito saber qué ha pasado desde el principio para entender por qué no ha aparecido por allí. ¿Por qué, si regresó a España, no ha venido a verme? ¿Por qué, si no le intereso lo más mínimo, ni siquiera ha tenido la decencia de comprobar cómo ha quedado el que también es *su hotel*?

—Tú lo llamaste cuando necesité financiación por la falta de liquidez, ¿verdad?

—Yo...

—Dime, por favor.

—Somos amigos desde pequeños y... —Niega contrariado, cada vez más incómodo. Su rostro comienza a teñirse de rojo.

—¿Y? —Agarro una de sus manos con fuerza, impacientándome.

—Tengo que hablar con Lola. —Se levanta de la silla sofocado. Se ha alterado tanto que temo que le esté dando una subida de tensión.

—Tranquilo, Paco. Está bien, no le diré nada a Lola. Sé que ella es muy importante para ti y que estás poniendo todo de tu parte para mantener vuestra relación a pesar de la distancia.

Lo observo coger aire varias veces y la sangre vuelve a fluir con normalidad en su rostro.

—Necesito llamarla —insiste sin volver a sentarse.

—Espera, viene este fin de semana. Mejor lo haces en persona. La conozco, y si se lo cuentas por teléfono...

—Necesito pensar, mejor me voy.

—No, me tienes que aclarar un montón de cosas.

—Ahora no puedo, no puedo...

Agarro de nuevo su mano para evitar que se marche, que es lo que está a punto de hacer. Me mira con los ojos muy abiertos y su cuerpo se contrae.

—Esto se quedará entre tú y yo. No diré nada, pero informarás al *socio* de que las cuentas correctas son las que yo he enviado. Le dirás que, para no preocuparlo, las maquillaste un poco, aunque la realidad es que ni el hotel ni el restaurante están funcionando como se esperaba.

—¿Qué pretendes?

—Eso es cosa mía.

—No os entiendo. —Se deshace de mi agarre para alzar las manos frente a mí, sin dejar de negar con la cabeza—. ¡No os entiendo a ninguno de vosotros!

Se marcha haciendo aspavientos, aunque su pregunta se queda conmigo.

¿Qué es lo que pretendo en realidad?

A esa duda, que se abre como un abismo, se unen más.

¿En qué momento, tras descubrir que Emilio era el inversor, que estaba en España y no se dignaba venir a verme o llamarme, pensé que este plan tenía algún sentido? ¿Qué quiero demostrar? ¿Solo darle una lección? ¿Asustarlo haciéndole creer que ha perdido su capital? o ¿espero que venga a buscarme para brindarme de nuevo su ayuda?

Cuando Guillermo se extrañó de que él no estuviera el día de la inauguración y logré que me contara lo que sabía, todo cambió.

A los comentarios reprobatorios de Paula por venderme la casa de la abuela sin su consentimiento, se habían sumado —desde la vuelta de Emilio— sus quejas sobre lo que consideraba un derroche de dinero al ayudarme. Guillermo, siempre tan prudente, no entró al trapo, no preguntó nada al respecto, solo la escuchaba despotricar de su hermano por ser un imbécil y dedujo que ambos estábamos juntos en el proyecto.

Al igual que yo, se sorprendió.

Él, porque pensó que Emilio vendió su empresa en Londres para empezar una nueva vida aquí en España, conmigo y en el hotel donde ha puesto una gran parte de sus ahorros.

Yo, cuando descubrí su engaño, pasé por distintas fases.

Primero me indigné.

¿Cómo se había atrevido? Era mi sueño... mi hotel.

Al ser consciente del estado de irritación en el que me había sumido, entendí por qué lo había hecho de forma anónima. Me conocía muy bien. O eso creía. Seguramente pensó que, si yo hubiera sabido que él estaba detrás de la empresa inversora, jamás habría aceptado su ayuda.

Ya nunca lo sabríamos.

Si me lo hubiera propuesto, si hubiera hablado conmigo, tal vez me habría hecho ilusión que me acompañara en mi deseo. Como lo hizo aquel cuaderno del que no me separé durante las obras y en el que ahora yo anotaba cada aspecto que me parecía relevante y que soñaba compartir con él.

Cuando releí todos los correos recibidos del socio capitalista, al repasar cada palabra, a la luz de saber que eran suyas, vi cómo estaban llenos de consejos, de ánimos en los momentos complicados, de ilusión por cómo iban las obras, de necesidad de conocer la evolución reflejada en su insistencia en que le enviase fotos, en que compartiese cada detalle... Al ver el nombre de la empresa, *Our dream*, nuestro sueño, y el logo, una flor de loto blanca —como aquella que me dejó sobre la almohada tras nuestra primera noche juntos—, me sentí ridícula por no haberme dado cuenta antes.

Desde que lo supe, pasé del enfado y la ira al agradecimiento y la esperanza. Esperanza de volver a verlo, de que apareciera el día menos pensado por la recepción con la idea de compartir *nuestro sueño*.

Con el paso de los días, que se hicieron semanas, y las semanas que se convirtieron en meses, quería castigarlo por no dar la cara. Por mantener aquella farsa. Estaba claro que no había vuelto por mí. De lo contrario, su mutismo no tenía sentido.

Lo haría salir y venir en persona para ver qué estaba pasando y qué había hecho con su dinero.

¡Maldito Emilio y tu forma de ser! ¿Cuándo aprenderás a ir de frente?

Capítulo 39

Emilio

—¿Podrías hacerlo tú? Te pagaría bien.

—No, Freddy, no tengo intención de volver.

—¿Y piensas seguir con estas vacaciones eternas?

—No veo que estés muy a disgusto con mi nueva forma de vivir, teniendo en cuenta que llevas más de tres semanas en mi casa.

Mia, a quien hacía dormida a la sombra de la parra en su hamaca, ríe y comenta:

—Me parece que lo que pretende mi marido es que tú regreses a Londres y que nosotros nos quedemos aquí. Él ya sabe que a mí no me importaría —dice bien alto para que Freddy la oiga.

Mi amigo sonrío mientras se llena de nuevo su vaso con sangría.

—Mia no está hablando en serio, ¿o sí?

—Yo puedo dirigir la compañía desde cualquier parte. El aeropuerto de Almería es pequeño, pero tiene buena conexión con Londres.

—¿Y tus responsabilidades con tu familia en Escocia?

—Eso está resuelto, mi hermano se va a hacer cargo. Él está encantado con heredar el título, las tierras y el castillo. A mi padre que, siguiendo la tradición, esperaba que asumiera mi obligación de continuar con el mayorazgo, no le ha quedado más remedio.

—¿Cómo ha aceptado?

—Le dije que, si yo me hacía responsable del patrimonio familiar, lo primero que haría sería explotarlo turísticamente, o tal vez venderlo. Estaba horrorizado, ya que no incluyó en su testamento la cláusula para restringir la venta de sus tierras y asegurar que se mantuvieran dentro de la línea familiar. Gracias a eso, ha admitido que le ceda el *honor* a su otro hijo varón.

—¡Bien jugado, amigo! —Choco mi copa con la suya y, tras vaciarlas, las vuelve a rellenar—. ¡Cuidado que no es agua!

—Claro que no, está mil veces mejor, al igual que la comida, el clima, el mar, el sol...

—Creo que te has enamorado de Almería, Freddy.

—¡Nos hemos enamorado! —grita Mia desde la hamaca.

—No tendrás inconveniente en que vivamos contigo, ¿verdad?

—Para nada, vuestra llegada es lo mejor que me ha pasado en los últimos meses. No sé si habría aguantado mucho más... incluso pensé en regresar a Londres.

—No, Emi, ni se te ocurra. Aquí se está mejor. —Mia se levanta y se lanza de cabeza a la piscina—. Definitivamente, mucho mejor.

—Me hacíais falta —confieso a mi mejor amigo.

—Todo se arreglará, Emi.

—No sé. Cada día que pasa lo tengo menos claro.

—Si has esperado tanto, ¿por qué no un poco más?

—Ya... —Estoy tan desilusionado que ni ganas tengo de seguir aceptando unos ánimos que no surten efecto.

Esta espera, tensa y larga, comienza a desesperarme y empiezo a plantearme que tal vez me he equivocado. Aquella idea que tuve de dejarme aconsejar, con el paso del tiempo, me parece ridícula, pero luego pienso que nadie la conoce mejor.

Sé que la quiere tanto como yo y que está conmigo en esto.

Pienso en lo que ha comentado Freddy y, haciendo uso del refranero español, me consuelo.

«Quién espera lo mucho, espera lo poco».

Mi teléfono vibra sobre la mesa.

Lo cojo y, al leer el mensaje, la expresión de mi cara hace que mi amigo sonría.

—¿Qué te dije?

—Deséame suerte —comento nervioso.

—No la vas a necesitar. Ve tranquilo, que Mia y yo te cuidamos de la casa. —Me guiña divertido.

Capítulo 40

María

—¡Tía, de verdad, no recordaba que estuviera tan bueno! Y eso que la barba no me convence.

—Hola a ti también, Lola. —Me da dos besos y se sienta frente a mí en la mesa del restaurante, donde estoy desayunando—. No sabía que tenía que venir Rubén, nadie me ha dicho nada. Además, tú ya sales con Paco, ¿qué haces echándole el ojo al chef?

—¡Ay, amiga! Que el corazón esté ocupado no significa que una no pueda deleitarse con la vista.

—¿El corazón? ¿Estás hablando en serio? —Asiente con una sonrisa—. ¡Qué alegría me das! —En el mismo momento en que lo digo, pienso en mi última conversación con Paco, con quien no he vuelto a hablar en toda la semana—. ¿Ya lo has visto?

—Claro —responde sin entender a qué viene mi pregunta—. Llegué anoche. Te lo dije.

—Verdad, verdad... —respondo algo intranquila.

—Y si no he estado contigo, ¿dónde iba a pasar la noche? —pregunta intrigada ante mi actitud.

Me quedo callada. Temo haber metido la pata. No sé si Paco ya le habrá comentado algo sobre quién es el inversor secreto. Aunque, por cómo se comporta, me parece que no, claro que con Lola nunca se sabe.

Escudriña mi mirada seria y, por la forma en que lo hace, estoy segura de que algo no le cuadra. Así que, antes de ponerme más nerviosa y que se me escape algo que no deba, digo:

—Anda, ¡ve a la cocina a saludar al chef!

—Yo no he dicho que sea Rubén a quien he visto.

—¿Cómo?

De nuevo, clava sus ojos en los míos. Aprieta los labios y comienza a respirar con fuerza por la nariz, mientras no deja de mover sus piernas bajo la mesa.

—Espero que me perdones, Mary.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Eres muy importante para mí. Sabes que eres mi *más mejor* amiga y es fundamental que entiendas que todo lo que he hecho, y lo que estoy a punto de hacer, es por tu bien.

Su nerviosismo y la preocupación en su voz, tan impropios en Lola, siempre resolutiva, directa y enérgica, me tienen descolocada por completo.

—No entiendo nada.

—Te quiero, Mary, no lo olvides —titubea antes de levantarse con cierta dificultad.

La contemplo dirigirse a la puerta. Anda despacio, como si le costara moverse, como si de repente un gran peso hubiera caído sobre sus hombros.

El desconcierto inicial que me ha paralizado, al no comprender a qué venían sus palabras, da paso a la necesidad de ir tras ella. Me dispongo a levantarme para seguirla cuando tengo que sentarme de golpe al descubrir con quién se cruza en el umbral, y entiendo por qué debo perdonarla.

A medida que se acerca, empiezo a sentir cómo el corazón se acelera. Lo noto en el pecho con tanta intensidad que empieza a faltarme el aire. No sé qué debo sentir, pero en cuanto está frente a mí y me sonríe al sentarse, deseo que tenga una explicación coherente para todo.

—Hola, *piruja*.

—Hola. —Consigo exhalar el aire que se había quedado atrapado en mis pulmones.

—Será la ley de Murphy, esa que se aplica cada vez que un jefe o, en este caso, *un socio capitalista*, va a comprobar que algo no funciona y ese preciso día todo va a las mil maravillas. No sé el hotel, pero el restaurante está completo —dice mirando de un lado a otro.

—Veo que sigues fiel a tu estilo y tan ingenioso como siempre.

—Hay cosas que no cambian. —Guiña un ojo e intensifica su sonrisa, sin que su barba me deje ver la cicatriz sobre su labio, que inconscientemente he empezado a buscar.

—¿En serio? —pregunto molesta para tratar de recuperar la compostura y no flaquear ante el poder que ejerce su presencia y su encanto.

—Sí, como lo que siento por ti —contesta despacio mientras apoya los codos en el centro de la mesa y acerca sus manos para tomar mi cara entre ellas.

Cierro los párpados para no perderme en sus ojos y coloco mis manos sobre las suyas para bajarlas. Si me sigue mirando así, si me toca, no podré decirle todo lo que me atormenta desde que supe que era él quien estaba detrás de la empresa inversora. Aquella sociedad a la que recurrí aconsejada por mi asesor y convencida por mi amiga. Aquella que me dijeron que era una opción mejor que pedir un crédito al banco. Aquella que ha resultado ser un engaño, seguro que desde el cariño, pero no por ello deja de ser una mentira.

—A quien se quiere, no se miente. —Abro los ojos y trato de mostrarle que no le va a resultar tan fácil. No me va a camelar con su desparpajo, ni me va a impresionar con su perspicacia.

—¿Tú no me querías cuando estuvimos juntos en Bangkok?

No espero esa pregunta y debe de verlo en mi reacción al abrir la boca y levantar las cejas porque, el muy canalla, comienza a morderse el labio inferior sin dejar de sonreír.

—Si no mal recuerdo, María, tú me mentiste primero. Es más, me manipulaste, me sedujiste, casi diría que te aprovechaste de mí —susurra esto último antes de arrugar la nariz en esa mueca tan suya, tan gamberra—. Y aunque al principio me molesté, más tardé lo entendí y después te admiré.

Apoyo la espalda en el respaldo de la silla cruzándome de brazos. Necesito tranquilizarme y recuperar el control. De nuevo, se me olvida que es más listo y rápido que yo. Su mente prodigiosa y su irreverencia juegan en mi contra. Si sigue por ese camino, me va a embaucar de nuevo.

—Quiero una explicación.

—Sin problemas, vengo a hablar y a decirte las cosas de frente. Se acabaron los dobles sentidos, esos que sé que tanto te confundieron y atormentaron.

—Ahora, Emilio —exijo nerviosa.

Me contempla en silencio y no puedo más que entrecerrar los ojos y respirar profundamente para tratar de serenarme.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tu boca.

Apoyo los codos y me tapo la cara con las manos.

Si continúa por ahí, voy a flaquear de nuevo.

Oigo cómo se levanta y siento su mano sobre el muslo. Al abrir los ojos, lo veo en cuclillas a mi lado.

—He esperado meses para llegar hasta aquí. Ha sido un esfuerzo monumental, no puedes imaginar cuánto, pero entendí que necesitabas hacer realidad tu sueño por ti misma. Era fundamental que lo hicieras sola, que descubrieras todo de lo que eres capaz. Eres maravillosa, inteligente, audaz, constante y muy trabajadora. La ayuda económica te la hubiera proporcionado cualquier banco... Mi contribución es realmente insignificante.

—Pero... ¿cómo?

—Paco es un amigo de la infancia. Gracias a él y al poder notarial que le otorgamos mi hermana y yo para arreglar la herencia de la abuela, pude hacerte la venta sin que Paula se interpusiera y sin que tuvieras que hacer aquella rocambolesca jugada con Guillermo.

—¿No me creías capaz?

—¡Claro que sí!, pero no era necesario. —Sonríe con dulzura y me obligo a erguirme en la silla y pedirle que siga—. Tras la decepción que me produjo tu decisión, me refugié en el trabajo y en mis amigos de Londres. En cuanto la venta estuvo formalizada, envié su cheque a mi hermana y le pedí a Paco que guardase el mío. No quería tu dinero, aún estaba dolido contigo.

Una sonrisa triste cruza su rostro y estoy tentada a acariciarlo.

Acerca una silla de la mesa de al lado y se sienta junto a mí.

—El día que Paco me llamó para decirme que te estabas quedando sin liquidez, todo el resentimiento que en algún momento te tuve por dejarme después de decirte lo que sentía, ya había desaparecido. —Coge la tetera que está sobre la mesa, llena mi taza y le da un sorbo. Debe de estar helado, pero no le importa—. Por

aquel entonces, conseguí hablar con alguien sobre todo lo que tenía dentro. Mia me ayudó a entenderme y a ponerme en tu lugar. —Al oír el nombre de otra mujer, me tenso y el brillo juguetón resurge en sus ojos—. Es la esposa de mi mejor amigo, Freddy. Está deseando conocerte y es la responsable, junto con Lola, de que yo esté aquí.

—¿Lola? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Fue ella la que animó a Paco a que me propusiera colaborar. Sabía por él que yo no había cobrado el cheque. Urdió el plan para que te ayudara desde la sombra.

—Pero... si más de una vez me dijo que diera el hotel a alguna cadena, que dejara la gestión en manos de otros.

—De eso no tengo ni idea... Tal vez era para que no sospecharas. Ha resultado ser una gran estrategia. Solo espero que no se haya equivocado.

—¿Equivocado en qué?

—En hacerme esperar demasiado tiempo para venir a buscarte. —Niego sin entender a qué se refiere—. Como te decía, gracias a Mia comprendí que esa química que siempre he sentido contigo no es solo atracción. Es una complicidad que va más allá, que continúa a pesar del tiempo, porque tú eres mi persona. Cada momento compartido, como ahora mismo este, reafirma lo que realmente siento por ti... —Cierro de nuevo los párpados para no perderme en el ámbar de sus ojos y poder seguir escuchando—. Cuando entendí que, con el plan de Lola, Paco me daba la oportunidad de volver a formar parte de tu vida... De poder estar otra vez contigo después de redescubrir que siempre has sido tú, que nadie me ha hecho sentir lo que tengo contigo, lo que tenemos.

—¿Por qué no viniste a buscarme cuando regresaste a España? El hotel ya estaba terminado...

—Lola pensó que era mejor esperar. Yo no quería... Te juro que ha sido un tormento y casi me vuelvo loco, pero ella estaba contigo en esto, te conoce como nadie, y... sabes el poder de convicción que tiene. Me puse en sus manos con la esperanza de que no se equivocara, como ya lo hice yo tantas veces...

Asiento sin poder evitar una sonrisa al pensar en mi amiga, y él aprovecha para tomar mi cara entre sus manos y decir con sus ojos

clavados en los míos:

—Has creado y gestionado un proyecto magnífico del que estoy orgulloso de ser socio. Solo necesito saber si me quieres a tu lado, si quieres que te acompañe como yo deseo...

No lo dejo terminar. No necesito oír nada más. Sus palabras quedan perdidas entre mis labios, que lo besan con ternura. Siento sus caricias recorrer cada rincón de mi rostro y de mi nuca. Apoyo su frente con la mía y, sin abrir los ojos, noto el calor de su aliento al decir:

—¿Y ahora qué? —Sé que está en mis manos, entregado a vivir una nueva vida conmigo, a mi manera y para siempre.

—Tú... solo déjate llevar —digo pegada a su boca, que no tarda nada en estar de nuevo cubierta por la mía.

Responde con ese deseo que me traspasa, que me hace vibrar. A medida que el beso se hace más profundo, íntimo y sensual, despega un poco sus labios para decir:

—¿Tenemos habitaciones libres?

Capítulo 41

Emilio

—¿Dónde vas? —pregunto justo antes de que María salga por la puerta al tiempo que me incorporo y me apoyo en el cabecero.

—¡Ay, no quería despertarte!

—¡Ven aquí! —Doy varios golpes sobre la cama.

La contemplo mientras se aproxima obediente y se sienta a mi lado. En cuanto está a mi alcance, el deseo, ese que no puedo controlar cuando la tengo cerca, vuelve a reavivarse y la beso.

—Espera, espera... —Apoya sus manos sobre mi pecho desnudo y me aparta.

—No te vayas —susurro suplicante y atrapo sus manos con las mías.

Al verse acorralada, empieza a reír y a negar con insistencia ante mi petición.

Está preciosa.

Por más que ha intentado arreglarse el pelo, este parece algo alborotado. El color rosado, en sus mejillas y en sus labios hinchados, hace que el verde de sus ojos brille de una forma especial. En realidad, todo en María resplandece. Me siento orgulloso de ser, en parte, el responsable por ofrecerle ese instante de felicidad.

—Alguien tiene que dirigir *nuestro* negocio —dice tras dejar un beso que me sabe a poco. Al ver mi mirada ansiosa, su expresión cambia—. ¿No tenemos todo el tiempo del mundo?

—Todo ese tiempo no será suficiente para recuperar el que hemos perdido.

—No hemos perdido nada si ha servido para reencontrarnos, para poder estar por fin juntos. Ahora es nuestro momento —responde con determinación, convencida de sus palabras.

—Veo que la María consecuente y pragmática ha regresado.

—¿Te molesta? —Levanta una ceja en señal de desafío, pero su voz tiene un tono juguetón que contrasta con la seriedad de la pregunta.

—No me puede molestar nada de ti.

—¿En serio?

El sutil destello de vulnerabilidad que transmite su mirada me invita a ser sincero, a dejarle claro que yo sí he cambiado. Que ese Emilio, el que jugaba con los dobles sentidos y las sutilezas, que le creaba angustia e incluso llegó a causarle sufrimiento, ha quedado atrás.

—Me gustan todas las Marías que viven en ti, y espero amar a las que vengan, tanto o más de lo que quiero a las que ya conozco. La prudente y correcta, la decidida y sensual, la que en todas sus formas me vuelve loco. —Aprovecho la fuerza de mi declaración para cogerla desprevenida y tumbarla sobre las sábanas.

¡He cambiado, pero no he perdido mi esencia!, pienso con picardía al ver su gesto de sorpresa y diversión.

—En el hotel deben de estar buscándome. A esta hora, suelo chequear la cocina y el restaurante antes de los almuerzos —dice en cuanto mi cuerpo cubre el suyo, tratando de escapar, pero sin poder reprimir su risa.

Lee mis intenciones en la mueca de mi cara. La combinación de provocación y diversión en mis ojos, junto con la expresión de advertencia, le revela lo que acabo de pensar.

—¡Ni se te ocurra hacerme cosquillas! ¡Emilio, por favor! —En cuanto me muerdo el labio inferior, sabe que no me voy a detener—. ¡No, no! —grita entre risas.

No puedo evitarlo. Me encanta esa dulce tortura que le provocan mis manos jugueteando por su cuerpo y cómo se retuerce bajo mi peso entre carcajadas.

—¡Que te busquen! —Me inclino hacia ella con una sonrisa traviesa cuando me detengo—. De momento, solo quiero encontrarte yo... una vez más... —suplico—. He esperado meses...

—Veinte minutos, ni uno más —claudica con complicidad porque ella lo desea igual que yo.

—Por ahora..., será suficiente —digo antes de perderme en sus labios, en su aroma y en su sabor—. ¿Qué haces conmigo, María? —susurro entre besos.

—No lo sé..., pero me encanta.

Una vez más, me dejo arrastrar por la pasión. Un tipo de pasión que solo experimento a través de María. Solo con ella me siento así. Con cada roce de su piel, se enciende y se aviva un fuego cálido y envolvente que va más allá de lo físico. Trasciende de tal forma que ahora sé que es porque siempre ha sido amor. Un amor que me hace saber que estoy en el lugar correcto, que en ella tengo el hogar que he buscado y que espero encontrar siempre a su lado.

Entre los suaves gemidos que se escapan de mis labios, resuenan una y otra vez todos mis *te quiero*. Esos que he tardado tanto en decir. Aquellos que, por inmadurez y miedo, no pronuncié, los que quedaron ahogados por mi particular educación, los que reprimí para no dañar a un amigo en lugar de luchar por lo que sentía, los que tardé en aceptar cuando María apareció de nuevo en mi vida, y los que, a partir de hoy, no dejaré que pase un solo día sin recordárselo.

—Te amo, María.

Epílogo

María

Unas semanas después

—Me cuesta reconocértelo, pero has dejado genial la casa de la abuela. —A pesar de su tono, sé que Paula es sincera.

—Me ayudé de las ideas de tu hermano, las dejó plasmadas en un cuaderno.

—¡Uf! Recuerdo esa dichosa libreta —dice con un gesto de desagrado—. ¿Cómo la tenías tú?

—Esa es una historia muy larga, *hermanita*, y se te van a hinchar más los tobillos si sigues aquí de pie. Vamos al comedor con los demás y te sientas un rato.

Emilio agarra del brazo a una embarazadísima Paula con la idea de darme espacio y evitar la tensión que se ha creado entre nosotras desde su llegada.

No he podido negarle que invitase a Guillermo y a Paula. Es su hermana y eso no va a cambiar nunca. Solo espero que, con el tiempo, nuestra relación sí lo haga, ya que no puedo evitar estar inquieta ante su presencia. Por suerte, solo tendremos que coincidir —como mucho— un par de veces al año.

Entonces, casi como si me hubiese leído el pensamiento, la oigo decir:

—No me la voy a comer, tranquilo.

—Por si acaso —replica Emilio, se gira, me guiña un ojo y me lanza un beso antes de salir.

Claudia, la pareja de Rubén, que está echándole una mano con la cena, me mira con curiosidad. No nos conocemos, pero tengo interés por saber más sobre la mujer que ha conseguido que una personalidad como la del chef termine eligiendo vivir en un pequeño

pueblo de Andalucía en lugar de hacerlo en cualquier punto del planeta.

Sé que Emilio quiere estar conmigo y que Arcos le gusta; aun así, las dudas de si será suficiente para que se quede me asaltan.

A pesar de que me aferro al día a día y de que está implicado en la gestión del hotel desde que llegó, su interés por expandir el negocio, de ir más allá, en definitiva, su ambición, me genera la intranquilidad de que esta vida se le quede pequeña en unos meses.

Que lo que siente por mí, una vez pase el tiempo, se calme y estabilice, no le llene y necesite buscar algo más, tal y como me ocurrió a mí con Guillermo.

Miro a Claudia y a Rubén, la complicidad entre los dos salta a la vista. Me pregunto si yo tengo eso con Emilio y, si es así, si durará.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —pregunto sin pensarlo demasiado. Conozco al chef, pero no tenemos suficiente confianza para decir algo así.

—¿A qué te refieres? —responde Rubén sin entender.

Ella me sonrío y al instante sé que entiende que me refiero a ellos dos.

—¿Lo dices por la diferencia de edad? —pregunta Claudia sin acritud.

—¡No, por Dios! —respondo toda apurada—. Lo preguntaba por qué, pudiendo estar en cualquier otro lugar, Madrid, Londres, Nueva York, Dubái, Hong Kong... —empiezo a nombrar las ciudades más importantes que se me ocurren, presa de los nervios.

Los dos se miran divertidos y empiezan a reír. Y, antes de que termine de hacer mi pregunta, Rubén contesta.

—Lo importante no es el destino, es quien te acompaña.

Ella se acerca y le da un rápido beso sin que él deje de amasar lo que tiene entre las manos. A pesar de lo romántico de la respuesta y la imagen idílica, insisto.

—¿No se os queda pequeño? ¿Tú...?

—Ya tuve todo eso a lo que creo que te refieres, pero no me llenaba. Entendí lo que es realmente importante. Por suerte, lo hice a tiempo y acompañado de alguien que tiene la misma visión.

De nuevo, la forma en que se miran, el brillo en sus ojos, la serenidad que transmiten, sus cálidas sonrisas me hacen dudar de si nosotros seremos capaces de mantener eso.

Como si Claudia me leyera la mente, se acerca hasta mí, coloca la mano sobre mi antebrazo y, con un suave apretón, me dice:

—Es mejor no pensar demasiado. Nunca sabrás lo que te deparará la vida. El futuro se construye viviendo el presente. Vive y...

—Déjate llevar —termino yo por ella.

Estoy a punto de abrazar a esta mujer que apenas conozco, pero que ha logrado transmitirme la confianza y la paz que necesito, cuando la persona que sigue revolucionando mi vida entra por la puerta.

—¿Cuándo nos vas a poner algo de picar? No puedo soportar a tu «cuñada barra nueva mujer de tu exmarido» con la barriga vacía. ¡Qué horror de persona!

—¡Lola, compórtate!

—¿Qué? Rubén ya me conoce y sabe cómo soy.

—Sí, pero no ha venido solo. —Señalo con la cabeza hacia su pareja.

—Imaginaba que Rubén tenía buen gusto, pero no tanto. Me encanta tu peinado —dice Lola sobre su pelo cortísimo, se acerca y le da dos besos a Claudia—. ¿Le puedo echar una mano, con tu permiso?

En lugar de molestarse, ella empieza a reír y asiente.

—¡Ven! Coge esta bandeja con los aperitivos y llévala al comedor. Id delante, que dejo el solomillo Wellington en el horno y me reúno con vosotros —comenta Rubén, divertido.

—¡Allá vamos! —digo algo inquieta antes de salir.

—Seguro que todo saldrá bien. —De nuevo, es Claudia quien consigue tranquilizarme—. Si yo sobreviví a la cena de presentación de Rubén a mi familia y amigos, lo de tu «cuñada barra mujer de tu exmarido» no será para tanto. —La miro con curiosidad. Ella sonrío antes de decir—: Hoy es tu noche, otro día te lo cuento. —Me guiña—. Coge aire y, como dicen por aquí, *¡suerte y... al toro!*

Seguimos a Lola al comedor del hotel donde, en uno de los rincones, con celosías de madera, he creado una especie de

reservado para generar algo de intimidad. Tras uno de los biombos, Paco sale a su encuentro para ayudarla y el resto está sentado charlando de forma distendida.

A Emilio le pareció una buena idea que, además de invitar a su hermana y a Guillermo, también vinieran sus amigos Freddy y Mia, que se han instalado en Almería. Las pocas ganas de encontrarme con Paula se han compensado con las que tengo de conocer a Mia. Sé que ella ayudó a Emilio a ordenar sus ideas, a comprender qué era lo importante, por lo que merecía la pena luchar. Y él supo, sin lugar a dudas, que siempre fui yo y que, por fin, había llegado nuestro momento.

Me lo demostró. Dejé todo atrás. Esperé el tiempo oportuno para regresar, después de darme el espacio que necesité para demostrarme a mí misma de lo que soy capaz, de lo que valgo y para hacerme ver que él está para acompañarme, no para completarme.

Estoy convencida de que la vida es mejor en compañía, como la que se reparte en esa mesa, donde los brindis y las risas me reconfortan, aunque no me encuentre cómoda con todos.

¿Cuánto durará? Eso no lo sabe nadie, y ahora estoy segura de que lo mejor es dejarse llevar.

Siento el brazo de Emilio, me rodea desde atrás y me acerca a su pecho.

—¿Estás contenta?

—Mucho.

—¿Eres feliz?

—Mucho —repito.

—¿Me quieres? —pregunta risueño a la espera de que mi contestación sea la misma.

—Ahora mismo... sí.

Me gira y me mira extrañado por mi respuesta. Espera que diga algo que me justifique, pero no lo hago. Trata de leerme a través de mis ojos y, como siempre, lo consigue.

—Yo haré que sea así cada día. Tú solo tienes que dejarte llevar.

Y allí, frente a todos, como si estuviésemos solos, me pierdo en sus labios. En uno de esos besos que me hacen saber que merece la

pena correr el riesgo de no saber qué pasará mañana, porque hoy soy feliz.

A duras penas nos separamos y él, como siempre juguetón, repite la pregunta.

—¿Me quieres?

Rio ante su insistencia al tratar de conseguir lo que se propone y, a pesar de que estoy tentada a complacerlo, respondo:

—Hoy... mucho.

FIN

Querida lectora, si quieres conocer
la historia de Claudia y Rubén,
la puedes encontrar en mi novela:
En mi Camino.

REGALO

Escríbeme en mi Instagram @rogalvezescritora y te
envío el relato *La pedida* para que sepas si Paula se
casa con Guillermo.

Agradecimientos

Esta maravillosa aventura de escribir no seguiría siendo posible sin vosotros, mis lectores, en su mayoría lectoras. Gracias por continuar leyendo mis historias y sobre todo por compartir conmigo lo que os hacen sentir. Saber que las disfrutáis, que os entretienen y emocionan es la mejor de las recompensas.

Como siempre agradecer a ese grupo de mujeres que me acompañan y colaboran para que mis letras vean la luz. Desde las que siguen desde el principio —Carmen, María Eugenia, Mari Loli...—, las que llegaron después —@libertyeagle, @mcarmen.abadia—, hasta los que se acaban de incorporar —Jenny de @paseandoentrelibros—, sin ellas no sería posible.

Por último, a mi familia y amigos que sufren el tiempo que les robo y le dedico a esta nueva pasión que llena mis horas y mis días.

A todos, gracias.

Biografía

Nacida en Sevilla en 1973. Licenciada en Derecho en la Universidad de Sevilla. Desarrolló su carrera profesional en la Banca hasta el año 2012, cuando una larga enfermedad la obligó a apartarse de su trabajo habitual.

Tras unos años y empezar una nueva vida, decide estudiar nuevamente en la Universidad de Sevilla para cursar Antropología y comienza a escribir ensayos de corte académico. Con su primera novela, *Entre Palmeras* (2023), realiza una incursión en el género romántico donde espera encontrar un futuro cargado de nuevos proyectos. Con su segunda novela, *En mi Camino*, refleja una de sus nuevas aficiones: hacer el Camino de Santiago. Actualmente, vive en Sevilla con su marido y su hijo.

Instagram: @rogalvezescritora

Descubre la saga
«**Nuevos Comienzos**»



ENTRE PALMERAS.

Sigue a Marta mientras busca una nueva ilusión en los encantadores paisajes del campo sevillano. Su valentía y determinación te inspirarán.

ENTRE DUNAS Y PALMERAS.

Acompaña a Lorena en su aventura en el exótico Dubái, donde enfrenta un emocionante proyecto. Su historia es una mezcla de desafíos y descubrimientos.

ENTRE DOS DESTINOS.

De vuelta a Andalucía, junto a Beatriz, verás hasta dónde es capaz de llegar una mujer que lucha por alcanzar su destino. Su viaje está lleno de pasión y decisiones cruciales.

Nuevos Comienzos es una saga que celebra la fuerza y la resiliencia de las mujeres. Cada página está llena de **sorpresas, romance y el poder de empezar de nuevo.**

Otras obras de la autora

¡Una intensa historia de amor... y mucho más!

Cuando Claudia decide poner fin a su matrimonio y hacer el Camino de Santiago para pensar en su futuro, no imagina todo lo que descubrirá.

Durante su peregrinación, encontrará mucho más que una experiencia transformadora: la posibilidad de abrirse a un amor inesperado. Sin embargo, un acontecimiento familiar complicará su deseo de abandonar su vida anterior, en especial cuando en su pasado y en su posible futuro hay detalles que no son lo que parecen...

Acompaña a Claudia desde la mágica Galicia a la vibrante Cádiz y déjate inspirar con la búsqueda de un nuevo destino lleno de posibilidades.

Porque si te atreves a centrarte en ti misma, serás capaz de iluminar tu propio camino.